



Asociación de Periodistas  Europeos



EL PREMIO CERECEDO
ITINERARIO PERIODÍSTICO
DE 25 AÑOS



El Premio Cerecedo está patrocinado desde su fundación por el



La edición de este volumen ha contado con la colaboración de la



Coordina: Juan Oñate

Diseño y producción editorial: VyB Editores

Impresión: EFCA / Fotografías: Miguel Gómez, Dalda y Borja

© De los textos: sus autores, 2008

© De las fotografías: sus autores, 2008

© De la edición:

Asociación de Periodistas Europeos, 2008

c/ Cedaceros, 11; 28014; Madrid

Teléfono: 91 429 6869

info@apeuropeos.org / www.apeuropeos.org

Depósito legal: M-XX.XXX

Las publicaciones de la APE cuentan con la colaboración de



ÍNDICE

6

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

14

NÓMINA DE GANADORES

20

HABLAN LOS PREMIADOS

252

SOBRE PERIODISMO Y DEMOCRACIA

272

CUCO CERECEDO EN LA MEMORIA

288

ALGUNOS MOMENTOS

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

Lector amigo, las páginas que siguen quieren compendiar la trayectoria del Premio de Periodismo Francisco Cerecedo al llegar a su XXV edición. Pretenden ser un sucinto repaso a su origen, sus propósitos, sus jurados, su nómina de ganadores, a las palabras de *laudatio* y aceptación, con el álbum gráfico de sus mejores momentos y algunos textos publicados cuando Cuco nos dejó. Teníamos todos, entonces, 25 años menos y muy vivo el recuerdo de nuestro amigo muerto la madrugada del domingo 4 de septiembre de 1977 en el Hospital Militar de Bogotá. Queríamos que su memoria aureolara a los mejores del periodismo. Se había roto la formación del diario *Madrid* y de *Diario 16*. Estábamos en orden disperso y el proyecto era inviable sin recursos. Con pasos contados fundamos primero la Sección Española de la Asociación de Periodistas Europeos en 1981 y dos años más tarde el Premio Cerecedo.

Contamos desde el principio con el respaldo de la familia Cerecedo –de José Antonio, de Puerto, de Dolores, de Roberto–. Algunos amigos –no olvidamos a Manuel Bueno, José Recio y Luis Abril– nos llevaron hasta el entonces consejero delegado del BV, Pedro de Toledo, quien sumó el respaldo del banco, luego convertido en BBV, con José Ángel Sánchez Asiaín y Emilio Ybarra, y después, en BBVA, con Francisco González en la presidencia. Sólo su ayuda explica la continuidad de su trayectoria. En las cinco primeras ediciones tuvimos al presidente del Gobierno, Felipe González, con quien, siendo líder de la oposición, viajaba Cuco cuando un aneurisma lo derribó en Bogotá. Desde la sexta es el Príncipe de Asturias, presidente de Honor de la APE, el que hace la entrega a los ganadores, acompañado por la Princesa desde el año 2004.

Se dice que los gitanos no quieren a sus hijos con buenos principios, pero la nómina de los Premios Cerecedo se inauguró con Rafael Sánchez Ferlosio. La finalidad declarada del premio es destacar aquellas trayectorias personales o aquellos trabajos periodísticos, escritos o gráficos, radiados o televisados, que lo merezcan por su talento, originalidad,

capacidad de transgredir las presiones de los poderes y los dineros y por su impulso a la libertad de expresión. Decíamos entonces que otros premios vendrían de más antiguas tradiciones, pero que el nuestro nacía afortunadamente más acá de una época que sin libertades públicas ofrecía perfiles de envilecimiento junto a excepciones admirables. El Premio Francisco Cerecedo emprendía su andadura dispuesto a ser un estímulo dignificador en el panorama de los medios de comunicación.

Queríamos inscribirlo en la misma senda seguida por quien le daba su nombre. Porque Cuco había sido ingenio muchas veces aguzado por la precariedad, capaz de deslumbrar en los más altos salones, pero nunca embotado por la arrogancia, ajeno al «estado de saciedad del vencedor» del que abominaba Elías Canetti. Presente en la primera línea de los conflictos, sobre todo de aquellos más oscuros desatendidos por los divos, Francisco Cerecedo se embarcaba sin más respaldo que su decisión de vivir sobre el terreno con la esperanza de negociar a su regreso la publicación de sus reportajes. Siempre fue propenso a observar a la gente importante con dureza y a compartir las

adversidades de tantos luchadores en cualquier zona del mundo. Tampoco experimentaba zozobra alguna para cambiar la seda por el percal y trazar las prodigiosas biografías políticas de la serie *Figuras de la Fiesta Nacional*, dedicada a los hacedores de la transición; escribir la historia del franquismo en su serie *Sociología insolente del fútbol español*; o crear un género con sus primeras crónicas parlamentarias encuadradas como *El Hemiciclo*.

Los premiados lo han sido en atención a sus propios méritos, sin atender al medio en que pudieran colaborar y del que muchos después desertaron. La nómina de los ganadores no sigue los dictados del momento porque busca valores más perennes. Tiene un claro predominio de españoles pero se ha abierto al reconocimiento de quienes escriben en otras lenguas. José Antonio Nováis y Walter Haubrich, cuyas crónicas en *Le Monde* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung* dieron oxígeno a las fuerzas democráticas en el tiempo de silencio de la dictadura; Adam Michnik, el polaco que protagonizó la transición de su país; Antonio Tabucchi, revelador de los abusos de Berlusconi; Sylvain Cypel, capaz de romper los apriorismos del conflicto is-

raelo-palestino, o Barbara Probst Solomon, con tantos años de pasión por España, lo confirman.

Con Chumy Chúmez y El Roto el Premio Cerecedo se abrió al género de la viñeta y con Iñaki Gabilondo a la radio y la televisión, pero su inclinación mayor ha sido por la escritura y el pensamiento, el reportaje, la columna o la entrevista. Nombres como los de Javier Pradera, Nativel Preciado, Juan Cueto, Raúl del Pozo, Maruja Torres, Eduardo Haro Tecglen, Manuel Vicent, Francisco Umbral, Carmen Rico-Godoy, Fernando Savater, Jon Juaristi, Arcadi Espada, Sol Alameda, Juan José Millás o Soledad Gallego-Díaz así lo acreditan. Hemos recogido sus palabras de aceptación, salvo cuando no han sido halladas –como en los casos de Ferlosio, Pradera y Cueto– y hemos buscado sustituirlas con textos significativos de su propia firma o referidos a ellos.

Otro capítulo merecerían los presidentes de los jurados, siempre gallegos. Escritores, académicos, periodistas, embajadores, alcaldes y empresarios se han sucedido en esa tarea. A partir de Gonzalo Torrente Ballester y de Carlos

Valle Inclán, Marqués de Bradomín, cabe citar a Luis González Seara, Leopoldo Calvo Sotelo, Domingo García Sabell, Miguel Muñiz, José Luis Barros, María Cruz Seoane, Raúl Morodo, Gerardo Estévez, Carlos Alberto González Príncipe, Darío Villanueva, Xosé Manuel Beiras, la Condesa de Fenosa, Manuel Rivas, Álvaro Rodríguez Bereijo, Carlos Casares, Isaac Díaz Pardo, Carlos Acuña, José María Castellano, José María Fernández Sousa-Faro, Suso de Toro, Purificación García, Luisa de Castro o Rosalía de Mera.

Y siempre –como aprendimos en Estrasburgo en 1982 cuando la entrega del Premio Carlomagno al Rey Don Juan Carlos– la música para ambientar los espíritus al comenzar la cena de la ceremonia. Están también aquí las palabras sabias de Carlos Luis Álvarez, presidente de la APE desde su fundación en 1981 hasta que nos dejó y tomó su relevo, en 2006, Diego Carcedo. Y la presencia de Luis Carandell, nuestro vicepresidente tantos años. Deberes de gratitud elemental nos obligan ahora con la Fundación del Diario Madrid y con su presidente Antonio Fontán, director que fue de aquel periódico reducido a

escombros por la dictadura –en cuya redacción estuvieron algunos de los galardonados, como Nativel Preciado, Chumy Chúmez o Manuel Vicent–, por haber asumido el patrocinio de esta edición.

Larga vida al Premio Francisco Cerecedo porque el destino del periodismo será un indicador clave de la salud de la sociedad española en este nuevo siglo. Las páginas que siguen quieren, en definitiva, dar cuenta de la razón de la sinrazón que va a seguir manteniéndonos en convocatoria permanente.



**NÓMINA DE GANADORES DEL
PREMIO CERECEDO**

1983

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

1984

JAVIER PRADERA

1985

JOSÉ ANTONIO NOVAIS

1986

NATIVEL PRECIADO

1987

JUAN CUETO ALAS

1989

RAÚL DEL POZO

1990

MARUJA TORRES

1991

CHUMY CHÚMEZ

1992

EDUARDO HARO TECGLEN

1993

EL ROTO

1994

MANUEL VICENT

1995

FRANCISCO UMBRAL

1996

CARMEN RICO-GODOY

1997

FERNANDO SAVATER

1998

JON JUARISTI

1999

ADAM MICHNIK

2000

ARCADI ESPADA

2001

WALTER HAUBRICH

2002

SOLEDAD ALAMEDA

2003

IÑAKI GABILONDO

2004

ANTONIO TABUCCHI

2005

JUAN JOSÉ MILLÁS

2006

SYLVAIN CYPEL

2007

SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

2008

BARBARA PROBST SOLOMON

HABLAN LOS GANADORES





I EDICIÓN / 1983

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO



1983 I PREMIO FRANCISCO CERECEDO
RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

JURADO

Gonzalo Torrente Ballester (*presidente*)

Arístides Royo

Luis González Seara

Javier Pradera

Manuel Vicent

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 25 de mayo de 1983 por el
presidente del Gobierno, Felipe González Márquez



Gonzalo Torrente Ballester y
Rafael Sánchez Ferlosio (1983)

ARTÍCULO DEL PREMIADO

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO (*El País*, 10-12-1982)

El esquema, fácilmente ontológico, de los buenos y los malos es el punto cero de la experiencia moral. Cero, tanto por ser el más remoto punto de partida cuanto por ser en él esa experiencia prácticamente nula. Toda reflexión moral tiene, pues, que empezar precisamente lanzando el más categórico entredicho contra la representación enteramente mítica de los buenos y los malos como clave interpretativa de la conducta humana.

A la disolución de esta imagen se resistirá, así pues, precisamente la conciencia cobarde, la conciencia que no osa enfrentarse con el inmenso peso de la verdadera responsabilidad moral: aquella que no le afecta, como persona escatológicamente individuada por un último destino singular, sino la que le afecta como encarnación ubicua y permeable del entero cuerpo social. En este sentido, el duro justiciero, el *sheriff* de la horca, que tan drásticamente acomete la defensa de las personas decentes y la implacable persecución de los granujas, es un «débil moral», dicho de modo análogo a como se habla de «débiles mentales» para hacer referencia a quienes adolecen de una debilidad equivalente no en la conciencia, sino en el intelecto.

El débil moral, el riguroso, el duro justiciero trata al presunto malo como a un perro, para poder decirse «Es un pe-

rro, un verdadero perro». No es algo, en modo alguno, psicológicamente incomprensible, ni tan siquiera infrecuente o poco conocido, el que un comportamiento se lance por delante de la concepción que implica, como un hacer que se anticipa al pensamiento, para forzarlo a adquirir una certeza que él por sí mismo no consigue alcanzar. Es una acción que, adelantándose a dar por buena y por averiguada la apreciación que presupone y la convicción que el sujeto desea ya previamente tener, en verdad las produce o fortalece. «Lo trato como un perro» se refleja retrospectivamente sobre la convicción y la dirige, como su propia premisa o su demostración: «luego no es más que un perro». Creo recordar que una interpretación muy semejante se ha dado alguna vez del mecanismo que movía a los nazis a conseguir en las víctimas de los campos de concentración aquella uniforme imagen de auténticos espectros del infierno, tan curiosamente parecida a la de las muchedumbres arrastradas y enfrentadas al horror postrero en cierta pintura escatológica, predominantemente alemana, del siglo XVI, como *El triunfo de la muerte*, de Brueghel el viejo. Si tal actitud o acción habilitada y anticipada como instrumento idóneo para imponerse a sí mismos una concepción prescrita y hacerse fuertes en la convicción deseada no excluye la posibilidad de llegar hasta la muerte misma (como es el caso de los Estados que la tienen, como última pena, en su código penal), su efecto será tanto más contundente e irrefragable. Así, si el débil moral, el duro justiciero, dispone además de leyes que no excluyan la pena capi-

tal y le permitan ir llevando al malo paso a paso hasta el patíbulo, para acabar matándolo allí como se mata a un perro, dispondrá por añadidura de la prueba absolutamente incontrovertible y conclusiva a efectos de dejar objetivamente confirmada y demostrada la que ya, por lo demás, constituía desde siempre la más resistente convicción moral: solamente si hay horca puede demostrarse definitivamente cómo, en efecto, el tipo aquel no era más que carne de horca.

Como sólo la pena de muerte tiene una capacidad incontrovertible en cuanto a producir tal certidumbre (certidumbre socialmente necesaria, al parecer, para la profilaxis moral y el equilibrio cotidiano de la conciencia pública y privada), allí donde las leyes excluyan esa pena despojaron a la ciudadanía de las garantías constitucionales necesarias para asegurar el derecho de cada uno al equilibrio de conciencia y a la seguridad moral. Esta seguridad sólo puede proporcionarla un instrumento que, como la pena de muerte, sea capaz de llegar a demostrar de modo taxativo y concluyente, quién, en efecto, no era –tal como ya, por lo demás, se venía sospechando desde siempre– más que un perro.

La función profiláctica y terapéutica de garantizar la seguridad moral y el equilibrio de conciencia socialmente necesarios es, pues, la verdadera función de la pena de muerte, la única que ésta se demuestra realmente capaz de cumplir. Una función, pues, estrictamente espiritual, o, según se mire, ideológica; no siendo, por consiguiente, las discutibles y siempre discutidas funciones pragmáticas –de una eficacia

esencialmente indemostrable— que suelen alegarse en su defensa o en su detrimento, como las de prevención, disuasión, etcétera, más que ingenuos intentos de racionalización o de enmascaramiento.

La función estrictamente ideológica de la pena de muerte es dar sosiego a los débiles morales, disipar la turbación de las conciencias pusilánimes, permitiéndoles sustraerse ante la mole de la entera responsabilidad social que realmente concierne *pro indiviso* a cada uno y debería, por tanto, afectarle. Esta función ideológica de la pena de muerte, que se alcanza ofreciendo un criterio de total seguridad para determinar que el malo es malo, el bueno es bueno, las personas decentes, personas decentes, y la gentuza, gentuza, obra su efecto a través de concepciones y representaciones profundamente acrisoladas. Comoquiera que la muerte de una persona es tradicionalmente concebida como el momento en que se cumple y finiquita el entero ejercicio administrativo en que su vida moral consiste o se hace consistir, en que se saca el saldo final que es considerado como la cifra y el signo de su ser moral completo y acabado, como su veredicto, su verdad única y unívoca y, por tanto, ontológica, únicamente la pena capital, al producir la muerte, permite echar la raya y sacar el total definitivo en el libro mayor de la persona, en que se manifiesta y demuestra finalmente su verdad ontológica: «Ya te lo decía yo que tú terminarías en la horca». Bien entendido que la importancia del monto de la cifra es tan irrelevante frente a la del signo que acaba desvaneciéndose

del todo junto a él. Es en el signo, en el crudo y desnudo «más» o «menos» que, precediendo a la cifra, hace de ella saldo acreedor o deudor, donde realmente media el infinito, el abismo escatológico que ni la propia eternidad conseguirá colmar.

Si solamente la muerte, al cerrar definitivamente el suma y sigue, produce la certeza de un destino único y un ser unívoco, zanjando finalmente la zozobra del equívoco y de la ambivalencia, ello se debe, a su vez, a que la interpretación, traducción y reducción de la conducta humana individual a un desarrollo de contabilidad permite una plasmación ontológica de la persona y su vida moral (por abstracta, inhumana, artificiosa, estúpida y perversa que resulte una tal ficción contable), esto es, concebirla como un ser enterizo y unitario, gracias a que sólo las cuentas tienen, en efecto, un único total. El débil moral, la conciencia cobarde, el duro justiciero, defenderá a capa y espada el mito insostenible de los buenos y los malos, es decir, la distribución, individual y personal de la bondad y la maldad, y pondrá a los individuos como orígenes absolutos y estancos, frente a la turbadora idea de un bien y un mal fluidos, ubicuos, permeantes, contagiosos, transpersonales y metapersonales, que recorren el cuerpo social entero como una unidad continua. El horror a una idea semejante le impone al débil moral la necesidad ideológica de reducir a las personas a encarnaciones ontológicas, y, por consiguiente, unívocas, del bien y el mal; y por eso es ese horror lo que realmente propugna y sustenta en el alma del

débil moral, del duro justiciero, la pena capital, pues solamente a la muerte le es dado producir, del modo en que se ha descrito, el dato único e incontrovertible de lo definitivamente inamovible e idéntico a sí mismo, de un ser fijado y hasta clavado para siempre, como un reo a su cruz, a su propia identidad, tal como el alma del débil moral ansiosamente necesita para disolver la turbación que le produce la idea de enfrentarse a una genuina responsabilidad moral, para aplacar el aprensivo sentimiento de indefensión e incertidumbre que le causa la imagen de lo ambiguo y lo mezclado, lo equívoco y lo fluido.

Matado el perro se acabó la duda. No hay duda de que no era más que un perro, pues como perro fue matado y como un perro murió. «¿No veis como era un perro? ¿Veis como no era más que un perro, un verdadero perro y nada más que un perro...?», recalca insistentemente el *sheriff* justiciero, señalando con la punta de la bota en un recoveco de la calle una especie de sombra de pelo ensangrentado y revuelto con arena, igual o por lo menos bastante parecida, desde luego, a lo que al oscurecer se entrevé alguna vez junto a la vía, cuando lo que hay resulta ser, encendiendo una cerilla, efectivamente, un perro destrozado por el tren.

SOBRE EL PREMIADO

GÓNZALO TORRENTE BALLESTER (PRESIDENTE DEL JURADO)

Del artículo escrito por Rafael Sánchez Ferlosio destaca la intensa elocuencia de una reflexión moral en torno a la violencia como recurso de las conciencias débiles. Del autor, la originalidad y hondura de su amplia obra periodística, que constituye una constante aproximación a las cuestiones más candentes de la sociedad.



II EDICIÓN / 1984

JAVIER PRADERA



1984 II PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JAVIER PRADERA

JURADO

Carlos Valle Inclán,

Marqués de Bradomín (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Rafael Sánchez Ferlosio

José Luis Leal

Eduardo Haro Tecglen

Miguel Logroño

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 18 de diciembre de 1984 por el
presidente del Gobierno, Felipe González Márquez



Felipe González y
Javier Pradera (1984)

DISCURSO DEL PREMIADO

JAVIER PRADERA

Aunque el protocolo de alto estilo ideado por Miguel Angel Aguilar –*deus ex machina* del invento como demuestra su condición de secretario sin voto del jurado– para el solemne acto de entrega del Premio Francisco Cerecedo de la Asociación de Periodistas Europeos se aplicó desde sus comienzos, creo recordar que al principio las palabras de reconocimiento del agraciado no eran leídas sino más o menos improvisadas, al menos mientras Felipe González presidió el acto, no tanto –aunque inevitablemente también– como jefe del Gobierno, sino sobre todo como amigo del periodista gallego fallecido casi en sus brazos durante un viaje a Colombia. Como mi número del gordo de la lista navideña pertenece a esa época, anterior a las intervenciones escritas correspondientes a la etapa posterior presidida por el Príncipe de Asturias, y como tampoco puedo recordar lo que dije aquella noche, no me queda otra solución que tratar de imaginar cuáles pudieron ser las líneas más generales de ese discurso de sobremesa.

La figura de Cuco Cerecedo debió ocupar, desde luego, el lugar central de mi intervención; las palabras de Felipe González estuvieron dedicadas fundamentalmente a recordarle en la doble condición de periodista y, sin embargo, amigo, dos términos que sólo llegarían a ser contradictorios cuando los caminos de los políticos y los periodistas, convergentes duran-

te el tardofranquismo y la transición, tomaron rumbos diferentes. Yo apenas tuve trato personal con Cuco Cerecedo pero fui un devoto lector suyo, tanto durante la larga agonía de la dictadura como en los primeros años de la monarquía. Los cuidados editoriales de Miguel Angel Aguilar y de la Asociación de Periodistas Europeos han rescatado de la penumbra de las hemerotecas precisamente aquella parte de su prolífica producción que yo tenía vagamente conservada en la memoria y que sigue inspirando las analogías entre el fútbol y los toros, por un lado, y la política, por otro. *El gol geopolítico* es una selección –preparada y prologada por Juby Bustamente y Alfredo Relaño– de las crónicas publicadas en el diario *Madrid* entre septiembre de 1968 y noviembre de 1971. *Sociología insolente del fútbol español. La historia del franquismo contada con sencillez* reproduce los artículos aparecidos en la revista *Posible* durante el otoño de 1974. Finalmente, *Figuras de la fiesta nacional. Perfiles taurinos de los protagonistas de la Transición* reúne retratos siempre satíricos y a veces crueles de los políticos del momento como crónicas simuladas de la Feria de San Isidro madrileña de 1977, vísperas de las primeras elecciones democráticas, que sellarían el fracaso de los intentos para conservar las estructuras del franquismo apenas remozadas.

Los nombres artísticos atribuidos a Carlos Arias Navarro, *Carnicerito de Málaga*, Torcuato Luca de Tena, *Frescuelo II*, Laureano López Rodó, *El Niño de las Monjas*, Blas Piñar, *Bombita*, o José Antonio Girón, *Fortunita de la Cruzada*, enseña-

rán más que las biografías oficiales de unos personajes medio sumidos ya en un merecido olvido. La utilización de imágenes taurinas para ilustrar la práctica de la política como profesión tiene ilustres precedentes en la obra de José Ortega y de Ramón Pérez de Ayala. Pero el desplazamiento de los toros por el fútbol como pasión nacional a partir de los años cincuenta hacía inevitable el traslado del talento comparativo a esa nueva cantera. Las analogías entre la historia del franquismo y la evolución del fútbol español como deporte, como negocio y como espectáculo desde su reglamentación fascistoide de los años cuarenta hasta las Copas europeas del Real Madrid y el «gol de Marcelino» fueron un divertido ejercicio retórico de Cuco Cerecedo dedicado a forzar las semejanzas y ocultar las diferencias con la connivencia de los lectores, que sabían descifrar los códigos y traducir el vocabulario de los toros o del fútbol a términos políticos. Con el tiempo, ese nuevo lenguaje fue erosionando mediante las técnicas del ridículo la solemne prosopopeya de los editorialistas y articulistas de la prensa conservadora y del movimiento hasta el extremo de hacer cómicamente ilegible su prosa.

No se trataba, sin embargo, de un superfluo concurso de chistes fáciles, tal y como ahora sucede entre tantos columnistas que confunden el gracejo con la ironía, el insulto con el sarcasmo y el tópico con la originalidad. Durante los últimos tiempos del franquismo, especialmente después de la promulgación de la Ley de Prensa preparada por el hoy presidente fundador del Partido Popular, la búsqueda de un lenguaje

capaz de comunicar a los lectores informaciones veraces y opiniones democráticas sin la seguridad –aunque con el peligro– de ir a la cárcel, ser multado o provocar el cierre de un diario o una revista fue la tarea principal a la que se dedicaron los mejores y más valientes periodistas españoles, asqueados como ciudadanos de un régimen autoritario que maltrataba los derechos y las libertades de sus compatriotas. En esa digna carrera emulativa destacó Francisco Cerecedo: por si no hubiese llegado a decirlo en 1984 durante el acto de entrega del premio que lleva su nombre, ahora digo que ocupó el primer lugar en esa noble competición.

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS VALLE INCLÁN, MARQUÉS DE BRADOMÍN (PRESIDENTE DEL JURADO)

Destaca en Javier Pradera su labor continuada en el terreno de la opinión dentro del campo del periodismo, manteniendo siempre una tensión en su escritura y una constante incitación al libre examen de los españoles.



III EDICIÓN / 1985
JOSÉ ANTONIO NOVAIS



1985 III PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JOSÉ ANTONIO NOVAIS

JURADO

Luis González Seara (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Javier Pradera

José Luis Leal

Walter Haubrich

Rafael Sánchez Ferlosio

Alfonso Palomares

José Oneto

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 15 de enero de 1986 por el
presidente del Gobierno, Felipe González Márquez



Felipe González y
José Antonio Novais (1986)

DISCURSO DEL PREMIADO

JOSÉ ANTONIO NOVAIS

Excelentísimo señor presidente del Gobierno, señores patrocinadores, señor presidente del jurado, señor presidente de la Asociación de Periodistas Europeos, señoras y señores. Quiero, ante todo, expresarles la emoción que me embarga por haber recaído en mí la concesión de este premio. Premio, para mí doblemente valioso, por llevar el nombre de un gran periodista y entrañable amigo, Francisco Cerecedo. A Cuco Cerecedo, la mayor parte de ustedes le han conocido o leído. Muchos eran sus amigos. Y cómo no. Lo verdaderamente difícil era no ser amigo suyo. Los que lo éramos sabemos del fino humor de Cuco, de su gracia galaica.

Los que compartíamos su profesión, es decir sus colegas, quizá fuéramos los que más le admirábamos. Cuco era el profesional que no se arredraba. Con una sutil sonrisa, siempre dispuesto a contar la verdad por mucho peligro que entrañara.

Se ha dicho que Cuco era el periodista de las causas perdidas. ¿Es esto verdad? Pues sí y no. Cuco, para mí y otros muchos, era el periodista de las causas justas. Sin importarle gran cosa el poder o la fuerza del adversario con el que tenía que enfrentarse.

Cuco no era un Quijote de la pluma. No tomaba los molinos por gigantes. Simplemente describía. Cuando molino,

molino; cuando gigante, gigante. Y entre estas lides de aire y carne, Cuco introducía la palabra exacta que molestaba a ambos contrincantes. Francisco Cerecedo era un periodista. Nunca quiso ser otra cosa. Ni se tuvo por filósofo ni ideólogo. Como todos nosotros era simplemente periodista. Por lo tanto persona conflictiva e incordiante.

En segundo lugar quiero agradecer al jurado, y no sólo por la concesión de galardón tanpreciado, sino también por su fino discernimiento. El jurado me conoce bien. Sabe, por lo tanto, que yo soy un periodista militante.

Si ante una dictadura el periodista está obligado a ser beligerante y a ayudar con su arma –la pluma– al derroque de la misma, no comprendo por qué en un régimen de libertades el periodista tiene que autocastrarse políticamente.

Así, creo yo, lo ha entendido el jurado. Ser un periodista militante no quiere decir no ser un periodista objetivo o tener que seguir consignas en su trabajo. Malo sería el partido político que así lo creyera y peor el lector que así lo entendiera.

La Asociación de Periodistas Europeos ha dado el año pasado un ciclo de conferencias sobre los grandes periodistas olvidados. Todos fueron grandes periodistas, todos fueron excelentes militantes.

Se oye mucho decir que el periodista tiene que hacer voto de castidad política. ¿Por qué? Nadie ha dado una explicación a tal axioma. Y si profundizamos un poco en la frase vemos que es una frase reaccionaria. En el fondo se nos pide

que el periodista sea un muñeco de plastilina abierto a toda clase de manipulaciones.

Y eso, no. Por lo menos yo no estoy dispuesto.

No soy yo la persona más indicada para cantar los hechos de la Asociación de Periodistas Europeos. Reciba su presidente Carlos Luis Álvarez, amigo de tantos años y compañero de promoción en la Escuela Oficial de Periodismo, mis parabienes y deseos de felicidad para todos sus socios.

Y a ustedes, señoras y señores, compañeros y colegas, que han acudido a esta cena que se celebra en mi honor, darles mis más sinceras gracias.

SOBRE EL PREMIADO

LUIS GONZÁLEZ SEARA (PRESIDENTE DEL JURADO)

Novais durante largos y duros años arrojó graves riesgos en el ejercicio del periodismo informativo como corresponsal y ofreció en sus crónicas la oportunidad de conocer realidades que por la censura del régimen no eran accesibles en la prensa española.



IV EDICIÓN / 1986
NATIVEL PRECIADO



**1986 IV PREMIO FRANCISCO CERECEDO
NATIVEL PRECIADO**

JURADO

Leopoldo Calvo Sotelo (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

José Antonio Novais

Manuel Soriano

Antonio Javaloyes

Maruja Torres

Ángeles Caso

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 11 de febrero de 1987 por el
presidente del Gobierno, Felipe González Márquez

Nativel Preciado y
Leopoldo Calvo Sotelo (1986)



DISCURSO DE LA PREMIADA

NATIVEL PRECIADO

Queridos amigos, gracias por acompañarme esta noche. Gracias a Carmen Romero por su presencia, al presidente del Gobierno, al presidente del jurado y al presidente de la Asociación de Periodistas Europeos por sus palabras. Gracias también al jurado y al presidente del Banco de Vizcaya, porque han hecho posible este premio. Y gracias, por último, a Antonio Asensio, presidente del grupo Zeta, por unirse al homenaje.

Como saben, quienes me conocen, el Premio Francisco Cerecedo tiene para mí un valor especial. Hace casi veinte años que Juby Bustamante me presentó a Cuco, cuando trabajábamos todos en el diario *Madrid*. Yo aprendí el oficio junto a ella, Miguel Ángel Aguilar, José-Vicente de Juan, Anciones, Raúl del Pozo, Pilar Miró, Martín Prieto y un montón de amigos más y, por supuesto, al lado de Cuco Cerecedo.

Voy a hablar de él, porque, aunque lamentablemente no está, es el protagonista de la noche. Cuco era, por encima de todo, un excelente periodista. El único problema para los periódicos donde escribía es que, cada cierto tiempo, desaparecía para unirse a cualquier guerrilla olvidada de Oriente Medio. Todos los años, Cuco tomaba el té en Beirut con Arafat y hacía un viaje a Eritrea, que es donde dice Ignacio

Fontes que vaga su alma. Le fascinaban los kurdos y su héroe era un tal Barzani, un guerrero mítico que era dueño de las montañas y traía en jaque a varios países árabes, por los que andaba vengando a su pueblo.

Una vez se perdió en la isla de Sokotora, al sur del Yemen, que era uno de sus sueños y, como no enviaba noticias, sus amigos estaban desesperados tratando de encontrarle. Al fin, pasados varios meses, se recibió en el *Madrid* un télex que decía: «Estoy bien. No puedo regresar. Enviad dinero. Cuco.» Apareció después flaco y renegrido, con historias de la guerrilla, fotos de mujeres kurdas y conchas del mar Rojo. Escribía sus crónicas como cuentos de *Las mil y una noches* con retazos de *Los desheredados de la Tierra*. Cuco veía con humor y escepticismo la revolución, pero soñaba con ella comiendo dátiles bajo las palmeras o tomando té con menta en la calle de Recoletos. Era un nómada que, en ciertos períodos de calma, iba al fútbol o a los toros para escribir crónicas politizadas. Tenía un ídolo, gallego como él, que se llama Amancio.

Cuando se cansaba de la nocturnidad, se acercaba a Vigo para hacer quemadas con Eligio; o a Salamanca, con Julia; o a la cashba de Argel, para intercambiar sus fetiches con los líderes tercermundistas. Fue dejando amigos por todas partes. Alguno llegó a ocupar palacios presidenciales. Pero como la revolución no triunfó, la mayoría permanecen en las jaimas del desierto o en pequeños departamentos de Buenos Aires, donde sobreviven después de un largo exilio.

Un día, hace quince años, el *Madrid* saltó por los aires. Allí estábamos todos, viendo la triste explosión. Y después tuvimos que buscar trabajo en otros sitios.

Tras la muerte de Franco, Cuco empezó a escribir más sobre España, para desgracia del viejo régimen. Su libro *Figuras de la fiesta nacional* es un excelente retrato taurino de los políticos. Los franquistas se querellaron contra el autor. Sin embargo, los demócratas lo aceptaron con buen humor. Ahí empezaba la democracia que Cuco apenas tuvo tiempo de disfrutar. El libro estaba ya en imprenta cuando Cuco moría en Bogotá, a los 37 años. Fue testigo de esa mala hora Felipe González, que ahora es presidente del Gobierno. Cuco acompañó al líder socialista sin saber que aquél sería su último viaje.

Me conceden este premio para honrar su memoria y eso intento. El jurado, presidido por Leopoldo Calvo Sotelo, destacó de mi trabajo «el rigor y la capacidad de oír, entender y comunicar las ideas de los demás», que es una frase rotunda y precisa. Llevo tres años haciendo entrevistas políticas en *Tiempo*, cuando, precisamente, Carlos Luis Álvarez se cansó de hacerlas. De manera que tengo varios motivos de agradecimiento hacia Carlos Luis. Él sabe lo difícil que resulta acudir cada semana a la cita. Pero cuando consigues al personaje, te entiendes con él, logras resumir sus largas conversaciones en tres páginas y ves que has cumplido, te quedas muy satisfecho. Más aún, cuando el personaje admite que has logrado transcribir sus ideas y, sobre todo, cuando el lector dice que tus preguntas son tremendas.

En *Tiempo* me dan ciertas facilidades. Julián Lago, quiero decirlo, ha respetado el rigor premiado, cosa que no sucede en todos los sitios. A veces, lo respeta contra su voluntad y me lo confiesa, porque tienes que sacrificar un titular o una portada por culpa de mi exceso de fidelidad a la hora de «comunicar las ideas de los demás».

Me gusta especialmente que destaquen el rigor de mis entrevistas, porque a las mujeres nos exigen huir de la frivolidad. No es el mejor momento para hacer manifiestos feministas, pero sólo quiero decir que valoro mucho la presencia de Juby Bustamante y de Pilar Miró, dos mujeres que me han ayudado a lo largo de mi vida. Estoy orgullosa de ser la primera periodista que obtiene esta medalla, sobre todo, al ver quienes me preceden en el premio. Rafael Sánchez Ferlosio, Javier Pradera y José Antonio Novais son tres biografías diversas, pero igual de admirables.

Espero que detrás de mí vayan pasando otras compañeras. Veo algunas de estas mesas con más méritos profesionales que el del rigor y la capacidad para transmitir ideas. Yo no sé que hubiera sido de Javier Solana, Carlos Solchaga, Fernando Ledesma o Leopoldo Calvo Sotelo si Maruja Torres los pilla en uno de sus buenos momentos. Maruja es terrible, pero más simpática que yo. Yo llego, saludo, pregunto, espero respuestas y me voy como si fuera el cartero. Hablo bajito y con mucha educación, por eso me permiten que les pregunte lo que quiera. Los lectores no se imaginan que sea tan pacífica, porque dicen que trato a los personajes con dureza.

No es cierto. Lo que pasa es que la palabra se endurece cuando queda escrita. Eso lo sabe muy bien el presidente del Gobierno, que matiza y matiza hasta dulcificar las ideas. Y siempre te advierte que las cosas suenan duro cuando carecen de entonación. Por eso Fraga se ponía tan terrible al pasar por la imprenta, porque nunca mantiene una conversación, sino que responde estrictamente a la cuestión, como si estuviera en un juicio.

Tengo interés en aclarar que no soy una entrevistadora impertinente, como verán, aunque se lo parezca a quienes me lean. Nadie me ha negado una entrevista y eso lo considero un récord. En estos tres últimos años he dado varias vueltas a toda la clase política, me gustaría, eso sí, atrapar a los banqueros. No sé por qué tienen que ser piezas exclusivas de los especialistas en economía. Y como tengo aquí uno de los más notables, Pedro Toledo, al que además le he agradecido ya su decisiva aportación al premio, le voy a pedir algo. Que me conceda la próxima entrevista y que me hable de política. Pero de eso, luego hablaremos.

Gracias a todos mis amigos, que son muchos los que están aquí esta noche.

SOBRE LA PREMIADA

LEOPOLDO CALVO SOTELO (PRESIDENTE DEL JURADO)

Nativel se ha hecho acreedora de este premio por el rigor y la capacidad de oír y entender y de comunicar después las ideas y las posiciones de quienes ha entrevistado en los últimos años. Su personalidad como entrevistadora esclarece y no suplanta la personalidad de sus entrevistados.



V EDICIÓN / 1987

JUAN CUETO



1987 V PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JUAN CUETO

JURADO

Domingo García Sabell (*presidente*)

Concha García Campoy

Onésimo Anciones

Joaquín Portillo

Nativel Preciado

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 16 de diciembre de 1987 por el
presidente del Gobierno, Felipe González Márquez



Felipe González y
Juan Cueto (1987)

DISCURSO DEL PREMIADO

JUAN CUETO

(No se conserva el discurso de aceptación del Premio Cerecedo de Juan Cueto. Recogemos aquí un extracto de sus reflexiones sobre la Europa de la Ilustración como idea global, lanzadas en el XLIV Congreso Internacional de la APE, celebrado en 2006 en Oviedo.)

Me gustaría abrir un paréntesis filosófico para recordar que la idea de Ilustración y, más concretamente, aquel entusiasmo europeo por las Luces que luego contagiaría a los nacientes Estados Unidos de América, era ante todo una idea global. Era la primera vez que se reflexionaba en esos términos sobre el mundo, aunque entonces lo global se pronunciaba como «lo universal». Aquello fue resultado directo de un debate periodístico en el que los filósofos alemanes, franceses e ingleses, empezando por Emmanuel Kant y acabando por Voltaire, decidieron abandonar las altas tarimas académicas y empezar a utilizar las populares columnas mundanas de los periódicos de la época.

Esto, que ya es un hito en la historia de la Filosofía, es decir, el momento en que los filósofos se convirtieron en periodistas, también debería ser un hito en la historia del periodismo. Fue entonces la primera vez que las columnas de la prensa europea dejaron de tratar temas locales o patrióticos e inaugura-

ron una visión global. El doble acontecimiento está datado en 1784, cuando la *Gaceta de Berlín* planteó a los intelectuales europeos de entonces las siguientes cuestiones: ¿Qué son esas Luces universales que entusiasman a Europa? ¿Qué es la Ilustración? Como se sabe, a la convocatoria periodística de aquella gaceta respondieron inmediatamente Kant, Mendelsson y demás filósofos y artistas. En ese preciso momento periodístico –y no en el *affaire Dreyfus*, como dice el tópico– se inauguró la idea del intelectual mediático y universal y el periodismo también, por vez primera, empezó a reflexionar globalmente.

Ahora mismo, en esta segunda globalización –en la que la Europa ilustrada tendría y tiene mucho que decir– las actuales preguntas del debate filosófico periodístico europeo no son muy diferentes a las planteadas entonces por aquella gaceta de Berlín. ¿Qué es la globalización en el mundo actual desde el punto de vista de la Europa ilustrada? ¿Cómo recuperar aquel entusiasmo en la construcción de Europa, en el momento de una nueva e irreversible globalización? ¿Cómo fue posible que la idea de globalización se transformara en esta Europa ilustrada en una idea negativa o enemiga? Es más, ¿por qué en Europa es ahora mismo mucho más popular y moviliza a más gente, tanto académica como mundanamente, el término antiglobalización, o *altermundialismo*, que aquella primitiva idea de globalización ilustrada que siempre estuvo en los cimientos de Europa, y de la Unión Europea? Son las mismas preguntas que en la época de la Ilustración.

Para expresarlo en términos periodísticos y bajando de la filosofía a los terrenos más prosaicos: ocurrió lo mismo con la bioquímica de la globalización que con la bioquímica del colesterol. Hay un colesterol bueno, sin el que no se puede vivir, pero el colesterol malo ganó en Europa la batalla de la globalización. El problema es que los conflictos actuales del globo, aunque estén contaminados de raíz por el colesterol malo, no pueden analizarse, ni entenderse sin el enfoque de la globalidad.

Hay una lógica irreversible en esta segunda globalización, implícita sobre todo en la actual revolución tecno-científico-cultural. Es algo que está más cerca de ser un cambio de civilización que un cambio de cultura, si utilizamos la vieja distinción antropológica entre civilización y cultura. En cualquier caso, los medios y los periodistas no podemos de ninguna manera conjurarlo ideológicamente, como si sólo se tratara de colesterol malo procedente de la administración Bush.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk –uno de los imprescindibles puntos de referencia del nuevo pensamiento europeo y el que mejor ha reflexionado sobre la nueva geometría global de los individuos y sus sistemas– suele utilizar en sus ensayos lo que llama el «índice de sincronización para evitar problemas ideológicos», es decir, problemas maniqueos, los mismos que Sylvain Cypel calificó como binarios. Pues bien, el índice de sincronización global de los individuos europeos es, ahora mismo, muy inferior al del resto de los ciudadanos de otros países y continentes.

Frente a los actuales conflictos del globo los medios de comunicación europeos practican no sólo una visión puramente local, para nada eurocéntrica –y excuso decir ilustrada–, sino que elevan sus respectivas ideologías locales, sus intransitivos conflictos nacionales, generalmente electorales o profesionales, a categoría única de periodismo político, económico y cultural en la era de la segunda globalización. Los medios y los periodistas europeos, generalmente, situamos los conflictos del siglo XXI desde la perspectiva ideológica del colesterol malo. Tenemos una tendencia suicida a no sincronizar. No sólo hemos desertado de la idea, de la utopía de aquella Europa global, sino que por despiste tecno-científico estamos inmersos en la mayor crisis en nuestras respectivas profesiones, cada vez más multimediáticas e incontrolables desde una pequeña Europa tan anticientífica. En el área de Internet, lo siento y creo que esto lo estamos pensando todos, no son posibles los gitanos europeos que van por el monte solos.

Otro intelectual europeo, el arquitecto holandés Rem Koolhaas, ilustrado por el índice de sincronización del alemán Peter Sloterdijk, estableció un método revolucionario de raza matemática, que todo periodista europeo debería tener muy presente, según el cual los conflictos del siglo XXI no se dividen en buenos o malos, a tenor del actual maniqueísmo o escala binaria a la que estamos sometidos; sobre todo maniqueísmo ideológico, generalmente de procedencia local. Hay conflictos del siglo XXI que obedecen a un déficit de globalización, conflictos minimalistas. Hay conflictos que

son resultado matemático de un superávit de globalización, o conflictos maximalistas.

La «voltairiana» figura del idiota en el siglo XXI consiste en sostener que la irreversible globalización es un asunto local, ideológico y maniqueo entre derechas e izquierdas. Es decir, entre minimalismos y maximalismos extraviados de siglo. Pues bien, basta sumar el índice de entusiasmo ilustrado del que hablaba Emmanuel Kant, el índice de sincronización de Peter Sloterdijk y la fórmula de Rem Koolhaas sobre los déficit y superávit de la globalización en los conflictos, y restar después los minimalismos y maximalismos ideológicos, para obtener la medicina o alquimia que la Europa ilustrada puede aportar a la globalización, para contrarrestar los efectos perversos de ese colesterol malo, que ha secuestrado el término.

SOBRE EL PREMIADO

DOMINGO GARCÍA SABELL
(PRESIDENTE DEL JURADO)

Merece Juan Cueto el premio por su labor periodística, plena de originalidad y proyectada hacia un nuevo humanismo. Lo merece también por la fundación de la revista *Cuadernos del Norte*, en la que se mantienen y enaltecen los valores de creación e imaginación propios del pensamiento europeo.

MANUEL VICENT (*El País*, 21-9-1980)

Juan Cueto se mueve en el ámbito de los mensajes cifrados de la mitología puesta al día. Sabe qué registro ancestral despierta en el bazo un anuncio de Coca-Cola, qué fluidos libera una masa juvenil bajo las descargas del rock sin perder el hilo desde la música fabricada en lo alto de los cocoteros, analiza el comportamiento de un ama de casa frente a los destellos psicológicos de una crema de belleza o de un bote de fabada, todo explicado buscando la simetría bilateral de la historia.



VI EDICIÓN / 1989

RAÚL DEL POZO



1989 VI PREMIO FRANCISCO CERECEDO
RAÚL DEL POZO

JURADO

Miguel Muñiz (*presidente*)

Juan Cueto

Clara Isabel Francia

Máximo San Juan

José Luis Leal

Manuel Antonio Rico

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 10 de abril de 1989 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias,
Carlos Luis Álvarez, *Cándido*, y Raúl del Pozo (1989)

DISCURSO DEL PREMIADO

RAÚL DEL POZO

Cuando los príncipes se batían y quedaban hambrientos, comían con los otros guerreros las perdices a bocados sobre la hierba estrellada de margaritas. Tal vez por eso Pedro IV de Aragón, que era astrónomo, legalista y protector de los poetas, dio importancia al prestigio decorativo de la corte y reglamentó las cortesías de los banquetes. En otras épocas los príncipes, después de las normas del Ceremonioso, sólo comían en público en raras ocasiones, entre gentilhombres, trinchantes, panateros y escanciadores. Por fin, como en esta noche, es posible compartir la mesa con ciudadanos, liberados todos los protocolos estrictos.

Muchas gracias, Alteza, por compartir con nosotros la cena y la palabra. Estamos aquí para honrar la memoria de Cuco Cerecedo, un periodista que murió, como los elegidos, en plena gloria y en plena juventud. Aunque se fue nos dejó el alto consuelo de su memoria. Cuco Cerecedo era amigo mío, pero ya decían los estoicos que «la memoria de los amigos muertos es como el vino muy viejo en el que encontramos un amargor delectable. Mas cuando ha transcurrido todo lo que nos angustiaba se extingue y sólo recibimos la pura delectación». Aquel periodista irónico y galaico era un poco todos nosotros, el adelantado de una generación. Siempre volvía, inesperadamente, desde los poblados de cho-

zas de adobes. Tomaba el té con los guerrilleros entre los bosquecillos de mirra con el ruido cercano de las espingardas. Era entonces cuando después de la oscuridad y la culpa empezábamos algunos españoles a descubrir que la religión estaba siendo sustituida por la política. En aquel Madrid de atmósfera metálica y tensa, sin puertas y sin relojes, descubríamos en Carrusel o en Bourbon Street que Cuco llegaba del desierto de los perfumes con los bolsillos llenos de dátiles. El universo iba a cambiar de base, emergía el Tercer Mundo y queríamos derrumbar la cárcel sin preguntar que íbamos a construir en su lugar. Éramos periodistas con tendencia a crear mitos. Ya Carlos Marx había escrito un siglo antes: «Se creía que la formación de mitos había sido posible porque no existía la imprenta. La prensa diaria y el telégrafo difunden más invenciones por todo el universo, fabricando en un día más mitos que antes en un siglo. Y el rebaño de burgueses se los cree». En aquel tiempo el marxismo parecía la razón y la conciencia del futuro. Los jóvenes, los negros y los pobres del universo se montaban en la locomotora de la historia, si bien es verdad que, para nosotros, la liberación estaba muy asociada al placer. Nos intercambiábamos los libros de Marcuse y de Fanon, y también ese mal que los franceses llaman italiano y los italianos mal francés. Hacíamos lectura libre de los catecismos y creíamos que la monogamia era el triunfo de la libertad individual sobre el comunismo y coincidía con el nacimiento de la propiedad privada y la esclavitud. Han pasado muchos años y el reloj

del cuadro del compás marca otra hora. Ya no canta Dylan sino Julio Iglesias y la moda, que es móvil como el viento, ha hecho que los indios vuelvan a ser los malos. Los que desafiaban los fusiles en la marcha sobre Washington son ahora tiburones en Wall Street.

Ya no esperamos a los chinos por Almería. Pero no podemos acusar a la historia de desviacionista. Como suelen decir los del Foro: «Pagan cuatro mil la hora en la Almudena por llorar». Además hemos descubierto que la esperanza es hermana del sueño y la utopía es que simplemente no hay tal. Hemos aprendido con la miseria del tiempo que el sueño de la ideología crea silos de calaveras en Pol-Pot, campos de concentración y policía secreta. Estoy seguro, como nunca de que el viejo topo hocica en algún lugar de la sabana o la planicie y cogerá, como siempre, a los conservadores, ahora tan crecidos, bailando la pavana.

En la Europa siempre de Erasmo, de Voltaire y de Marx, la confianza de ese retén humano de la lucidez está más que nunca en la libertad porque solo en la libertad y en el cambio siguen, a pesar de todo, fermentando las ideas. Son necios los que intentan sofocar la transformación con un puñado de polvo. Mas que nunca, permítanme, el último dogmatismo: o socialismo o barbarie. El periodista que soy, el que era Cuco, sigue militando en la búsqueda de la libertad y del estilo. Lo hemos vivido como un verdadero tormento. El estilo, aquel punzón que usaban los antiguos para escribir en tablas enceradas o en papiros hieráticos, sigue en mi pulso,

como una herramienta pesada. Ya los «beat» se consideraban dolientes santos de la prosa, y Manuel Vicent, sospecha que con el estilo se puede matar. Queremos ser como una gavio-ta que sigue las estelas, con capacidad de vuelo, con cartílago de acero, de carne amarga, sin caer en la trivialidad o en cotorreo. Claro que hay que huir de aquello que decía Hegel: «Los españoles –escribía– se han descarriado por el camino de la metáfora y gustan de un estilo pomposo y florido que interrumpe la marcha del pensamiento porque lo dispersa». Sé que la metáfora interrumpe la marcha del pensamiento, pero cuando camino por el papel como un pirata que divaga, la metáfora brillante me estremece como una trucha de damas en un tapete verde. Y sobre todas las cosas me conmueve la libertad, sin la que no puede resollar un periodista. Hay en mi memoria más vivo que nunca aquel pasaje que relata Marx refiriéndose a los griegos, que eran la juventud de la Humanidad: «Los espartanos se dirigieron al sátrapa persa. Tu consejo, Hydarnes, no pesa sobre nosotros igual en los platillos de la balanza, pues conoces una de las cosas sobre las que aconsejas, pero no has gustado de la libertad y no conoces si es dulce o amarga. Si la conocieras, nos aconsejarías luchar por ella con la lanza y con el hacha».

Muchas gracias. Buenas noches.

SOBRE EL PREMIADO

MIGUEL MUÑIZ (PRESIDENTE DEL JURADO)

Con Raúl uno siempre está de acuerdo en la calidad de la escritura, más allá de la tesis que pueda defender en cada folio: su forma de escribir, irreverente, subversiva, trastocadora y, por tanto, llena de hallazgos de lenguaje, de fecundas relaciones de ideas, de esas asociaciones de imágenes sorprendidas que permiten ver el otro lado de la realidad y el lado que uno quiere celosamente ocultar de sí mismo. Estamos ante alguien al que el jurado, en el acta de concesión, caracteriza no como un periodista de cámara, sino de campo abierto, convencido de la vieja sabiduría que nos habla de la dificultad de saber y del carácter inasible de la verdad.

El periodismo de Raúl del Pozo no atiende sólo a la realidad, se ocupa también de la existencia, es decir, de las capacidades humanas.



VII EDICIÓN / 1990

MARUJA TORRES



1990 VII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
MARUJA TORRES

JURADO

José Luis Barros (*presidente*)

Guido Brunner

Jaime Terceiro

Luis Abril

Ana Rosa Semprún

Raúl del Pozo

Miguel Logroño

José Luis Fajardo

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 14 de julio de 1990 por
S.A.R. el Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón

Maruja Torres (1990)

HABLAN LOS PREMIADOS



DISCURSO DE LA PREMIADA

MARUJA TORRES

Alteza, señores ministros, señoras y señores. Estas cuartillas fueron escritas ayer en un ordenador portátil, en plena jornada de expansión del virus viernes 13, y aún ahora tengo miedo de que de repente se borren y me quede sin poder explicarles, organizadamente, lo que supone para mí recibir este premio y recibirlo aquí, en presencia de un príncipe educado en y para la libertad –gracias Alteza– y rodeada de amigos, de compañeros. A un compañero y sobre todo a un maestro honran este premio y esta reunión. Tengo que lamentar que a Cuco Cececedo yo no le conocí más que por sus obras, lo que, por otra parte, es la mejor forma de conocer a un periodista, porque hasta hace sólo diez años, yo hacía periodismo en la periferia y en medio de la soledad del colaborador de fondo, a la que los avatares tormentosos de esta profesión sólo llegaban puntualmente en forma de cierres y despidos, sin que se viviera desde dentro la aventura. Desde esa soledad ejercitaba mi derecho a leer, y leía a los buenos periodistas, los buenos escritores. Algunos de ellos han recibido este galardón antes que yo, y es un honor enorme estar en la lista.

Desde Barcelona seguía fascinada las idas y venidas de aquel hombre que, como los grandes reporteros, siempre estaba donde debía estar, y que como los grandes escritores, siempre disponía de la palabra justa para contarlo. Parecía

que nunca se agotaban sus talentos y, de hecho, debió de ser así, porque parte de él se quedó flotando entre nosotros y hasta yo, que no le conocía personalmente, encuentro de vez en cuando la huella de Cuco Cerecedo en amigos que lo eran de él antes de serlo míos, y que son como son porque alguna vez fueron amigos suyos. En este salón hay unos cuantos y por ahí, en Madrid, algunos más.

Para mí, lanzada al periodismo de forma ferozmente autodidacta, la gente como Cuco sustituía las facultades, los consejos y las redacciones, y pensaba, con esa tendencia a la mitificación que me queda, desde que trabajé en *Fotogramas*, que yo quería ser como él, un periodista al que le ocurren muchas cosas. Llegó un momento en que lo conseguí, a la manera de Cuco Cerecedo, pero sin llegarle a la suela del talento. Una cosa sí he aprendido. Que al periodista no le pasa nada. Disfruta del raro, precioso e insustituible privilegio de ser testigo de lo que les ocurre a otros. Y de poder contarlo. Hace más o menos un año, aquí mismo, Raúl del Pozo, se definía como un periodista en perpetua búsqueda de la libertad y el estilo. Yo añadiría que la síntesis de estas dos premisas es el punto de vista, sin el cual un periodista tampoco puede escribir. Esa correa de transmisión que somos a veces tiembla por el placer o el dolor de la comunicación, y de la calidad del temblor, de sus matices, resulta finalmente la información que debe estar basada en el respeto a la verdad, pero también en el análisis de lo que ha conducido hasta ella, cualquiera que sea.

Y es todo. Muchas gracias. Buenas noches.

SOBRE LA PREMIADA

JOSÉ LUIS BARROS (PRESIDENTE DEL JURADO)

Comentar la personalidad profesional y humana de Maruja Torres sería empequeñecerla. Todos sabemos que es modelo de periodistas y sus reportajes enviados desde el mismísimo «Ojo del Huracán» son muy conocidos y admirados por todos los españoles. Allí donde está el peligro, allí donde está la sangrienta injusticia, allí donde hay una causa perdida, Maruja lo recoge y nos trasmite la verdad, con su estilo palpitante, como si mojara la pluma en el corazón de cada víctima y en su propio corazón. Chile, Nicaragua, Líbano, Panamá, etc., y aún le queda tiempo para escribir ¡y de qué manera! una considerable obra literaria si es que sus reportajes no son considerados como tal.



VIII EDICIÓN / 1991

CHUMY CHÚMEZ



1991 VIII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ CASTRILLO,
CHUMY CHÚMEZ

JURADO

María Cruz Seoane (*presidenta*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Antonio Mingote

Alfredo Sáenz

Maruja Torres

José-Vicente de Juan

Antonio Guerrero

Luis Mariñas

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 6 de mayo de 1991 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón

S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Chumy Chúmez (1991)



DISCURSO DEL PREMIADO

CHUMY CHÚMEZ

Alteza, queridos amigos.

Sólo una cosa me apena de este honor que acaba de concederme la Asociación de Periodistas Europeos y que voy a recibir de manos de su Alteza El Príncipe Felipe. Y esa cosa es que yo, hace años, cuando andaba haciendo la revista *Hermano Lobo*, negué mis páginas a las colaboraciones que frecuentemente me solía enviar Cuco Cerecedo, que era amigo mío. Nunca le publiqué nada porque, le solía decir, lo suyo era el género heroico y no el humorístico. Ya ven ustedes las vueltas que da el mundo.

Quiero también decir que esta medalla, estos dineros y este honor que acabo de recibir, o voy a recibir inmediatamente, lo considero, además de un reconocimiento a mis trabajos periodísticos, una honra que recibe el gremio entero de los colaboradores gráficos de humor de la prensa española. Nosotros, durante muchos años, aparecíamos como invitados en las páginas de pasatiempos junto a los jeroglíficos y las palabras cruzadas de las últimas páginas. Tuvimos que esperar a que Antonio Mingote se incorporara a las páginas de *ABC* para sentirnos de alguna manera periodistas. Yo recuerdo que cuando vine a Madrid a estudiar pintura para acabar en Chumy Chúdez y me preguntaban que a qué me dedicaba yo solía decir bajando la mirada humildemente:

«hago chistes en las revistas». Esa vergüenza me desapareció gracias, repito, a Antonio Mingote, al que todos debemos la dignificación de nuestro trabajo, sobre todo después de su ennoblecimiento con una silla en la Real Academia Española. Gracias a él, a Antonio, yo dejé de sentir vergüenza de mi trabajo y cuando me preguntaban: «tú, ¿a qué te dedicas?», solía decir con orgullo: «a lo mismo que Antonio Mingote». Porque la gente, al oír esto, nos miraba con respeto y admiración.

Quiero también aclarar, por último, para evitar que haya malentendidos, que cuando he dicho que yo generosamente compartía este premio entre mis compañeros de la prensa gráfica me refería solamente a la parte honorífica, porque la económica me pertenece a mí solamente, que conozco a los llamados compañeros, que, en cuanto te descuidas toman el rábano por los cheques. Este hermoso cheque que como todos los cheques que se dan en los premios tiene la singularidad de que está dividido en dos partes iguales separadas por una línea de agujeritos. ¿Y para qué tiene esa línea de agujeritos, se preguntarán ustedes con curiosidad si no han recibido este tipo de honores? Pues sirve para partirlo por la mitad y entregar una de las partes al señor Solchaga aquí presente, con el ruego de que de mi parte y a mis expensas compren una rueda para el tren de alta velocidad que va a recorrer próximamente los suelos patrios, recaudando más tributos.

Y eso es todo. Gracias Alteza, gracias queridos amigos. La cena corre de mi cuenta.

SOBRE EL PREMIADO

MARÍA CRUZ SEOANE (PRESIDENTA DEL JURADO)

Sigo a Chumy como lectora y siempre me he identificado especialmente con su peculiar tipo de humor. Y para mí el humor es la cosa más seria de la vida. Parece que sólo los humanos reímos. Debe de ser un don que nos ha sido concedido como compensación por la angustia que lleva consigo nuestra condición, también única, de seres que se saben mortales. Pobres de nosotros si no pudiéramos «reirnos las muelas» de nuestra propia sombra y de nuestra propia muerte.

Y no creo ser inoportuna sacando a colación a la muerte, porque, como todos ustedes saben, ella es un personaje casi omnipresente en el humor de Chumy. Tumbas, ataúdes, calaveras, esqueletos y todas las representaciones de «La Horrible» pululan por sus chistes desde mucho antes de que, a causa de una grave enfermedad, se sintiera muy cerca de sus fauces y para distraer el pavor que sentía, según propia confesión, escribiera ese libro estupendo que es *Ayer casi me muero*, que recomiendo a todos, pero muy especialmente a los que hayan sufrido una larga experiencia hospitalaria.

Y ahora sí termino, porque adivino a Chumy sintiéndose como un personaje suyo, quien –desde su féretro, claro está, en el día de su entierro– contemplaba atónito el lujo que te rodeaba sin comprender el sentido ni el motivo de las ceremonias que se le dedicaban, hasta que cayó en la cuenta de

que le habían confundido con otro, que todo aquello no era por él. Pues sí, Chumy, todo esto va por ti. Y gracias por merecerlo.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Chumy Chúdez, con sus dibujos y sus textos ha transgredido muchos tópicos, y ha dado siempre muestra de una imaginación creadora, fértil en hallazgos inteligentes.

Los dibujos de Chumy Chúdez son liberadores de energía, permanecen ajenos a toda rigidez formal, quiebran la monotonía de la vulgaridad y sirven de antídoto a las alienaciones.

Es patente, además, en Chumy Chúdez su esfuerzo por ayudar a que todos tomen la palabra sin aceptar las convenciones que querrían situar en el ghetto del confinamiento y la irrelevancia a quienes se encuentran en inferioridad de condiciones.

Chumy Chúdez ama sobre todo a las víctimas. Su obra forma parte de una trayectoria con extraordinarios precedentes y espléndidos acompañamientos en las páginas de la prensa española. Las palabras de Jorge Santayana, según las cuales el fenómeno de alumbrar algo nuevo surge poderoso cuando el artista «se funde» con las experiencias estéticas previas, se cumplen, pues, felizmente en nuestro galardonado.



IX EDICIÓN / 1992
EDUARDO HARO TECGLÉN



1992 IX PREMIO FRANCISCO CERECEDO
EDUARDO HARO TECGLÉN

JURADO

Raúl Morodo (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Chumy Chúmez

Fernando Fernán Gómez

Juan García Hortelano

José Luis Martín Prieto

Felipe Sahagún

Francisco Umbral

Gustavo Villapalos

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 30 de abril de 1992 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Eduardo Haro Tecglen (1992)

DISCURSO DEL PREMIADO

EDUARDO HARO TECGLÉN

Quienes mejor me conocéis sabéis que mi verdadera vocación ha sido siempre la de hombre invisible. No ser ni visto ni oído y, si hubiese sido posible, dentro de mis escasas necesidades de supervivencia, tampoco leído. Creo que lo menos malo que he escrito en mi vida ha sido sin firma, quizá con la malignidad de que las posibles responsabilidades incumbieran a otros, alguno de los cuales está por aquí esta noche. Me ha extrañado siempre este instinto mío y, a veces, he tratado de saber a qué obedece ese serio afán por pasar inadvertido; puede que por las clandestinidades de todas clases que he tenido que pasar, incluyendo las más peligrosas de todas, que me parece que son, o fueron, las de las novias prohibidas. A lo mejor sólo por la incomodidad de ser demasiado alto en un país de tallas generalmente mucho más moderadas y contenidas. Mejorando lo presente. Puede que fuera por miedo: el del hijo del rojo en la larga posguerra, o el del rojo mismo en régimen adverso y carcelario. O en otro régimen desdeñoso. Quizá por eso ahora, cuando ya estoy un poco fuera de los puntos de mira, me permito a veces ser un poco deslenguado y resisto con la impavidez que puedo incluso estar aquí, mirado y escuchado, aunque sea por vuestra benevolencia. Los que me conocéis, empecé a decir, sabéis por lo tanto, que lo paso mal, con luz y micrófonos, ampliado, enorme y torpe.

He tenido muchas razones para, digamos, hacerme visible ahora. Una es el nombre de Francisco Cerecedo, que todos los años se evoca y que ahora se une al mío de esta forma.

Tuvimos muchos puntos de contacto: le leía, le reconocía como a uno de los nuestros, de esta profesión enormemente rara y no siempre bien tratada, y como a un símbolo de una generación que emergía tras de nosotros. Menos silenciosa, menos necesitada de invisibilidad. Tuve también un contacto físico, de buena vecindad: en el ascensor, en el portal, donde nos asustamos juntos de algunas cosas que ocurrían en la crónica terrible de España que precedió a su desaparición; y comentamos otras esperanzadoras que empezaban a nacer, y que en gran parte han dado su fruto: si no a nuestra entera medida es porque supongo que nunca pasan las cosas a la medida de los demasiado esperanzados. Estoy diciendo que vivíamos en la misma casa Cerecedo, el querido y divertido Tono y yo. Cuando murió Tono, después de Cuco, uno de los conserjes se acercó, realmente preocupado, y me dijo: «Ya no queda más que usted».

Quedo poco; he quedado para ir recibiendo otras visitas tremendas de la muerte de personas sin cuya presencia, aquí, vale menos este honor; he quedado para este premio, y tengo que referirme ahora a otra ausencia por la visita muy dura de la muerte: la que alcanzó a Juan García Hortelano, miembro del jurado de amigos que me concedió este premio. Aunque parezca un rasgo de vanidad recuerdo ahora la última carta

de Hortelano. Antes de que yo le agradeciese su voto, recibí unas letras suyas, desde su enfermedad, dándome a mí las gracias por haberle dado ocasión de ser uno de los que me eligieron, aunque tuvo que hacer su votación no sé si por teléfono o por carta porque ya no podía salir de casa. No salió nunca más. Lo cuento para recoger este último rasgo de su semblanza de hombre bueno, de hombre modesto, de gran talento, que también fue, en gran medida, invisible. Hasta quiso ocultarnos que se estaba muriendo, y hablaba de una fastidiosa bronquitis o de un mal efecto de la cortisona. Hombre invisible, y no solo por su sencillez sino porque también pertenecía a la generación un poco callada, un poco sin reconocimientos oficiales, sobre la que no quiso arrojar la opacidad. Mejor, digo yo ahora, porque hemos tenido otras recompensas como esta que estoy recibiendo yo ahora con vuestra presencia.

He dicho antes que me concedió este premio un jurado de amigos, y no solo no me arrepiento de haberlo precisado así sino que me enorgullece; y además trato de defender la amistad como valor, como cohesión, como unidad de propósitos y elaboración conjunta de algo: la amistad a la que ahora se está maltratando con el nombre peyorativo de «amiguismo», y que a mí me parece uno de los hechos políticos más importantes de este país en un momento en que las ideologías se tapan o se disimulan, espero que provisionalmente. Nadie es amigo de sus amigos por casualidad, por azar o por interés, aunque todo ello se una, sino por afinidad.

Goethe escribió como título de uno de sus más importantes libros el de *Las afinidades electivas* por algunas razones importantes. Creía él en una especie de vocación o llamada, que estaba «en el lado nocturno de la naturaleza», y que era como un instinto animal de identidades magnéticas que atrae a unos hombres determinados hacia otros, como ciertos elementos se atraen entre sí en el mundo de la química. Y en este fenómeno se podría encontrar, decía él, «el principio y el fin de todas las civilizaciones». Se ensalzó esta idea como un pensamiento propio del romanticismo que Goethe ilustró; pero Goethe era un romántico ilustrado, un hombre de las luces, un razonador. Entra no solo en la lógica, sino en la decencia y en la inteligencia, elegir para que presten su colaboración y trabajen a personas afines, a personas en las que se va a encontrar colaboración, comprensión y entendimiento, o correcciones; o, por lo menos, que van a ser compañeros de viaje y de camino. Es evidente que si las dotes de quien elige son poco recomendables el amiguismo magnético, nocturno y químico goethiano se puede convertir en un desastre nacional. Pero no estamos precisamente en el desastre. O no lo encuentro yo. Sí encuentro que estamos en una de esas civilizaciones, no solo local sino mucho más amplia, donde las amistades sobrepasan la altura del campanario del pueblo y se diseminan por el mundo al que pertenecemos. Si no es la forma o la manera en que yo deseo que se desarrolle esta civilización, será por mi defecto o porque no ha llegado todavía a reconocer lo que los antiguos, como decía

Cervantes, llamaban la edad dorada. El mito de la edad de oro no tiene porqué desaparecer, y menos que limitarse a unos cuantos pueblos benditos. Que se cree Fukuyama que la historia termina aquí.

Cuando me comunicaron el premio y conocí quiénes eran los nombres de los miembros del jurado me llené de alegría por saber que todos eran amigos, comenzando con los nombres de quienes dirigen esta casa y que me habían votado por eso, con toda seguridad, entre otros muchos elegibles mejores que yo y con más méritos. La alegría se justifica en que es mejor tener buenos amigos y que sean capaces de demostrarlo, incluso hasta convertirse en sospechosos de afinidades electivas conmigo, que tener un premio, aunque sea este tan valioso, tan importante, y que llega hasta mí después de haber pasado por tantos compañeros mucho más jóvenes y con menos kilos de letra a sus espaldas, lo cual lo hace más valioso: más musculoso y juvenil. Hace poco tiempo recibí un tarjetón del ministro de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, de alguno de cuyos actos políticos difería yo desde mi modestia y en mi insensatez y mi nueva audacia de lenguaraz, como por ejemplo la posición en la guerra del Golfo; y en él me decía que consideraba mucho más importante mi amistad que mi aprobación política, lo cual constituyó para mí una doble lección: una, de amistad verdadera y valiosa; la otra, justísima, del escaso valor que podía tener mi opinión política. Mi opinión no tiene ni ha tenido nunca valor político: lo que he tratado de poner en lo que he ido escribiendo

es, también, un sentido de afinidad o de identificación personal con clases, personas, razas, instituciones perdidas o ideales derrotados. En muchos valores que han sido vencidos a lo largo del tiempo. No hablo de que he buscado una postura ética o moral para que no se me note tanto la edad, que también podría ser uno de mis méritos. Quizá sea el más ostensible y que ofrezco como pieza de museo a Su Alteza Real, tan ajeno desde su espectacular juventud, como la visión no disecada de uno de los últimos diplodocos del viejo mundo del periodismo escrito.

Pienso ahora de estos amigos del jurado algo parecido a lo que me decía Fernández Ordóñez: que su opinión periodística tiene menos valor con este fallo y esta gratisima acta que su amistad por mí. Lo mismo me ocurre con quienes habéis hablado en mi favor influidos por una mitología de la que no reniego porque me ayuda mucho a ganarme el pan; y a quienes habéis venido a verme y acompañarme en esta desnudez de la pérdida de la invisibilidad. A la que pienso regresar desde este mismo momento. Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

RAÚL MORODO (PRESIDENTE DEL JURADO)

La memoria histórica no es (otras, tenemos) una de nuestras virtudes. El dramatismo de la generación a la que pertenece

Eduardo Haro, intersticio de guerra y posguerra civiles, no fue sólo un problema sectorial ideológico y de fronda fraticida, sino también globalizadora y humana. Y si la situación era totalizadora, la respuesta llevaba a fragmentaciones y contradicciones: escapismo y resignación, triunfalismo y mesianismo. El barroco, dirá Tierno Galván, y el César visionario umbraliano formalizó la sacralidad excluyente neo-barroca, condujo a una cultura de hibernación, en donde se conjugaba pesimismo y picaresca. Salir de esta cultura cerrada, abrirse a la libertad, reencontrarse con la Europa plural, exigía protesta y racionalización crítica de la protesta. Y Eduardo Haro optó por este camino. En este sentido, fue un partisano de las ideas novadoras: compromiso ético y social, apertura al exterior, delación dialéctica de los dogmas y tópicos ancestrales. La política internacional fue, para Eduardo Haro, durante años, en la meseta y desde nuestras fronteras, un crítico y operativo instrumento para cambiar y transformar, y no solo –aunque sin excluirlo– interpretar y analizar. Sartre no quita a Aron: o, como decía Pessoa, «Dios es bueno y el diablo tampoco es malo». Aún dentro de la ambivalencia forzada, la revista *Triunfo*, cuando la memoria histórica se normalice, quedará como uno de los más cualificados exponentes de la anticipación democrática en España. Y *Triunfo* era, en gran medida, Eduardo Haro.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO
(PRESIDENTE DE LA APE)

La página en la que escribe Eduardo Haro Tecglen siempre tiene cualidad de primera página. La ironía piadosa, nunca descompuesta hasta el sarcasmo, con que penetra en los adentros de la realidad dominante; su perplejidad salvadora ante aquello que llamamos realidad; su caluroso escepticismo; la sencilla perfección de su lenguaje y el circunspecto desconsuelo con el que parece escribir son valores formales y materiales de un altísimo periodismo, generador de ideas, de comprensión y de convivencia.

Las pasiones son fugaces y la razón difícil. España marcha hoy hacia la razón con un tacto histórico nunca igualado por los españoles. Así es como quiero interpretar el periodismo de conciencia y razón de Eduardo Haro.



X EDICIÓN / 1993

EL ROTO



1993 X PREMIO FRANCISCO CERECEDO
ANDRÉS RÁBAGO, *EL ROTO*

JURADO

Gerardo Estévez (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Onésimo Anciones

Aurora Fierro

Luz Feduchi

Javier Gúrpide

Eduardo Haro Tecglen

María del Carmen Iglesias

Cayetano López

José Antonio Zarzalejos

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 9 de junio de 1993
por el pintor Antonio López

Antonio López, *El Roto* y
Carlos Luis Álvarez, *Cándido* (1993)



DISCURSO DEL PREMIADO

EL ROTO

Señoras y señores, queridos amigos: Hace cosa de un mes, recibí aviso telefónico de que había sido agraciado con un premio. Acostumbrado como estaba a recibir casi a diario notificaciones de premios de la más variada especie –desde fastuosos viajes a lejanos paraísos a relojes de pulsera, calculadoras, pasando por chalets adosados, coches, enciclopedias, juegos de sartenes y otros endriagos–, y todo ello sin más esfuerzo, por mi parte, que el de abrir el cajetín del correo y aliviarle de su peso, agradecí la llamada a la persona que me comunicaba la feliz nueva y volví a mis tareas olvidando el asunto de inmediato. Pero he aquí que a la mañana siguiente al leer los periódicos vi con alarma y estupor que en una información de agencia, mi nombre era traído y llevado en extraña trabazón con ciertos individuos de condición burlona y aventurera que según leí tenían por costumbre y oficio denostar a las legítimas autoridades del reino, y hacer burla y escarnio de costumbres arraigadas o actividades humanas de vieja implantación y todo ello en relación con un prestigioso premio periodístico que llevaba el nombre de una persona a la que tiempo atrás había leído y admirado por su gracia, valentía y desenvoltura en el difícil oficio del periodismo. En un primer momento todo ello me pareció locura y disparate y por saber si hubiese perdido el juicio pasé el periódico a mi mujer, quien así lo

hubo leído, me felicitó y volvió a lo suyo dejándome sumido en un océano de confusión.

Al cabo de un rato y cuando ya los primeros efectos de la sorpresa habían dejado paso a una incipiente ira y firmemente decidido a evitar que el nombre que mis padres me habían dejado como único patrimonio se viera envuelto en los enredos de unos y otros, avisé de la superchería a las personas principales de la Asociación de Periodistas Europeos, con los que por rara casualidad guardaba una afectuosa relación, todo lo cual les produjo gran confusión y perplejidad, pues daban por hecho el que yo fuese uno y trino con aquellos a los que llamaban familiarmente OPS, El Roto o Jonás. A la confusión siguió el estupor que acabó derivando en una extraña melancolía de mis queridos amigos que no encontraban forma y manera de resolver el enojoso asunto sin escándalo. Y viéndoles tan contritos y por aliviar su pesadumbre y siendo de natural conciliador, me avine a representar para esta única ocasión el ingrato papel de premiado con el único fin de sacarles del aprieto en el que se encontraban, haciéndome cargo en compensación por mis desvelos e incomodidades del importe de los dineros que el premio llevase aparejados con lo que me daría por satisfecho y resarcido de los quebrantos que todo este enojoso asunto me hubiese producido.

Lo anteriormente expuesto explica y aún justifica mi presencia hoy aquí. Por cierto, espero que la de todos ustedes no se deba también a confusiones de parecida índole, cosa que lamentaría profundamente, aunque tampoco me produciría

mayor sorpresa. En cualquier caso, me reafirmo en que nada se me apunte de las posibles bromas y bellaquerías de mis pretendidos heterónimos y aunque comprendo la necesidad que pueden tener en ocultar su verdadera personalidad por miedo a las posibles represalias de aquellos que sintiéndose injustamente tratados por su burlas y sátiras desearan descargar sus justas iras sobre sus espaldas, de igual modo que sus críticas tendrían más valor si las hiciesen a cara descubierta y sin ocultación. Y, por todo ello, desde aquí, públicamente, les conmino a que se den a conocer y que sepan que nada han de temer de los que tan acertadamente nos gobiernan, ni de ninguna otra persona principal por dinero, posición o cargo, pues todos ellos son hombres y mujeres ilustrados y de amable trato en los que toda cortesía tiene asiento, de conversación amena, recto proceder y elevadas miras que a buen seguro les sabrán perdonar todos sus yerros.

De igual modo sugiero a los premiados que miren mejor lo que dibujan y en qué centran sus chanzas y punzadas y que utilicen su ingenio y sutileza en más honrados y útiles oficios como la publicidad o propaganda donde tanta necesidad hay de talento y maña con que ayudar a transformar lo inútil en necesario y lo letal en benéfico o si tuviesen ínfulas artísticas fabricando retratos heráldicos de los antepasados de los nuevos ricos para que puedan éstos asentar su presente fortuna sobre los cimientos de los huesos de sus ancestros y no los tengan por advenedizos y recentales en el Ghotá de los dineros.

Muévanse, pues, por más honestos pagos que no les faltarán gabinetes de imagen, empresas de márketing o estudios de diseño donde sin otra ayuda que la de su mucha virtud y talento, si es que lo hubieren, podrán ganar hoy un honesto jornal y mañana una suficiente jubilación con la que la bondad de nuestro sistema económico les beneficiará cuando ya no puedan con su alma y así podrán dedicar sus postreros años a la quietud del espíritu en lugar apacible, disfrutando de la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos y el murmurar de las fuentes. Todo lo cual y aún más, como es natural, y aún obligado también se lo deseo a ustedes que a buen seguro no lo merecerán menos.

SOBRE EL PREMIADO

GERARDO ESTÉVEZ (PRESIDENTE DEL JURADO)

Andrés Rábago, dibujante, yo diría pintor, que con una mancha expresionista define la crónica de lo que pasa y dice lo que él quiere que nosotros pensemos. Yo destacaría de su perfil, sobre todo, sus notables cualidades artísticas (¡qué difícil es la escueta soledad del blanco y negro!) y lo incisivo de su mensaje, que encierra en su aparente simplicidad esa hondura capaz de provocar en cada uno de nosotros una conmoción. Es esa misma invitación a la inquietud, a la mirada crítica, a no sucumbir ante lo fácil.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO
(PRESIDENTE DE LA APE)

Me di cuenta de su originalidad, parecida a una soledad, hace muchos años, cuando él era muy joven. Mediante el dominio de las imágenes con sentido, que remueven grandes porciones de realidad existencial, Andrés Rábago nos incita con desesperación a la esperanza, simplemente expresando su subjetividad. No creo que su humor proceda del humor inglés, Swift o Sterne, por ejemplo, sino que nace de la vena más sombría de Quevedo.

En cuanto observador de hoy, yo veo en Rábago, cuando dibuja situaciones y costumbres, una comprensión afilada, un desdén nietzscheano hacia la impostura, la vanidad y la codicia y una recatada acentuación de la piedad con los desvalidos y oprimidos. Esa perseverante visión humana, cuyo antecedente más próximo es Chumy Chúmez, también distinguido con el Premio Cerecedo, fue lo que inclinó al jurado a distinguirlo. Es también un pintor notable, como el propio Chumy Chúmez, y eso añade a sus pasquines dibujados una calidad que redobla en efecto.

No me gusta la malignidad completa, sin misericordia, pero aún en esos instantes excepcionales en que mi gusto personal desfallece, el genio pugnaz de El Roto es de una originalidad objetivamente reconocible.



XI EDICIÓN / 1994
MANUEL VICENT



1994 XI PREMIO FRANCISCO CERECEDO
MANUEL VICENT

JURADO

Carlos Alberto González Príncipe (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Antonio López

Rafael Sánchez Ferlosio

Javier Pradera

Juan Cueto

Nativel Preciado

Maruja Torres

Chumy Chúmez

Raúl del Pozo

Eduardo Haro Tecglen

Andrés Rábago

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 23 de mayo de 1994 por
S.A.R. el Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias
y Manuel Vicent (1994)

DISCURSO DEL PREMIADO

MANUEL VICENT

Debo daros las gracias, Alteza, por la amable deferencia que habéis tenido al presidir este acto de mi ingreso en el círculo Francisco Cerecedo al que honráis con vuestra presencia. Agradezco igualmente al presidente de la Asociación de Periodistas Europeos y a los miembros del jurado que me reservaron la plaza en este club tan exclusivo y al presidente del BBV que hizo algo para que este honor tuviera un poco de consistencia.

Y gracias a vosotros, amigos, por haber venido al Ritz, un lugar inmejorable para recordar a aquel maravilloso libertario, al gran periodista Cuco Cerecedo, que en vida reinó de forma absoluta en los bares de calamares de la orilla izquierda de la Castellana donde impartió lecciones de inteligencia, sarcasmo e independencia. Ahora estamos aquí. Se nota que nuestra generación ha sentado la cabeza. Si por un momento Cerecedo despertara del sueño eterno y viera a todos sus amigos reunidos en el Ritz conmemorando su nombre a la sombra de un príncipe y bajo el patrocinio de un banco, sin duda él que era maestro de la ironía no comprendería hasta qué punto su rebeldía había conquistado las instituciones del Estado.

Repito ahora lo que he dicho en otras ocasiones. En morir también fue el primero. Dejó muchos amigos que eran jóvenes para que pudieran guardar su memoria. Nunca los dioses

habían tratado con tanta generosidad a un ácrata de oro: fulminaron su mente con un rayo de sangre y cayó al pie de una barra con un whisky en la mano sin darle más edad que la precisa para que pudiera partir sin barriga ni papada, lleno de gracia y sin traicionar sus ideales cuando en este país la libertad era una novia que se estaba abriendo. Recordar a Cuco Cerecedo es llorar por aquellos tiempos de gloria y por todas las frustraciones que siguieron.

Nuestra generación ha elegido a este periodista inteligente e imaginativo como un arquetipo de la libertad que él ejerció a cuerpo limpio en una época muy convulsa. La muerte lo ha puesto de perfil ante nosotros como una medalla, pero su lección vital aún está vigente. De él muchos periodistas hemos aprendido que en tiempos difíciles cuando el cieno es la única ley sólo la independencia y la libertad de expresión llevadas hasta las últimas consecuencias constituyen una doble barrera insalvable para la corrupción. Por otra parte los periodistas no tenemos otro patrimonio que el nombre que hayamos forjado con honestidad. Ni existe otra razón para sobrevivir. Esta es la enseñanza que nuestra generación asigna a Francisco Cerecedo.

Porque murió joven y libre hemos tomado a Francisco Cerecedo como ejemplo de una generación que luchó por la libertad cuando ésta se confundía con los días felices en que todos éramos más limpios. En aquellos tiempos en que la democracia se debatía entre la muerte antes de haber nacido Cerecedo arriesgó por ella su gracia y su talento, pero es obli-

gado preguntarse qué haría en este momento aquel periodista cuando la democracia está amenazada por la corrupción que se ha convertido en un espectáculo patético. Sin duda, contra estas tripas del Estado, abiertas a la contemplación del público, Cerecedo pondría para limpiarlas toda su independencia y su sarcasmo.

Os repito, Alteza, las gracias por estar aquí. Y a vosotros, amigos, os pido que hagamos todo lo que esté de nuestra parte para que el nombre de Francisco Cerecedo sea una marca cada vez más profunda y ejemplar en la moral de nuestro país. Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO (PRESIDENTE DE LA APE)

José Antonio Marina, en su *Teoría de la inteligencia creadora*, parece ocuparse de Manuel Vicent, porque nuestro premiado, en sus textos, a las propiedades reales que tienen las cosas les inventa posibilidades libres; porque Vicent, con su talento, se convierte en fecundador de lo real, que adquiere así una cierta ilimitación. Pero Manuel Vicent ha huido del protagonismo que suele interponerse ante los lectores y dificulta la percepción de las realidades que siempre se ha abstenido de tergiversar en beneficio propio. Manuel Vicent ha demostrado ser una

inteligencia libre, y por tanto ecuánime, fuera de toda cautividad y hasta ahora inmune al amedrentamiento.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

El jurado ha otorgado el premio este año a Manuel Vicent, por su capacidad «para introducir una literatura de alta calidad en la prosa de los periódicos donde se añade a la metáfora la disección del hecho cotidiano». Como lector de las columnas y escritos de Manuel Vicent destacaría la referencia constante al hombre y la descripción perfecta, esencial, de las cosas del hombre.

En ese estilo excepcional de Manuel Vicent se unen la serenidad clásica con que Menandro describe los hechos menudos y cotidianos y la enjundiosa sabiduría de los agrónomos latinos. Hombre también mediterráneo conoce y nos da en sus artículos y en sus reportajes, algunas claves terrenas de la felicidad humana, desde la contemplación del mar o del campo, de una puesta de sol o de un insecto, hasta los secretos de la cocina popular ascética y sabrosa.



XII EDICIÓN / 1995
FRANCISCO UMBRAL



1995 XII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
FRANCISCO UMBRAL

JURADO

Francisco Darío Villanueva Prieto (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Pedro Pablo Alonso

Eduardo Haro Tecglen

José Jiménez Lozano

Luis Ángel Lerena

Catalina Luca de Tena

Raúl del Pozo

Manuel Vicent

José Antonio Zarzalejos

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 19 de septiembre de 1995 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Francisco Umbral (1995)

DISCURSO DEL PREMIADO

FRANCISCO UMBRAL

Alteza, dignísimas autoridades, queridos amigos.

Estamos aquí esta noche, fervientes y relimpios, festejando a un conspirador. Francisco Cerecedo, conspirador y estilista, como Benvenuto Cellini, fue un joven y eterno conjurado del bien y la libertad. Para él, la libertad principiaba en Palestina y llegaba hasta el palacio madrileño de La Zarzuela, donde todavía vive con sus padres, como tantos jóvenes españoles, en el trance difícil de la edad y el trabajo, un príncipe de quien admiro sus silencios en silencio, y a quien no perdono que haya conseguido ser más alto que yo.

Gracias a aquel celta nocherniego, periodista y conspiratorio, ahora hay un poco más de paz y libertad en Palestina. Gracias a este príncipe joven y hermético la monarquía española ya no le parece al mundo una improvisación histórica porque su padre la sustanció en una noche de televisión y pistolas. Así como el rey Juan Carlos dicen que llevaba el pijama bajo el uniforme de Rey, cuando salió por la tele, así esta monarquía lleva debajo de su manto un democrático pijama y el mundo ha comprendido esa cosa tan nuestra de una monarquía socialista o un socialismo coronado, cuando el príncipe, hecho de silencio y estatura, encarna eso que el maestro Eugenio d'Ors llamó La Santa Continuidad. Y no teman, que no voy a hacer un discurso muy de derechas, sino

a soltar cuatro palabras a la sombra de este príncipe que calla mucho porque mucho sabe. Si él no tuviera nada que decir, estaría hablando todo el rato, según es uso entre españoles.

Del incesto glorioso entre la monarquía y la libertad nació la república de las letras, como pasa siempre, y ahí es cuando entra Cuco Cerecedo por la causa de Galicia, de Argelia, de la democracia o de su novia. Unos cuantos escritores de periódico, yo diría que los más lúcidos, prosadores y gauchistes de España, han edificado luego la memoria del muerto, que se nos fue casi en acción de guerra, o al menos en viaje político. Antecesores míos en este premio, o jurados del mismo, son la tribu urbana más avanzada y caracterizada de la prensa nacional, y me condecora y alegra estar desde ahora entre ellos, porque, con el tiempo, uno va consistiendo sólo en sus amigos, siempre pocos, siempre verdaderos, siempre insólitos, porque la amistad es cimarrona y la amistad política es ya una entrañable conjura, aunque no precisamente republicana. Nunca los candelabros del Ritz alumbraron tanto rojo, tanto príncipe y tanto banquero ilustrado. En este premio sí que se ha conseguido la conjunción española y cervantina de las armas y las letras, las armas limpias de estos borbones y las letras golfas de mis amigos nuevos y viejos, empezando o terminando por las mías.

Aquí hay un príncipe, aquí hay un público, aquí hay unos escritores y unos políticos, aquí hay un caído al que festejamos anualmente por su periodismo y su conducta, por su ejemplo revolucionario y sonriente. Uno no es sino el deci-

mal humano, la disculpa ocasional para festejar a Cuco y que se produzca este milagro, esta burbuja en que flotamos todos ahora mismo, y que es como la utopía de España ilustrada de espejos y candelabros. Este premio ha conseguido, con el fino instinto de Cándido, que es el Voltaire más sutil de esta Corte, una síntesis de lo que tenía que ser España cuando la inventamos en 1975, es decir, memoria de los mejores, escuela de los príncipes, hospicio de los literatos y democracia para todos y cultura para todos, porque la propiedad intelectual es un robo.

No somos un premio político porque todo nació de la amistad y la civil memoria de nuestros caídos, pero hemos o habéis logrado una síntesis política, literaria, monárquica, socialista, española, bancaria e ilustrada de la que nuestro príncipe podría y sabría arrancar hacia la sociedad que ya somos, pero en la que aún no estamos. En los grandes espejos del Ritz se sueña esta noche lo que ya es verdad en mucha España, y los camareros del hotel, mucho más europeos que nosotros, por razón de su oficio, saben que nos estamos comportando y que de esta cita tendrían algo que aprender los que se niegan a resolver nuestro país.

Francisco Cerecedo, Cuco, el conspirador más civilizado que yo he conocido nunca, prolonga así su herencia de ironía, tolerancia y sabiduría galaica. Seamos irónicos como nuestro amigo, misteriosos como nuestro príncipe, que misterioso y místico es una misma cosa, aprendamos de nuestros ministros a usar la pala de pescado y de nuestros escri-

tores (jurado, premiados y amigos) a usar la pluma cotidiana e incesante por la justicia, la equidad y la paz, y mayormente por la crítica, que es la mayor salud de una democracia. La España europea que otros buscan por Europa, se cuaja aquí cada año, en el garito ilustre y cosmopolita del Ritz. Nosotros tenemos un príncipe y un mártir. Con mucho menos se hizo España.

Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

DARÍO VILLANUEVA (PRESIDENTE DEL JURADO)

Admiro a Francisco Umbral desde siempre, y lo considero un ejemplo extraordinario de maridaje periodístico entre lirismo y desgarro. Muchas de sus columnas diarias son verdaderos poemas de la cotidianeidad, que suscitan una imborrable emoción estética incluso entre los lectores más ajenos al arte de la palabra escrita. Por ello, Umbral es desde las páginas de los diarios un gran proselitista de la literatura, a la que sirve, además, con sus incontables libros, donde el acierto expresivo, la intención punzante y la intensidad revelan a cada paso el oficio y la dedicación primera del escritor, esto es, la más genuinamente periodística.

Entre aquellos dos polos, el de la realidad y el de la palabra, el periodismo tiende múltiples eslabones y facilita otras

tantas modalidades de expresión, desde la crónica urgente al ensayo de pensamiento, desde el relato escueto al diálogo transcrito, desde la explicación del suceso al verdadero poema en prosa.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*
(PRESIDENTE DE LA APE)

Con Umbral asistimos al milagro, raro y difícil, de que el mundo pueda ser encerrado en palabras. El problema del mundo se convierte en un problema lingüístico. Su agilidad sintáctica hace difícil comprender de qué modo en nuestro escritor el pensamiento conceptual depende de una esencial infraestructura semántica. Las interrelaciones entre conciencia sensorial, juicio mental y uso del lenguaje convierten cada página de Umbral, cada artículo de periódico, en una obra de arte.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Francisco Umbral ha sido distinguido por el jurado, entre otros méritos, debido a la «invención no sólo de un estilo nuevo de artículo periodístico brillante y retador, sino también de un acervo de palabras y giros sintácticos de excelentes resultados...». Es cierto que a nadie deja indiferente y que los hallazgos de estilo, los sentimientos, pensamientos y emociones que nos transmite, encauzados por el ritmo ini-

mitable de su prosa y dotados de una tensión expresiva extraordinariamente comunicativa, lo mismo en sus artículos de periódico que en sus libros, nos enriquece y nos deleita, como diría Fray Luis de León, con una «música no oída». Yo me complazco en este premio que reitera el acierto de una parte de mis lecturas.



XIII EDICIÓN / 1996
CARMEN RICO-GODOY



1996 XIII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
CARMEN RICO-GODOY

JURADO

Xosé Manuel Beiras (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Blanca Berasátegui

Concha García Campoy

Miguel Larrea

Francisco Mora

Nativel Preciado

Juan Tomás de Salas

Ana Rosa Semprún

Francisco Umbral

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 4 de julio de 1996 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Carmen Rico-Godoy (1996)

DISCURSO DE LA PREMIADA

CARMEN RICO-GODOY

Alteza Real, queridos amigos y colegas.

Primero, claro, dar mis más sinceras gracias al jurado por este Premio Francisco *Cuco* Cerecedo, que me enorgullece, me entenece y me abruma en ese orden. Me enorgullece porque es un premio al que no hay que presentarse; cuenta entre los premiados a los periodistas más libres, capaces, rigurosos y serios a los que admiro y respeto. Mi madre, la gran periodista Josefina Carabias, solía decir que el éxito y los premios siempre son inmerecidos, pero sientan muy bien al cutis. Y aunque es cierto que el talento no se hereda, sí que buena parte de este premio se lo debo a ella por la parte genética que le toca.

El premio me entenece porque conocí y trabajé con Cuco en *Cambio 16*, y me admiraba su honestidad, su rectitud, su humor, su capacidad de trabajo, sus ocurrencias, su rigurosidad intelectual y, claro, su simpatía arrolladora. Y créanme si les digo que sentí su muerte prematura como la de un hermano que deja una huella imborrable.

Y me abruma, porque supone una enorme responsabilidad, dada la confianza y el aprecio a mi trabajo que mis colegas del jurado han depositado en mí. Y más en este momento que la prensa escrita española está atravesando un periodo de crisis entristecedora. Acaba de desaparecer un

diario, el *YA*, que fue decano de la prensa española y nadie ha podido hacer nada para evitarlo. Otro periódico emblemático de la democracia, *Diario 16*, que ha sido mi casa, está al borde de sus fuerzas. Sin hablar de las dificultades de las revistas semanales de información general. Todos sabemos que para que una democracia se desarrolle en salud, es necesario alimentarla con unos medios de comunicación libres, plurales, rigurosos y variados que garanticen el derecho constitucional del ciudadano a la libertad de expresión y de opinión.

Creo que todos nosotros agradecemos el interés de Su Alteza Real Don Felipe de Borbón por estar aquí con nosotros y prestar atención a nuestras actividades y aspiraciones. Al fin y al cabo Su Alteza es el futuro y nosotros también. Gracias.

SOBRE LA PREMIADA

XOSÉ MANUEL BEIRAS (PRESIDENTE DEL JURADO)

El valor ejemplar de Carmen Rico-Godoy radica, en mi opinión, en su personalidad, su trayectoria, y su obra: en el coraje y la lucidez con que asume ese riesgo para ejercer verazmente la dignidad del escritor, para defender en la práctica el honor de la profesión de periodista. Hasta el punto de tornar inexacta aquella famosa respuesta de Oscar Wilde cuando

alguien le había preguntado qué diferencia veía él entre la literatura y el periodismo. La respuesta de Wilde había sido: «La literatura no se lee; el periodismo es ilegible».

Gracias, Carmen, por ello.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*
(PRESIDENTE DE LA APE)

Carmen Rico-Godoy Carabias, esta española de París, hija de una extraordinaria periodista de cuya maestría muchos aprendimos algo, Josefina Carabias, tiene en su periodismo aquellos rasgos singulares de los grandes escritores de periódicos: la sutileza, la comprensión de la actualidad como el precipitado de una realidad más honda que es necesario desentrañar, la gracia del lenguaje, pues ella restaura con su periodismo, como la «soberanía antigua» de las palabras; esa visión por encima de la aldea que le da el haber vivido, estudiado y trabajado fuera de ella. Carmen Rico-Godoy viene dejando en *Cambio 16*, desde que ingresó en esa revista, en 1971, uno de los ejemplos más inteligentemente risueños del periodismo, con esfuerzos y sin pausa, lo mismo que en las demás publicaciones en las que ha escrito y escribe.



XIV EDICIÓN / 1997
FERNANDO SAVATER



1997 XIV PREMIO FRANCISCO CERECEDO
FERNANDO SAVATER

JURADO

Carmen Arias, Condesa de Fenosa (*presidenta*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Diego Carcedo

Montserrat Domínguez

Joaquín Estefanía

Juan Pablo Fusi

José Luis García Delgado

Manuel Hidalgo

Nativel Preciado

Carmen Rico-Godoy

Rogelio Rodríguez

Juan Tomás de Salas

Miguel Sebastián

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 18 de julio de 1997 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Fernando Savater (1997)

DISCURSO DEL PREMIADO

FERNANDO SAVATER

Cuando yo comencé a escribir, siendo muy joven, estaba obsesionado por la «voluntad de estilo». No sé dónde había aprendido ese estribillo, ni tampoco creo que tuviese medianamente claro lo que quería decir con él, pero no se me caía de la boca ni del bolígrafo; «¡Lo importante es tener voluntad de estilo! ¡La filosofía académica carece de voluntad de estilo! ¡En el ensayo lo que cuenta es la voluntad de estilo!», etc...

Empezó a curarme de esa tortura un adversario fortuito que, polemizando conmigo, observó con tanta sorna como acierto: «A Savater la voluntad desde luego no le falta; lo del estilo, en cambio, ya es otra cosa». Y terminó por despejarme completamente una advertencia oracular de Verlaine: «Ante todo, evitar el estilo». En efecto, quienes se esfuerzan por tener un estilo, quienes padecen esa «voluntad de estilo» que antaño me pareció tan esencial, escriben pendientes no de lo que quieren decir –muy bien pueden no querer decir nada– sino sólo de los efectos idiosincrásicos que producirá en el lector su forma de decirlo. Lo principal para ellos no es que el destinatario del texto comprenda lo dicho y lo valore, sino que sea muy consciente de que lo ha dicho Fulano. Y por tanto la voluntad de estilo no será otra cosa que el empeño que pone Fulano en ser enormemente Fulano, ese Fulano que él supone que debe ser: Fulano el Gran Pensador, fulano

el Poeta, Fulano el Castizo, Fulano el Críptico, Fulano el Cachondo Deslenguado, Fulano el Rebelde, etc... No cuenta el asunto de que se escribe, no cuenta acertar o desbarrar, no cuenta ni siquiera lo literario como tal, sino que sólo cuenta Fulano. Fulano el Inconfundible... porque se confunde solo. Si me permiten el símil un tanto salaz, el voluntariado estilista es como esos amantes que en lo más animado de la coyunda sólo piensan en lo inolvidable de la *performance* que están llevando a cabo y en el seguro arrobo que ha de suscitar en quien lo comparte: por querer meterlo todo suelen meter también la pata.

Cuando abandoné la voluntad de estilo, me propuse algo más difícil todavía: escribir como todo el mundo. Es decir, como todo el mundo si todo el mundo supiera decir por escrito lo que piensa con perfecta naturalidad, tal como le apetece en cada momento, a veces de modo risueño, otras patéticamente, frío o cálido a voluntad... pero sin voluntad estilística. No hace falta decir que tampoco este objetivo me ha sido concedido, aunque nunca he dejado totalmente de esforzarme por lograrlo. Al final la pereza decidió por mí y ahora mayormente escribo como me sale, procurando evitar tan sólo los mayores despistes sintácticos o semánticos y no repetir tres veces la misma palabra en una sola línea. Lo cual también lleva su trabajo, justo es decirlo.

¿Mi relación con la prensa? Amor a primera vista, porque colaboro con ella desde los dieciséis años con tumultuoso entusiasmo. Dirigí durante un año la revista colegial Soy

Pilarista, ocupación en la que se ejercieron también por vez primera periodistas más ilustres. De esa etapa recuerdo que lo informal de algunos de mis colaboradores me obligaba a sustituir las crónicas que no llegaban por apresuradas improvisaciones mías sobre materias que desconocía tan concienzudamente como el hockey sobre patines y que a veces firmaba con seudónimo. Esta forzada polivalencia motivó que algunos guasones sugiriesen cambiar el título de *Soy Pilarista* por un irreverente *Soy Savater*.

Pero mi paso definitivo al periodismo hay que achacarlo, como tantas otras desventuras que aún padecemos, a la dictadura franquista. Recién acabada la carrera de filosofía y nada más comenzar mi trayectoria como profesor me vi expulsado de la Universidad Autónoma de Madrid y con escasas posibilidades de encontrar *venia docendi* en ninguna otra. Tenía veintitrés años y estaba a punto de casarme, de modo que intenté ganarme la vida aprovechando las dos únicas pasiones rentables que tengo desde pequeño: la lengua francesa y escribir. Traduje a Cioran, a Bataille, a Voltaire, a Diderot. Y también empecé a escribir más y más artículos. La orientación de estas piezas alimenticias la determinó un amigo de aquella época, el único periodista que yo conocía y que colaboraba en el diario *Madrid*. Acudí a él y le conté mis cuitas pecuniarias. «Bueno, ¿sobre qué querrías escribir?», indagó generosamente. Le dije que sólo me sentía competente en cuestiones hípicas y que me ofrecía para cubrir la crónica de carreras del diario, incluso yendo a las seis de la mañana a los entrenamientos

en la Zarzuela si era preciso. Pero esa área tenía ya en el periódico un profesional asignado desde hacía años, de modo que como *second best* ofrecí la posibilidad de reseñar libros de pensamiento. Y así comenzó todo: fugazmente en el *Madrid* y luego en *Revista de Occidente*, en *Informaciones*, en *Triunfo*... Sobre todo en *Triunfo*, donde por fin pude colocar las crónicas hípcas que son mi verdadera vocación y lo mejor que he escrito en mi vida. Más tarde llegó *El País* y alcancé mi lugar natural, el espacio idóneo donde decir lo que a mi juicio podía y debía ser dicho por mí. Aquí sigo estando, porque ese espacio permanece abierto y más necesario que nunca. La verdad es que he tenido mucha suerte.

Alguna vez, creyendo ofenderme, han dicho de mí que yo no soy un filósofo sino un periodista. A mucha honra. La verdad es que no soy un filósofo sino un *philosophe*, con minúscula y si es posible en francés del ilustrado siglo dieciocho. Cuando llegue el momento de separar el trigo de la cizaña, quiero que me envíen por indigno que sea junto a Montaigne, Voltaire, Camus o Cioran. Junto a Hegel o Heidegger me aburría demasiado. Para ser filósofo no sólo me falta talento sino que me sobra guasa antiolemne o, si se prefiere, alegría escéptica. Suscribo plenamente lo que un tal Mr. Edwards comentó en cierta ocasión al doctor Johnson, si Boswell no nos engaña: «Yo también traté en mi tiempo de ser un filósofo, pero no sé cómo la jovialidad siempre lo penetraba todo». La jovialidad hace que uno se lo pase «divinamente» (a fin de cuentas la palabra «jovial» proviene del nombre del dios máximo en el

panteón clásico) pero quizá cierra el camino para la más alta filosofía, que es cosa grave o al menos de pronóstico reservado. Afortunadamente, en cambio esa jovialidad no me ha impedido ser periodista, hasta diría que me ha ayudado a serlo más irremediabilmente, y por eso ahora agradezco con tanto orgullo esta distinción que me otorgan otros periodistas por haber hecho mejor o peor periodismo a lo largo de más de treinta años.

SOBRE EL PREMIADO

CARMEN ARIAS (PRESIDENTA DEL JURADO)

Creo, sin entrar en honduras filosóficas para las que no me creo especialmente capacitada, que Fernando Savater nos enseña por su propia actitud personal de interés auténtico y sentido por el ser humano, de reafirmación de la libertad consustancial al hombre, de la necesaria comprensión y «simpatía» que lleva al respecto y la tolerancia, del rechazo bien fundado a toda clase de represión o discriminación... En fin, de las decisiones individuales, de las relaciones entre los hombres, de todo cuanto lleve a lograr y enriquecer lo que él llama en su delicioso libro *Ética para Amador*, «Una buena vida», naturalmente humana. «Nacemos humanos –dice–, pero eso no basta: tenemos también que llegar a serlo». Y en la nada fácil travesía vital, Savater, como desde Grecia hizo el filósofo-

fo, va buscando y señalando verdades, luminarias, prestándonos su reflexión con una actitud que me atrevo a calificar de positiva y que él denomina de «pesimismo ilustrado»: «No soy amigo –dice– de convertir la reflexión en lamento. Mi actitud nada original desde los estoicos es contraria a la queja: si lo que nos ofende o preocupa es remediable, debemos poner manos a la obra y si no lo es, resulta ocioso deplorarlo, porque este mundo carece de libro de reclamaciones... Ya sé que es intelectualmente prestigioso denunciar la presencia siempre abrumadora de los males de este mundo, pero yo prefiero elucidar los bienes difíciles como si pronto fueran a ser menos escasos: es una forma de empezar a merecerlos y quizás a conseguirlos».

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

En Fernando Savater concurren las cualidades del catedrático y el escritor con sus prestigiosas incursiones en el mundo del periodismo. Es, por tanto, un comunicador nato que expresa, con afán incansable, todas las posibilidades de difundir su claro, profundo y agudo pensamiento, presidido por un sentido ético que ha profesado durante largos años en la Universidad. Le honra, asimismo, su preocupación cívica, felizmente acompañada por un sentido del humor que es testimonio de madurez.

Resulta casi ocioso decir que le conocemos y leemos. En él encontramos el ejemplo, siempre necesario, de quien nos

invita a descubrir la realidad y encontrar las respuestas que hemos de dar a las cuestiones vitales de nuestro tiempo, sin imponernos sus conclusiones; antes al contrario, buscando la agudeza del diálogo y aun de la divergencia inteligente y comedida que es la raíz de la sabiduría que él mismo nos enseña en su cátedra.

Al mismo tiempo, y como auténtico pensador, nos anima con su testimonio a compartir las verdades que sustentan nuestra trayectoria colectiva como individuos y ciudadanos: la irrenunciable dignidad de la persona y el respeto sin distinciones a los derechos humanos, tan brutalmente violentados en estos días.

Fiel a su vocación, no desdeña expresarla a través de la literatura, sino que extrae de la realidad, y aun de la ficción, nuevos y singulares estímulos a nuestra reflexión sobre el vivir y el convivir, con los que ha obtenido muchos y justos reconocimientos.

Su obra nos conduce también a interrogarnos sobre el papel de la comunicación, de los medios de comunicación, en nuestros días. Sus prodigiosos avances tecnológicos y la ampliación casi ilimitada de sus audiencias deben ser, tienen que ser, un factor de enriquecimiento de nuestra vida social, abriendo un espacio de libertad y mutuo respeto en el que todos podamos participar y desarrollar el diálogo fecundo de nuestras respectivas convicciones.



XV EDICIÓN / 1998

JON JUARISTI



1998 XV PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JON JUARISTI

JURADO

Manuel Rivas (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

María Cordón

Luis Fernández

Antonio Franco

Manuel Gala

José Luis García Delgado

Francisco Giménez-Alemán

José Luis Gómez

Antonio Jiménez

José-Vicente de Juan

Miguel Moltó

Susana Olmo

Raúl del Pozo

Nativel Preciado

Carmen Rico-Godoy

Fernando Savater

Pedro Luis Uriarte

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 17 de diciembre de 1998 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias
y Jon Juaristi (1998)

DISCURSO DEL PREMIADO

JON JUARISTI

Alteza, señoras y señores. Mis palabras, lo sé, expresarán solamente una pequeña parte de la emocionada gratitud que siento al recibir el Premio Francisco Cerecedo de este año de 1998. Quiero, no obstante, que todos ustedes, los miembros de la Asociación de Periodistas Europeos, los del jurado que tan generosamente ha valorado mis escasos méritos, y los amigos que hoy nos acompañan, tengan la seguridad de que trataré de cumplir con las responsabilidades que la concesión de este altísimo honor trae aparejadas y de que procuraré, con hechos y con palabras, hacerme digno de esta distinción.

Soy consciente de lo que este premio tiene de reconocimiento a una labor que no es sólo mía, sino de todos aquellos que, durante unos años difíciles para mi País Vasco y trágicos para muchas familias de otras partes de España, han intentado combatir el fanatismo y la brutalidad terrorista con las únicas armas de la palabra y de la razón. No vacilo, por tanto, en arrogarme aquí la representación de un puñado de compañeros de la universidad y de la prensa escrita que, desde los primeros tiempos de la transición a la democracia, han trabajado más que yo por la convivencia en paz y libertad de las gentes de Vasconia y de España entera. No voy a mencionar más nombres que el de uno que se nos quedó en el camino, víctima de la estúpida barbarie de los liberticidas:

Francisco Tomás y Valiente. En la figura del inolvidable Paco Tomás y Valiente, querido amigo y maestro de no pocos profesores de la universidad a la que pertenezco, cifro yo el arquetipo del universitario al que el compromiso ético con la defensa de las libertades empuja hacia el periodismo, es decir, hacia la práctica de una pedagogía civil que se niega a limitarse al espacio del aula. Defender la libertad supone poner la vida en el tablero, y esto Tomás y Valiente lo sabía, y aceptó el riesgo. Como el Premio Francisco Cerecedo me ha sido concedido también por conceptos tan dudosos como el valor de la poesía que escribo, espero que no consideren una pedantería insufrible que cite los últimos versos de un poema que dediqué a su recuerdo:

Pero en los sucios días del terror
 a visitarnos vuelve la memoria de alguno
 que escogió resistir al trueque de la vida.
 Atisbamos un brillo de estrellas temblorosas
 y se va abriendo paso la certeza
 de un destino posible
 en medio de este tiempo de antiguo encabritado:
 un destino mortal, y, con todo, un destino
 más querido, más libre, más alto, más valiente...

Estos últimos meses, en Valencia, donde imparto un curso, me he acordado con frecuencia de Paco Tomás y Valiente. Mientras paseo por las calles de su ciudad natal, pienso en las otras ciudades en que vivió: Salamanca y Ma-

drid. Tomás y Valiente fue un salmantino y un madrileño de corazón, más que de adopción. Su muerte hizo de él un vasco, mucho más vasco que los que ensangrentaron su despacho en la Universidad Autónoma de Madrid y han llenado de dolor y de miedo y de humillación mi tierra. Porque Tomás y Valiente luchó por un País Vasco en libertad. En mi poema lo calificué de resistente, y Paco lo fue en el más noble de los sentidos posibles. La libertad política, decía Ortega citando a Royer-Collard, es una forma de resistencia, y quien resiste, como Tomás y Valiente, es un hombre libre por más que lo acosen los sicarios del terror. Paco Tomás y Valiente murió como mueren los hombres libres y, por eso, los que tuvimos la suerte de ser sus amigos podemos decir, con el poeta castellano, que «aunque la vida perdió / dejónos harto consuelo / su memoria». En el País Vasco, su memoria ha sido un fermento de resistencia entre universitarios que, como él, han hecho del periodismo el arma fundamental para la defensa de la libertad política. Alguien aseguraba, recientemente, que en un hipotético País Vasco separado de España se permitiría a un hipotético salmantino –a un Tomás y Valiente, por ejemplo– votar en las elecciones municipales, toda vez que la Unión Europea así lo dispone y no habría modo alguno de evitarlo. Mientras se escuchen desatinos semejantes, la resistencia seguirá estando en mi País Vasco a la orden del día. Por mi parte, puedo prometerles a ustedes que no me daré tregua en esa tarea de defender las libertades, llamada periodismo por mor de la brevedad. Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

MANUEL RIVAS (PRESIDENTE DEL JURADO)

Quizás el momento más crucial y honesto en la vida de un escritor es cuando se plantea si vale la pena seguir escribiendo. Karl Kraus vivió ese dramático dilema en la llamada primera guerra mundial y murmuró con dolor: «Hay que dar un paso adelante y callarse». Lo cuenta muy bien Elías Canetti cuando se sintió atenazado por una tensión semejante, esta vez en la llamada segunda guerra mundial. Para qué escribir, se preguntó, cuando hablan las armas.

Canetti, como lo haría al cabo Kraus, decidió que pese a todo había que escribir. Escribir más que nunca. El lenguaje atroz de las armas, reflexionó Canetti, tenía su origen en ideas y escritos cargados de odio. Había entonces que escribir para rebatir y desarmar ese lenguaje atroz.

No es difícil imaginar a Jon Juaristi viviendo esa encrucijada en la soledad de un escritorio, envuelto en la niebla de un cigarro que invita al exilio de la fantasía, preguntándose si valía la pena escribir ante el paisaje estéril del odio. Y podemos imaginar cómo Jon Juaristi vuelve la vista hacia el papel y decide que, pese a todo, hay que escribir. Escribir más que nunca. Escribir, como diría el poeta portugués Herberto Helder, *apostando a cabeça*. Conjurar el lenguaje del odio y el terror con la mejor madera de la humanidad: la que tiene de ancho la verdad y de largo la libertad. La libertad es la más

valiosa invención del ser humano y tiene una cualidad innata: sólo existe cuando se ejerce. Incluso cuando trata de hacerse con ella una abstracción o una moneda falsa, es difícil despojarla de su aura, como si la misma palabra, al decirla, evocara un sentido inconfundible. La reconocemos de verdad cuando se encarna en un ser próximo, con rostro, nombre y huellas. Es decir, con obra. Porque estamos hablando de una construcción laboriosa de la inteligencia y de la sensibilidad, que se sobrepone a la inclemencia y a la suspensión de las conciencias. De eso hablamos cuando hablamos de Jon Juaristi y de su obra.

Hablamos del ensayista e investigador con una mirada desveladora sobre la Historia, tan útil para entender y afrontar el presente.

Hablamos del escritor que devuelve a la poesía su sentido ecológico, de manifiesto incondicional suscrito por el partido de la vida.

En esta ocasión, por la propia naturaleza del premio, el jurado ha querido reconocer especialmente las aportaciones de Jon Juaristi en el campo del periodismo de opinión.

En tiempos donde la condición del intelectual tiene con frecuencia el perfil de una fantasmagoría, Jon Juaristi nos demuestra que el escribir, incluso el escribir en prensa, sirve para algo. Cuando se hace desde la pasión por la libertad, desde la inteligencia valerosa, puede servir para mucho.

Mas que premiarte, Jon, te damos las gracias.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO
(PRESIDENTE DE LA APE)

Y así hoy honramos aquí a un escritor, Jon Juaristi, que, en primera instancia, dejó en los *Cuadernos de Alzate* un pensamiento esclarecedor; que, como profesor de Historia de la Literatura, ha ahondado en las raíces históricas y en las tradiciones que alumbran la conciencia de la cultura, a la manera de un entendimiento agente; que, como poeta, desde el compromiso con los hombres, encontró la forma más sucinta y tensa para expresar sus esperanzas y sus sufrimientos sin perder el rigor de su talante intelectual, y que como vasco verdaderamente preclaro ha tenido el sereno valor de aislar en el nacionalismo de su país el virus de la melancolía como la ensoñación de un mundo inexistente al que se le otorgan todos los atributos de la realidad, con la que, según el propio Juaristi dice, siguiendo a Freud, no se quiere negociar, al contrario de lo que hace el afligido.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Ninguna celebración mejor de estos quince años desde que se otorgó por vez primera el Premio Cerecedo que el distinguir a Jon Juaristi, cuyo proceso intelectual y de conciencia es una prueba emocionante de la dolorosa reflexión a la que al hombre interiormente libre somete la historia. La libertad es una carga que es necesario subir hasta la cima de la propia

conciencia, es la misma pesadumbre de Sísifo, y la esperanza siempre renovada es la de un Sísifo triunfante. Jon Juaristi es un gran escritor, profesor de Literatura, poeta, y la corriente de su pensamiento se ha vertido en libros y periódicos, probando una capacidad de comunicación excepcional. Su penetración en la realidad apoyándose en las formas de conocimiento que previene la historia alcanza lo que está más allá del conocimiento cuando se funde con la experiencia, la sabiduría. El arrojo y la disciplina de sus ideas, su método de pensar, alumbran el disputado camino del pueblo vasco hacia un destino cuya formulación inconfundible alcanza su plenitud y el sentido de sus formidables virtudes en la historia de España. Como profesor de Historia de la Literatura en la Universidad del País Vasco, especializado en el siglo XIX, posee la visión conjunta, global, del gran abatimiento español que culminó en 1898 y sus derivaciones melancólicas. Quizá otro vasco ilustre, don Miguel de Unamuno, sea el antecedente más cierto de Jon Juaristi.



XVI EDICIÓN / 1999

ADAM MICHNIK



1999 XVI PREMIO FRANCISCO CERECEDO
ADAM MICHNIK

JURADO

Álvaro Rodríguez Bereijo (*presidente*)
Carlos Luis Álvarez, *Cándido*
Clemente Auger
Manuel Bueno
María Cordón
Jorge del Corral
Francisco Giménez-Alemán
Walter Haubrich
Miguel Larrea
Javier Martín Domínguez
Jesús Pertejo
Alberto Portera
Joaquín Rábago
Ana Romero
Joan Tapia
Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 25 de noviembre de 1999 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Adam Michnik (1999)

DISCURSO DEL PREMIADO

ADAM MICHNIK

Mi personaje literario preferido era El Quijote. Hace años mi generación emprendió una lucha contra la dictadura comunista que se antojaba totalmente inútil. Nos solían decir: «Sois unos Quijotes, lucháis contra molinos de viento y tenéis que perder». Confieso que nosotros coincidíamos con aquellas previsiones. Jamás tuve la osadía de soñar con el fin de la dictadura, con vivir en la libertad. Pero siempre consideré que luchar contra la dictadura es una obligación moral y humana. Pensaba asimismo que era mucho mejor vivir como Quijote que como lacayo sumiso.

Este premio es para mí un gran honor y una gran sorpresa. ¿Podía acaso soñar hace años que yo, un preso y disidente, contestatario y republicano, revolucionario y libertino, recibiría un premio español tan flamante de manos del futuro rey de España? Sin embargo, España siempre fascinó a la gente de mi generación. Desde los comienzos de la guerra civil, que fue el prefacio de la gran tragedia de toda Europa. El escritor polaco Ksawery Pruszyński escribió entonces un excelente libro en el que dio constancia de ese dramático conflicto que son las razones repartidas entre dos bandos. Las declaraciones del patriota y demócrata español, el doctor Marañón, recogidas por Pruszyński, se grabaron para siempre en mi mente como estremecedora lección de la ambiva-

lencia del mundo en el que nos ha tocado vivir, es decir, de un mundo de razones divididas, de trágicos conflictos, de odios que generan nuevos odios. Luego durante años estudiamos las lecciones de la transformación española. De la oposición española aprendimos el sentido de las comisiones obreras, el modelo de la resistencia de los intelectuales y la evolución en el seno de la Iglesia católica. Observábamos también cómo el poder español había sabido crear una corriente reformadora, capaz de llevar a cabo una apertura democrática y una política modernizadora. Se grabó asimismo en mi mente la película «La guerra ha terminado», con el guión del escritor Jorge Semprún. En aquella simple constatación había algo muy novedoso: España ponía fin a la guerra hispano-española. En vez de la lógica de la hostilidad aparecía la lógica del diálogo y de la reconciliación. Por eso la transformación española despertó tanto respeto y tantas esperanzas. Los españoles supieron rendir homenaje a todas las víctimas de la guerra civil y, al mismo tiempo, concertar un pacto de futuro. Al escribir en Polonia, en nuestras publicaciones clandestinas, sobre la vía española, yo soñaba con contribuir a la libertad en Polonia, a la libertad de los polacos, al surgimiento de la Polonia democrática en una Europa democrática, a la aparición de una Polonia con raíces en sus propias tradiciones cristianas, pero a la vez tolerante y abierta ante los valores de otros pueblos. Yo anhelaba una Polonia que supiese reconciliarse consigo misma, en la que nadie fuese discriminado, en la que nadie buscase la

revancha por las injusticias de ayer. Quería servir a esa causa como militante de la oposición democrática, del Comité de Defensa de los Obreros y del sindicato Solidaridad. Quería servir a esa causa también como comentarista y director de la *Gazeta Wyborcza*.

Soy consciente de que este premio es un singular signo de solidaridad española con la democracia polaca. Me gustaría que fuese un eslabón de unidad entre nuestros países. Mirando hacia el pasado tengo que constatar que la historia suele ser muy paradójica. Los caminos de Polonia y de España hacia la libertad estuvieron marcados por los sufrimientos, los obstáculos, la abnegación y los sacrificios. Pero todo termina como en las peores películas norteamericanas, con un fin feliz.

Hace poco estuve en Cuba. Le debo ese viaje a mi amigo Miguel Ángel Aguilar. Tuve la oportunidad de ver un país de gente estupenda. Para ellos las transformaciones polacas y españolas son el gran sueño. Sé que en el mismo momento el rey de España, Don Juan Carlos, mirando profundamente a los ojos al dictador cubano dijo: «Sólo una democracia auténtica y el respeto de los derechos humanos permitirán a los países de América Latina hacer frente a los retos del siglo XXI». Esas palabras de verdad, sabias y valientes, son el credo de todos los hombres de buena voluntad. Son también mi credo personal.

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO **(PRESIDENTE DE LA APE)**

Su sentido moral y humano estriba en que el poder por sí mismo no otorga derechos, sino que son los derechos los que otorgan poder. Y así luchó contra una dictadura, contra un sistema que negaba la libertad, que negaba los derechos o los usurpaba. Pero desde el primer día de la lucha, Adam Michnik soñó con la reconciliación de los polacos y se fijó en la transición española, en la vía española a la democracia. Reconciliación que no significa tolerancia en cuanto pudiera ser la tolerancia un argumento negativo, en cuanto el endeudamiento de unos con otros simplemente se aplace, sino reflexión sincera y abierta de cada uno sobre los otros, de manera que además de conocerse, se crean.

Se ha premiado a un agitador de conciencias, como le gustaba decir a Unamuno, a un intelectual, a un periodista para quien la independencia respecto al poder y el dinero no es tanto un atributo derivado de su profesión como un valor sustancial de su existencia. No quiso formar parte del accionariado del periódico que dirige, que vende quinientos mil ejemplares diarios y más de un millón los domingos, para no sentirse prisionero, no ya de las ambiciones económicas de los demás, sino de las suyas propias. Es probable que algunos compañeros pregonados liberales consideren asombrosamen-

te exótica esa actitud, pero que sin embargo es, más modestamente, consecuente y digna. Cuando las democracias empiezan a sentirse seguras y ya no se habla de los principios, sobreviene una especie de laxismo, y lo digo así porque no se trata de momentos de laxitud sino de todo un sistema de moral laxa, en el que aquellos principios se disuelven. Entonces se dice que los principios han sido sustituidos por la madurez.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Sus libros no sólo prueban el vigor de pensamiento y la precisión de compromiso de Michnik, sino que reflejan también el sueño de una Polonia reconciliada; sueño que él y hombres como él hicieron posible, y que enlaza con el sueño prometedoramente en marcha hacia la libertad de una Europa unida, sin fronteras interiores y sin recelos, sustentando su modernidad con justicia y sin desorden en su inmensa capacidad de ideación y en sus experiencias comunes. Los viejos padres de Europa, empezando por Jean Monet, quizá solo intuían el camino que emprendían y por eso llegaron tan lejos. Mil obstáculos encontraron en su recorrido, pero decidieron que no había vuelta atrás. Hoy, su valor, su indeclinable entusiasmo y la dignidad con la que abordaron la construcción de una Europa Única que nada ni nadie hasta entonces había logrado conseguir, son para nosotros lo que ellos no tuvieron, la señal del camino.

Ha dicho Michnik que su personaje preferido es Don Quijote. Don Quijote no conocía el camino, pero conocía la meta. Las viejas naciones de Europa van haciendo hoy camino hacia la Unión extrayendo su determinación de las experiencias amargamente repetidas de la desunión, de las disputas, de las guerras y de la debilidad y la desdicha a las que nos arrastraron. La lucha de Adam Michnik estuvo siempre en ese punto de polaco y europeo cabal. Añadir fe a los hechos establecidos puede ser fácil, pero poner la fe en aquello que todavía no es, como ocurrió a los españoles un día, como ocurrió a los polacos otro, exige decisión, valor y templanza, las virtudes que hoy queremos poner de relieve en Adam Michnik.



XVII EDICIÓN / 2000

ARCADI ESPADA



**2000 XVII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
ARCADI ESPADA**

JURADO

Carlos Casares (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Ángel Arnedo

Javier Martín Domínguez

Carmen Rigalt

José Luis Martínez Ibáñez

Aurora Fierro

José-Vicente de Juan

Rafael Sánchez Ferlosio

Félix Monteiro

Walter Haubrich

Onésimo Anciones

Marisa Blanco

Javier Ayuso

Javier Pradera

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 20 de noviembre de 2000 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Arcadi Espada (2000)

DISCURSO DEL PREMIADO

ARCADI ESPADA

Hace veinticinco años, España era, junto a los países del Este, una anomalía en Europa. Lo era por diversas razones, casi todas desgraciadas. Y, entre ellas, por la ausencia de libertad de prensa. España es hoy un país muy distinto, felizmente distinto. Pero la libertad de pensar, de decir y de escribir no está garantizada y esta circunstancia, insólita en las democracias, nos devuelve la imagen de una España fuera de su tiempo.

En efecto: gentes cuyo único delito es la oposición política e intelectual al nacionalismo, es decir, al fenómeno más tenebroso del siglo xx, ven su trabajo y hasta su vida amenazados. Y como antaño, el miedo, el silencio o el exilio vuelven a ser opciones de vida para algunos españoles.

Entre los amenazados hay muchos periodistas. Periodistas que se ven hoy en peligro porque han decidido narrar la verdad del terror. Cabe decir que esta actitud del periodismo no se mantuvo siempre a lo largo de estos veinticinco años. Una de las flaquezas de la lucha contra el terror fue la relativa naturalidad con que los medios de comunicación dieron cuenta del goteo de muertes de finales de los años setenta y principios de los ochenta, aquella época en que asesinaban a un hombre cada sesenta horas. El terrorismo tiene una capacidad siniestra: convierte a un muerto –individual, singular, irrepetible, humano– en otro muerto. Esta sucesión aniquiladora de

la identidad, que es, sin duda, la que permite matar en nombre de la patria, provocó efectos perversos en los medios de comunicación españoles. De alguna manera, el asesinato político empezó a no ser noticia en España: yo he visto colarse en esos años a un cadáver por el sumidero de un breve y he visto también cómo los propios periodistas interiorizaban inconscientemente las razones de los asesinos, insinuando que algo habrían hecho los cadáveres. Si la tensa actitud que durante la transición mantuvo el periodismo frente a la amenaza del golpe de Estado se hubiera extendido a las actividades terroristas, si una cierta melancolía antifranquista no hubiera estado en el fondo de la descripción y el enjuiciamiento de muchos crímenes, tal vez la movilización social frente al terror habría llegado antes.

Porque, a mi modo de ver, el cambio de actitud de la gran mayoría de medios de comunicación es una de las razones que explican la creciente respuesta popular frente al terrorismo. Informar a fondo sobre los procedimientos del terror y sus efectos no es ni será nunca una forma contraproducente de publicitar a los asesinos. Por el contrario, es devolver la dignidad arrebatada a las víctimas: algo así como cerrar respetuosamente el desollado paraguas de López de Lacalle. Y supone, también, un ofrecimiento a los ciudadanos para que mediten sobre sus responsabilidades. Hace pocas semanas, una encuesta situaba por vez primera al terrorismo como la máxima preocupación de los españoles, por encima del paro y otras heridas. Creo que se trataba de una buena noticia.

Hay quien espera cambios en la moral del que dispara: yo prefiero ocuparme de la moral del que sufre.

Si hablo del terrorismo no es sólo porque lo considere el principal problema de la libertad y de mi trabajo; ni sólo porque quiera dedicar a los compañeros que desafían con rigor y humildad la cotidiana censura del miedo este premio enorgullecedor, otorgado por escritores admirables ante los que me aturde la idea de considerarme su discípulo. Es por eso, pero también por el libro que he escrito.

Raval cuenta una historia dura y desdichada. Una historia que refleja un asombroso fallo en cadena de protagonistas claves del Estado de Derecho: jueces, fiscales, policías, políticos, técnicos sociales y periodistas. Y una historia que muestra el peor rostro del Estado, cuando pasa de bondadoso padre protector a ciego tirano irrevocable: un Estado que llevó a la cárcel y al deshonor a una decena de inocentes y que separó cruelmente durante años –que aún duran para algunos– a hijos de sus padres.

Sin embargo, yo he podido escribir el relato de esa experiencia atroz. Agarrotado a veces por la comprobación de la metamorfosis que convierte a un perezoso en un malvado o a un defensor de la Ley en su obstáculo. Conmovero por el trato que reciben los pobres en nombre del Bien. Pero lo he escrito. Libre. Quiero decir que lo he escrito sin más preocupación que la verdad y la claridad. Así se puede hoy escribir contra el Estado, y, desde luego, mi ejemplo no es el único ni el más importante. Pero es evidente que así, con esta libertad

nítida y creadora, no se puede escribir contra el terrorismo. En esta superioridad moral es donde radica lo más importante que empezó a pasar en España a partir de aquella madrugada fundacional de hace veinticinco años.

Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO* (PRESIDENTE DE LA APE)

Arcadi Espada ha merecido el Premio Cerecedo por unas espléndidas crónicas periodísticas cuyos atractivos lingüísticos acentúan y multiplican la pasión con que las leemos. Desvela en ellas la distorsión interesada de un problema social referido a la infancia mediante una investigación crítica y manteniendo frente a la apariencia de realidad un distanciamiento comprometido y metódico. Y ya que he citado el distanciamiento, que era el método teatral de Bertold Brecht, quiero aplicar unas palabras tuyas a la obra de Arcadi Espada, pues ciertamente nuestro escritor «desvela la causalidad compleja de las relaciones sociales y desenmascara las ideas dominantes como intereses de los poderes sociales». Arcadi Espada, extraordinariamente ameno y sólido, ha merecido el premio no solo por esa obra contenida en su libro *Raval* –que es el nombre de un barrio de Barcelona– sino por una singu-

lar y enjundiosa trayectoria profesional, dato que viene siendo decisivo en la consideración de los jurados de estos premios. Sus libros, nacidos en los periódicos, *Contra Catalunya* y *El deporte del poder*, son asimismo intensamente sugestivos. Entre otras cosas nos avisa, tal como hace en su gran crónica de *Raval*, del peligro de la apariencia, que puede tener más posibilidades de la realidad, dicho esto en el sentido en que dice Hegel que «la apariencia es más rica que la ley».



XVIII EDICIÓN / 2001

WALTER HAUBRICH



**2001 XVIII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
WALTER HAUBRICH**

JURADO

Isaac Díaz Pardo (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Onésimo Anciones

Javier Ayuso

Eduardo Aznar

Mario Bettencourt

Luis Carandell

Jesús Ceberio

Jorge del Corral

Pedro Erquicia

Francisco Giménez-Alemán

Elisabeth Guth

José-Vicente de Juan

Javier Martín Domínguez

Javier Rioyo

Ana Romero

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 27 de noviembre de 2001 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Walter Haubrich (2001)

DISCURSO DEL PREMIADO

WALTER HAUBRICH

Créanme si les digo que ningún otro premio hubiera podido darme una alegría mayor que el Premio Francisco Cerecedo. Por muchos motivos: con el gran periodista y valeroso reportero Cuco Cerecedo me unió durante años una estrecha amistad. En nuestro común quehacer periodístico, tuve la suerte de coincidir con él en el extranjero varias veces. Cuando murió –siendo aún muy joven– en Colombia, mi periódico, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, publicó una extensa nota necrológica. Porque, en aquel entonces, tampoco en Alemania era Cerecedo ningún desconocido.

Por pertenecer a ella desde hace tiempo, hace mucho que conozco y estoy familiarizado con la extraordinaria labor de la Asociación de Periodistas Europeos, que concede el premio y nombra el jurado. Entre los diecisiete que me precedieron en esta distinción se encuentran grandes nombres del periodismo español e importantes escritores que también publican en periódicos; como mi buen amigo Adam Michnik, también un extranjero. Tengo mucho que agradecer al jurado, entre otros a varios de sus miembros que me leen en alemán, por haberme dado acogida entre los acreditados nombres de los galardonados.

Nunca hubiera podido imaginar mejor reconocimiento a mi trabajo que esta distinción concedida por un jurado de

ciudadanos del país del que en mi vida profesional me he ocupado más que de ningún otro.

Siempre, ya siendo niño, quise ser periodista y, por cierto, tan pronto como fuera posible, corresponsal en España. Y, aunque con un pequeño rodeo, una actividad docente en universidades, llegué a serlo. Un español, el comisario jefe de la Brigada Social del anterior régimen, el señor Yagüe, trató de presentarme esta aspiración profesional como absurda. Cuando me hizo detener por primera vez –hacía sólo unos días que había iniciado mi actividad de corresponsal en Madrid–, preguntó mientras hojeaba la información que tenía sobre mí: «¿Por qué le echaron de la universidad de Valladolid?». Mi respuesta de que la universidad de Valladolid de ninguna manera me había expulsado, sino que yo había puesto fin voluntariamente a mi actividad en ella para aceptar la oferta de entrar en la redacción del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, sólo le mereció una sonrisa irónica y una observación despectiva: «No querrá hacerme creer que alguien que es profesor en una universidad renuncia voluntariamente a esta actividad para hacerse periodista».

Pronto me di cuenta de que la opinión del jefe de policía política de Madrid no era necesariamente la de la mayoría de los españoles. A los corresponsales extranjeros, al menos a quienes, en los últimos años de la por fin extinguida dictadura tratábamos de informar sobre la España real, sí que se nos tomaba en serio. Lo hacía la oposición democrática, a la que ofrecíamos la única plataforma para darse a conocer en el

mundo y, por el reflujo de nuestras noticias, también en España; pero también el régimen, que no subestimaba nuestra influencia y que nos veía como adversarios políticos, cosa que no tendríamos por qué ser, o como fastidiosos perturbadores, y por eso trataba de amedrentarnos. En aquellos tiempos, la prensa extranjera, como no sufría censura ni tenía que someterse a ninguna consulta previa, desempeñaba un papel mucho más importante que el que tiene en situaciones democráticas normales. Algunos colegas españoles nos dieron entonces información importante. Información que ellos no podían publicar, pero que, precisamente porque eran buenos periodistas, querían ver publicada. Esta noche hay unos cuantos entre nosotros, y uno de ellos era Cuco Cerecedo.

A España le debo una de las experiencias más importantes y más bellas de mi vida, concretamente, la de vivir de manera consciente y comprometida la transición a la democracia. Fue un proceso que yo, como muchos españoles, llevaba tiempo esperando y que, con la monarquía parlamentaria, tuvo un resultado satisfactorio para la población. La transición española se convirtió en modelo de varios procesos de transición en Iberoamérica que también se llevaron a cabo con éxito, y en los que yo, como sucedió en Bolivia, Perú, Argentina y Chile, pude estar presente y escribir sobre ellos.

Países que, como España y los iberoamericanos, han tenido una historia contemporánea muy agitada, con períodos

de opresión y resistencia, han exigido de los informadores la presencia directa en los acontecimientos y continuos y buenos contactos con los actores de los hechos políticos, lo que evitó que cayeran en el peligro del periodismo virtual tan extendido hoy en día. Me preocupa el número cada vez mayor de periodistas que conocen la realidad de la que deben informar solamente por la pantalla de la televisión o de los ordenadores. Con periodistas que pretenden informar de acontecimientos que no han visto, de sitios que no han visitado, de personas que no han conocido, con cada vez menos testigos oculares, manipular la información se hace más fácil. Lógicamente, los testigos informadores deben tener los conocimientos necesarios para ordenar y valorar lo que han visto.

Empecé a conocer España a través de su literatura. Cuando pude viajar al país del que había leído todo cuanto tuve a mi alcance, me pareció bien conocido y familiar –y sus gentes respondían a la idea que me había hecho de ellas. Al cabo de algún tiempo, ya no pude ni quise dejar este país y, tras largas ausencias por trabajo en otros lugares, siempre he vuelto a Madrid.

De nuevo quiero dar las gracias a los miembros del jurado; gracias también a todos ustedes que han venido esta noche, a tantos colaboradores que me han ayudado, al periódico que siempre me ha publicado todo y a este país, donde nunca me sentí ni extraño ni extranjero.

SOBRE EL PREMIADO

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Durante más de treinta años, las crónicas de Walter Haubrich para el *Frankfurter* han sabido transmitir, con gran humanidad y perspicacia, el sentido último de la realidad española, interpretando su actualidad en cada momento y reflejando muy especialmente ese largo camino de los españoles hacia un modelo de sociedad nueva como el que hoy disfrutamos, identificada con la democracia y plenamente integrada en Europa.

Desde la perspectiva de un sistema de libertades públicas ya consolidado, sentimos el grato deber de expresar nuestro reconocimiento ante una labor informativa desarrollada en condiciones difíciles, y en la que apostar por los valores democráticos suponía, como sigue suponiendo aún en muchos otros lugares del mundo, la asunción de riesgos mayores y un fuerte sentido del compromiso de la verdad, con la justicia y con la libertad. Un compromiso, en definitiva, con los mejores valores del periodismo.

Las crónicas de Haubrich para el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* –como las crónicas en *Le Monde* de José Antonio Novais, también premio Cerecedo– significaron así, sobre sus virtudes intrínsecas de rigor y veracidad, una garantía internacional para los periodistas españoles y para las fuerzas democráticas de nuestro país, además de una de las cla-

ves del entendimiento entre los pueblos, que está en la base de los modelos de convivencia y de integración política entre países, como el que hoy compartimos en la Unión Europea.

La obra de Walter Haubrich es tan enjundiosa y atractiva porque nace del otro polo de esa gran tarea que es la construcción europea: su conocimiento e íntima comprensión de España, a la que también pertenece y en la que tan gustosamente le acogemos como amigo.

Si, como señala, con crítica irónica, el escritor alemán Hans Magnus Enzensberger, «por lo visto han pasado los tiempos en que podía vivirse a la altura de la época», cabe decir aquí que la figura de este corresponsal, alemán de origen, pero casi español, es un ejemplo vivo y tenaz de cómo vivir el periodismo precisamente «a la altura de la época».



XIX EDICIÓN / 2002

SOLEDAD ALAMEDA



2002 XIX PREMIO FRANCISCO CERECEDO
SOLEDAD ALAMEDA

JURADO

Carlos Acuña (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Walter Haubrich

Javier Ayuso

Luis Carandell

Carlos González Príncipe

José-Vicente de Juan

Tito Fernández

Lola Marchena

Ángel Arnedo

Luis Miguel Enciso

Jesús Ceberio

Nativel Preciado

Joan Oliver

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 26 de noviembre de 2002 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Soledad Alameda (2002)

DISCURSO DE LA PREMIADA

SOLEDAD ALAMEDA

Alteza, señoras y señores. Es un orgullo para mí recibir el Premio Francisco Cerecedo, que me ha otorgado la Asociación de Periodistas Europeos. Y más exactamente un jurado formado por un grupo de colegas y amigos que sin duda me quieren. Entre ellos deseo recordar por un momento a Luis Carandell. Y a todos, darles las gracias.

El Francisco Cerecedo es un premio de mucho prestigio entre los periodistas. Por la institución que lo otorga, y también debido a los profesionales que lo han recibido a lo largo de su historia, y entre los que me encontraré desde esta noche con muchísimo gusto.

Yo hago entrevistas. Es un género periodístico que tiene una peculiaridad; quien lo realiza necesita la ayuda de otra persona que colabore estrechamente con él, aun desde el desahucio, para llevar a cabo su trabajo. Creo que ese periodista-entrevistador, o entrevistadora, se parece a un espadachín que siempre se ve obligado a contar con un oponente, ya sea para hacer esgrima de salón o para batirse en duelo, y que en ambos casos no debe perder de vista los ojos de su contrario.

Por su parte, el entrevistado es siempre el protagonista, porque es quien guarda la información que queremos obtener y, que en definitiva, si quiere, nos negará. En ese caso, el peor de los supuestos, nos iremos con las manos vacías. A

veces, las cosas también se complican cuando quien aceptó una propuesta de entrevista no quiere responder a las cuestiones que se le preguntan, sino a las que le interesan. Este protagonista pertenece al apartado de los que entienden la cita como una ocasión para ser utilizada. Hay otros, que inquietos al ver por escrito lo que dijeron intentan introducir cambios sustanciales, o incluso retirar el texto completo.

Estos son ejemplos de malos encuentros; aunque no producen necesariamente malas entrevistas. Pero la mayoría de las veces los entrevistados suelen ayudar. Son los que colaboran con el periodista, que se esfuerzan por encontrar las palabras más precisas, que dan ideas al entrevistador de forma desinteresada, que se divierten con el juego que este género supone. E incluso hay quienes a lo largo de la conversación acaban descubriendo aspectos que ignoraban sobre sí mismos. Yo podría citar muchos ejemplos de esta clase.

Y también algunos que yo llamaría encuentros en la tercera fase. Surgen cuando, en medio de una cita normal de trabajo, de pronto se desvela ante ti una personalidad deslumbrante o conmovedora, alguien cuya vida y actividad saltan por encima de lo convencional. Esto pasa muy pocas veces. Por ejemplo, en la última temporada, me he encontrado con dos personas así: una era un misionero que trabaja en Sierra Leona; la otra, una canadiense que se ha pasado casi toda su vida adulta entre orangutanes.

Esto, sin embargo, no ocurre todos los días. Lo común a la inmensa mayoría de nuestros protagonistas es el deseo de

desvelar lo mejor de sí mismos, y ocultar lo menos favorable. Esto, que es natural, suele ser muy difícil de lograr. Porque cualquiera que converse con otro, y más si responde a preguntas sobre sí mismo, se dejará en la conversación jirones de sus sueños y de sus temores, de sus fracasos y sus éxitos. Pero, tampoco hay que exagerar, estamos hablando de unos pocos jirones... Y pretender obtener más que eso, el retrato de una persona a través de una entrevista periodística, es confundir las cosas.

Al final, lo que de verdad quería decirles es que soy consciente de cuánto les debo a tantas personas que me han ayudado a realizar mi trabajo. A los simpáticos y a los antipáticos, a los fáciles y a los difíciles. A los generosos y los tacaños.

A veces pienso que haberme especializado en la entrevista me ha dado más independencia que a otros colegas, pero no estoy segura. El caso es que sigo queriendo a esta profesión; la quise en los años de la transición, por unas razones, y luego la quise por otros motivos. Hoy, por ejemplo, me gustaría poder decir que en estos últimos años la prensa española ha avanzado en calidad e independencia, pero no voy a decirlo. Lo que sí es cierto es que el periodismo ya forma parte de mi vida.

Sólo me queda recordar a Cuco Cerecedo, convertido en símbolo de buen periodismo gracias a la Asociación de Periodistas Europeos. Fue un profesional justo que supo trabajar con libertad y sentido del humor, dos cualidades que cuando van unidas, y si uno tiene buena pluma, como era su

caso, hacen al gran periodista. Que Cuco sea un símbolo es bueno. Si las generaciones futuras lo toman como ejemplo, disfrutarán más, y serán mejores en su trabajo.

Gracias a todos por estar aquí.

SOBRE LA PREMIADA

CARLOS ACUÑA (PRESIDENTE DEL JURADO)

Las entrevistas de Soledad Alameda muestran a la periodista e intelectual que conoce cosas, pero también que sintetiza, comunica e influye en el pensamiento de sus lectores. Soledad es el epítome de la periodista que agita la olla, reúne a la gente, busca nuevas ideas y hace que las cosas ocurran. En esta nueva sociedad buscamos a gente lista no en la anestesia de la sabiduría, si no a gente que, a lo largo de los años, haya expandido con su trabajo creativo nuestra noción de quién y qué somos. La inteligencia –como dice el filósofo José Antonio Marina– «no tiene como objetivo adquirir conocimientos, sino dirigir actividades y comportamientos». Su función primordial es la acción, y de cómo usemos nuestro conocimiento dependerá la conformación que demos a la sociedad.

La contribución de Soledad Alameda en la frontera de la comunicación ha sido valorada unánimemente por un jurado –como querría C. P. Snow– típicamente de la «tercera cultura», ya que ha estado formado por artistas, periodistas y

políticos, empresarios y científicos, y todos hemos coincidido en que sus entrevistas son evocadoras, su investigación exhaustiva, de tal modo que conduce al personaje y lo introduce en el lector, proporcionando nuevas perspectivas en un rango amplio de temas importantes. Su contribución, en suma, es verdaderamente sobresaliente.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO
(PRESIDENTE DE LA APE)

En cuantos medios ejerció su profesión Sol Alameda dejó constancia brillante de su agudeza, de su sensibilidad y de su cultura, y concretamente sus entrevistas en el diario *El País* a personalidades nacionales y extranjeras fueron y siguen siendo una muestra sumamente significativa de la pasión de la historia, con sus intuiciones certeras y también con sus ofuscaciones. Sol Alameda no ha sido únicamente testigo en sus entrevistas, sino diestra conversadora, al estilo socrático, es decir, alumbradora e incitadora de la conversación de su interlocutor.



XX EDICIÓN / 2003

IÑAKI GABILONDO



2003 XX PREMIO FRANCISCO CERECEDO
IÑAKI GABILONDO

JURADO

José María Castellano (*presidente*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Javier Ayuso

Juby Bustamante

Ignacio Fontes

Daniel Gavela

Francisco Giménez-Alemán

José-Vicente de Juan

Charo López

José Oneto

Nativel Preciado

Margarita Sáez Díez

Carlos Solchaga

Virgilio Zapatero

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 20 de noviembre de 2003 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias e
Iñaki Gabilondo (2003)

DISCURSO DEL PREMIADO

IÑAKI GABILONDO

Quiero agradecer al jurado muy sinceramente no sólo el premio, que me honra, sino el catálogo de virtudes que se supone que lo justifica, que me abrumba, como es natural, y por otro lado quiero expresar mi emoción por estar reconocido en nombre de Cuco Cerecedo, que es un nombre que pronunciamos con respeto, que es una bandera de libertad, aquel lobo solitario con un talento extraordinario, defensor de causas perdidas y símbolo de tantas cosas para todos nosotros. En fin, muchísimas gracias por este premio, que además es concedido por un grupo de colegas con el que me reconozco mucho porque forma parte de una generación que se crió en la ilusión del periodismo, en la ilusión de la política y en la ilusión de la democracia. De manera que ahora observo que yo ya tengo hijos que tienen la edad que tenía Cuco Cerecedo cuando murió, porque aunque nos parezca mentira, nos vamos haciendo mayores y Cuco siempre estará joven porque se murió a los 37 años, la edad que todavía no ha cumplido el Príncipe, y la edad de una generación a la que vemos con un inmenso camino por recorrer. Y sin embargo Cuco nos saluda desde el final del camino que el recorrió a esa misma edad, y nos recuerda qué teníamos nosotros esa edad cuando vivíamos esa ilusión del oficio y esa ilusión de la democracia que después cuando llegamos los tiempos de los fervores caídos y

de las banderas arriadas, terminé poniéndonos a todos una cierta máscara de cinismo, que francamente yo quisiera esta noche pedir que nos quitáramos por un ratito aunque sólo sea para que vean nuestro verdadero rostro las jóvenes generaciones. Como consecuencia de algunos desengaños, como consecuencia del paso del tiempo, como consecuencia de la vida, terminamos creciendo en el escepticismo y eso nos pareció muy internacional, y como digo, terminamos todos envolviéndonos en la máscara del cinismo. Pero a mi no me vais a engañar. Yo os conozco y sé que moriréis con las botas puestas. Las botas de la ilusión por el oficio y de la ilusión por la democracia. Y creo que es bueno que nos lo digamos porque entre nosotros vale ese juego más o menos tramposo del cinismo, que sabemos que es una pequeña finta para que nadie parezca más débil que los demás, pero tenemos la obligación de decirle a las generaciones más jóvenes qué creíamos que era este oficio y qué no nos gusta de lo que está pasando en nuestra profesión. Y para eso os invito y me invito a que hagamos de nuevo el ejercicio en nombre de Cuco Cerecedo de regresar a nuestros treintaitantos años y reafirmar ahora lo que entonces creíamos y lo que yo sé que seguimos creyendo, que éste es un oficio que sólo tiene sentido si tiene una responsabilidad en la sociedad. Nosotros entonces no hubiéramos aceptado lo que ahora mucha gente joven cree, que es que el periodismo es una manera de definir muchas cosas muy diferentes y que lo que resulta verdaderamente sustantivo es ser periodista de PRISA, o periodista de la COPE o periodista

de Vocento, que es diferente ser periodista de lo público que de lo privado y que todo trabajo periodístico tiene un objetivo que lo legitima todo, que es el éxito. Vosotros sabéis que nosotros nunca lo vimos así y nos moriremos sin verlo así. Nos moriremos pensando que un periodista es un ser humano comprometido con la sociedad en la que vive, y que lo de trabajar en una empresa o en otra es un adjetivo que lo matiza pero que no conecta directamente con su almendra. La mejor actividad que yo puedo realizar para ser leal con la empresa en la que trabajo es ser leal al oyente que me oye, y en el caso del periodista que escribe de ser leal al lector que le lee, y no hay una manera de ser leal a la empresa en la que uno trabaja siendo desleal al oyente que a uno le oye. De manera que dejémonos de tonterías. Nuestro trabajo es como creíamos que era cuando teníamos treinta años. No es de otra manera. Es así, es una actividad humilde, pero noble y necesaria. Es una actividad comprometida con la sociedad. Es una actividad que no puede permitir las cosas que están pasando, que no puede hacer como que no importan, como si nuestro cinismo nos permitiera verlo como quien observa con displicencia cómo se van desviando las cosas. No. Nuestro oficio es como decíamos que era. Nuestro oficio se juega en serio, y se juega en lo público o en lo privado, en una empresa o en otra, siendo de la ideología que sea la empresa, con decencia o con indecencia, como siempre fue y como siempre será, y no nos autojustifiquemos de otra manera. Pensamiento único, decimos. En los últimos tiempos, como siempre que se da la

mayoría absoluta, se habla de pensamiento único en el sentido más literal de la palabra: único de uno, que termina siendo el pensamiento de prácticamente todos los demás. Nosotros crecimos prácticamente en la cultura de un pensamiento, no digo de ese grado, pero sí de esa particularidad y nosotros sabemos que es así. Por tanto, atrevámonos a decir que nos sigue pareciendo que este oficio sólo se justifica si sigue teniendo sentido para la sociedad y que aunque las banderas se arriaron, nuestro corazón se sigue inflamando cuando creemos que hay un oyente que nos oye y que nos cree y cuando hay un lector que nos lee y nos cree y hay un espectador que nos ve y nos cree, y está desarrollando un mundo interior de convicciones en función de puntos de vista que nosotros expresamos, y que no podemos aceptar la televisión basura porque eso es una autentica degradación, pero dicho lo cual hemos de admitir que no es la única degradación. Casi diría que no es ni la más grave, porque el periodismo basura es un auténtico escándalo y nosotros deberíamos alzarnos para neutralizarlo, pero está también el periodismo veneno, que se dedica a agriar las relaciones en nuestro país, y está el periodismo anestésico, que anestesia y es anestesiado, y todos esos periodismos están conviviendo con nosotros y parecería que forman parte del mundo desarrollado, lejano ya de esos tiempos ingenuos en los que creíamos que eso no se podía permitir.

Yo creo que hemos de condenarlo, que hemos de protestar por eso y que hemos de afirmar nuestras propias convicciones

como si volviéramos a tener treinta años, puesto que nos convoca aquí Cuco Cerecedo. De manera amigos que denunciemos esas prácticas que cometen y cometemos y no hagamos el juego de mirar desde el balcón los pecados ajenos sino de quien observa desde el interior de una sociedad los pecados de una sociedad y los pecados de una actividad que es la nuestra, que estamos desarrollando.

Quería decir también que nosotros nos tenemos que alzar puesto que creímos en la democracia, luchamos por ella, cuando creemos que la democracia se debilita, se desmuskula, cuando de repente descubrimos que la discrepancia se descalifica, y muy seriamente, llegando a ser calificada de antipatriótica, de complicidad con los asesinos, llegando a decir que una posición está deseando que vuelvan muertos de los frentes de batalla. Cuidado con descalificar la discrepancia y con adormecer el debate en la sociedad, porque eso que parece un buen negocio en algún momento para según quienes es un negocio fatal para la sociedad. Si maldecimos a los discrepantes y si reducimos achicando espacios los territorios del debate, ¿qué haremos cuando tengamos necesidad de toda la energía social para afrontar problemas en serio?

¿Nos hemos planteado qué hubiera pasado si a la muerte de Franco las posiciones respecto a la discrepancia estuvieran marcadas como ahora, y el territorio del debate estuviera neutralizado como lo está en estos momentos? ¿Se hubiera podido legalizar el Partido Comunista? ¿Se hubiera redactado la Constitución?

A este paso, si llega un día en que nuestra sociedad necesite de todas sus energías para afrontar cuestiones extremadamente delicadas y necesite las conexiones de las discrepancias para articular soluciones a problemas complejos, habremos perdido la costumbre de discrepar y de debatir. Esto es extremadamente serio. La discrepancia más segura, la expresada de la manera más radical, el debate más agudo, son puestas en común. Hasta el debate más agrio lo es. Ahora no estamos poniendo en común casi nada y me temo que dentro de no mucho vamos a necesitar tener una cierta práctica en poner cosas en común. Ya resulta un poquito terrible que la palabra que marca la esencia misma de la actividad democrática esté en este momento proscrita, la palabra diálogo, porque se asocia a un determinado tipo de diálogo y como un determinado tipo de diálogo es –y yo lo comprendo– imposible; ha quedado manchada la palabra entera, y el diálogo que es el instrumento de la democracia parece ser un instrumento a manejar de noche, en la oscuridad y cuando no nos ven los guardias.

Dicho esto, yo quería alertar del último peligro que yo observo que acecha en este momento en nuestra profesión y que es la deriva del periodismo hacia la propaganda; en parte como consecuencia de la manera que tenemos de vivir. Estamos viviendo a una velocidad extraordinaria, y de esa velocidad extraordinaria se deriva una prisa extraordinaria, y de esa prisa extraordinaria se deriva una información resumida que se digiere a todo correr; es la información del titu-

lar, del flash, de la titulación al galope en la que apenas cabe la complejidad. La realidad es cada día más compleja y sin embargo los medios de comunicación demandan una vehiculización contra la complejidad. No es un problema único de los medios de comunicación. La sociedad vive así, reclama a los medios de comunicación brevedad, los medios de comunicación devuelven brevedad y en un círculo que se cierra, influidos por la sociedad e influyendo en la sociedad, vamos viviendo una aceleración enloquecida que convierte los temas más complejos en una frase, una respuesta, un apunte, un dardo, un disparo. ¿Dónde están los matices? Y, si no están los matices, ¿dónde está la verdad?, que decía Paul Verlain que es allí donde se encuentra verdad.

Si esa realidad de nuestra sociedad que conduce al lenguaje de la propaganda de una manera natural, sin que nadie lo desee, por una pura deducción de nuestra propia manera de vivir, si ya estamos circulando con el riesgo de acercarnos al lenguaje de la propaganda, ¿no está notando alguien que se está manejando ese instrumento para convertir la información en propaganda?

Pues atención porque podríamos encontrarnos dentro de poco con algunos problemas no pequeños como son la necesidad de debatir en una sociedad que ha perdido la costumbre, necesidad de ponerse en contacto con «los otros» cuando casi todos «los otros» han sido proscritos, necesidad de articular la complejidad cuando nos hemos visto incapaces de entenderla y necesidad de conectar con la sociedad para

hacerla entender la complejidad de nuestros problemas cuando la sociedad solamente entiende mensajes que llegan por los conductos de la propaganda, que como saben ustedes no es un directo a la razón sino un directo al hígado.

Puede que no resulte muy animoso el paisaje, pero sin embargo yo lo recojo lleno de animo, porque lo recojo para recordar que cuando teníamos treinta años creíamos que las cosas eran aproximadamente así –y eso que eran muchísimo más difíciles– pero nos parecía que nuestro oficio, que no era la solución de nada, podía jugar un papel interesante en esa línea, y nadie te preguntaba en qué medio trabajaba cada cual, ni si era público o privado, si era de este color o del otro; nuestra condición de periodistas nos comprometía de una manera natural con la realidad de nuestro país. ¿Me vais a decir que no creéis en eso? Pues no me lo voy a creer. Nos hemos disfrazado pero seguimos creyendo en eso, y como seguimos creyendo en eso yo quiero que esta noche nos atrevamos a decirlo, y que a partir de ahora se lo digamos a nuestros jóvenes compañeros. Yo no paro de decírselo porque creo que es importante que sepan que no se han equivocado al elegir esta profesión, y que esta profesión es como Cuco quería que fuera.

Alguien preguntó una vez qué habría hecho Cuco si tuviera ahora 58 años y muchas canas. Vete tú a saber. Lo mismo se habría perdido en cualquiera de sus causas perdidas en quien sabe qué nuevas Bolivias. O quizás no. Puede que hubiera regresado y hubiera estabilizado su vida pero no tengo la más mínima duda de que además de escribir como

un auténtico Dios hubiera dicho esta noche que está de acuerdo con lo que estoy diciendo.

Muchísimas gracias a todos. Reitero mi emoción por el premio y mi agradecimiento a todos por él. Y a Su Alteza por estar con nosotros, al que por cierto, le deseo, nos deseo en él, mucha suerte. Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO (PRESIDENTE DE LA APE)

Iñaki Gabilondo es un incansable luchador por las libertades en los tiempos más difíciles, un intérprete riguroso de la información, y una voz clara y matinal, racional o calurosa que sirve diariamente de guía a millones de oyentes. Ciertamente el premio que recibe hoy Iñaki Gabilondo corresponde al carácter que imprimió al periodismo Francisco Cerecedo, es decir, la curiosidad, la precisión, el valor, la elocuencia rápida y sin aceptación, el servicio minucioso a la verdad y a la justicia, la responsabilidad y la profesionalidad.

El jurado del Premio Cerecedo consideró a Iñaki Gabilondo como el exponente máximo del periodismo libre, y quiero añadir que es también un exponente notable de objetividad, esa virtud que sólo practican aquellos que no temen la soledad. La objetividad, sobre todo en nuestra profesión

de periodistas, no implica liberarse de la propia individualidad, no significa tampoco neutralidad, pues eso sería objetivismo, sino que es apurar el conocimiento de los hechos en cuanto primera obligación ética hasta penetrar su último sentido. En ese aspecto Iñaki Gabilondo es un exponente notable de objetividad.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Iñaki Gabilondo es un hombre al que siempre vemos en primera línea, allí donde se cuece y se disecciona la actualidad. Un puesto que requiere mucho talento y grandes méritos. Iñaki Gabilondo se lo ha ganado a pulso, lo ha trabajado a conciencia, y domina sus secretos: la complicidad con sus oyentes, y el arte de comunicar sin imponer. Se ha convertido así en uno de nuestros mejores comunicadores. Pues pertenece al núcleo principal de quienes han creado un estilo directo e inmediato de expresión en la radio que, sin ellos, no hubiera llegado a ser verdadera escuela de periodismo. Una radio que ofrece un excelente ejemplo del papel jugado por los medios de comunicación como avanzada de nuestras libertades y factor de afianzamiento de los valores democráticos; y que al amparo de nuestra Constitución ha coadyuvado el espléndido desarrollo de nuestro periodismo en Democracia.

Hace algunos años Iñaki Gabilondo se implicó en causas de enorme valor humano y social que, sin su voz y acento inimitables, no hubieran sido conocidas. Y lo hizo con un

respeto y un interés auténtico, sentando un magisterio que merece ser recordado e imitado.

Hoy nuestro premiado es una referencia ineludible de nuestro debate público, que lleva con pasión crítica y a la vez cordial, buscando la opinión a través del contraste, con un talento de periodismo que le ha valido indudables éxitos profesionales, y con el que se ha granjeado el apoyo de innumerables seguidores.

Iñaki Gabilondo, en fin, actualiza y nos recuerda cada mañana el peso fundamental de la radio en nuestro panorama informativo, su destacada contribución al pluralismo en la comunicación, y la probada fidelidad de su audiencia, que no se ha visto afectada por la proliferación de nuevos medios y tecnologías, que amplían continuamente la riqueza y variedad de nuestro horizonte individual y social.

Gran mérito el de saber adaptarse sin estridencias a escenarios cambiantes y a sus específicas exigencias, y que nuestras radios han logrado gracias al esfuerzo continuo y al nivel profesional de sus periodistas, entre los que sobresale, sin duda, el distinguido ahora por esta Asociación.



XXI EDICIÓN / 2004
ANTONIO TABUCCHI



2004 XXI PREMIO FRANCISCO CERECEDO
ANTONIO TABUCCHI

JURADO

María Fernández Sousa-Faro (*presidenta*)

Carlos Luis Álvarez, *Cándido*

Javier Ayuso

Iñaki Gabilondo

Manuel Hidalgo

Ignacio Fontes

Javier Fernández Arribas

Leslie Crawford

Enric González

David Trueba

Máximo Pradera

Alex Rodríguez

Alicia Gómez Navarro

José-Vicente de Juan

Ainhoa Moll

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 12 de noviembre de 2004 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón
acompañado por S.A.R. La Princesa Doña Letizia



SS.AA.RR. Los Príncipes de Asturias y
Antonio Tabucchi (2004)

DISCURSO DEL PREMIADO

ANTONIO TABUCCHI

Sus Altezas Reales, miembros del jurado, señoras y señores. Quisiera agradecerles vivamente la concesión de este premio. Es para mí un gran honor, en efecto, recibir este ilustre reconocimiento de la Asociación de Periodistas Europeos, dedicado a la memoria de Francisco Cerecedo, que tanto contribuyó a la libertad de palabra en un momento en que su país tenía especial necesidad de ella. Recibo este premio, entre otras razones, y cito textualmente las obras de la motivación, «por mantener el vigor de la palabra libre en un momento en que –como señala el Parlamento Europeo– una excesiva concentración de medios de comunicación resulta inquietante y limita el debate democrático».

La libertad de palabra es algo directamente proporcional a la democracia. Típico de todo totalitarismo es el control de la información y el sometimiento de la palabra libre. Bien lo saben dos países como Italia y España, a los que les tocó vivir dos larguísimos períodos de dictadura.

Hoy, nuestra Europa es una vasta comunidad de países en los que la palabra libre, la información libre, son la esencia misma de los valores democráticos en los que la Carta europea se basa. Con la clamorosa excepción de Italia. Podrá decirse que en Italia no están en vigor leyes especiales sobre la libertad de opinión y que la libertad de información está asegura-

da. Es cierto, pero solo formalmente. Porque, a diferencia del pasado, en nuestros días ya no es necesario vigilar y censurar la información: basta con comprarla. Es lo que ha ocurrido con los medios de comunicación italianos, que, en más de un ochenta por ciento, pertenecen a una sola persona, el hombre más rico de Europa, un multimillonario de cuya fortuna no se conocen los orígenes. Y la persona que posee casi la totalidad de la información italiana no es un ciudadano privado, una persona cualquiera, sino que ocupa un alto cargo político, el de presidente del Gobierno. Además, no estamos hablando de un industrial del ramo del automóvil o del propietario de una cadena de comida rápida, sino de alguien que obtiene su ganancias gracias a la información, porque no solo la posee, sino que «la produce». A aumentar este antidemocrático conflicto de intereses se añade hoy el control férreo que el jefe del gobierno ejerce sobre la RAI, la televisión pública de mi país. Control que le ha permitido acciones que resultarían inconcebibles en otros países democráticos: uso personal del medio público, despidos de periodistas mal vistos, cierres arbitrarios de programas críticos, propaganda descarada, noticieros domesticados, hagiografías de su propia figura...

Es de estos mismos días la noticia de otro grave ataque a la libertad de prensa en Italia. El Senado acaba de recuperar una ley que estuvo en vigor durante la Segunda Guerra Mundial, según la cual a los periodistas les está prohibido difundir noticias acerca de las operaciones o los desplazamientos de las tropas italianas enviadas al extranjero. Es una ley de guerra

para un país que en guerra no está, pero que sin embargo ha enviado tropas a Irak por iniciativa del ministro de Defensa, sin el beneplácito del Parlamento. Tal envío ha sido denominado «Misión de Paz». Pues bien, los periodistas italianos ya no podrán dar cuenta a los ciudadanos italianos de lo que los soldados italianos hacen en Irak. La pena prevista puede alcanzar los veinte años de cárcel. Pero atención: esta ley, vieja y nueva a la vez, prevé también la prohibición de realizar propaganda a favor de la paz, porque los «pacifistas», durante la Segunda Guerra Mundial, eran considerados «derrotistas». Uno de los primeros artículos de la constitución italiana reza así: «Italia es un país que repudia la guerra». Sin embargo, podría suceder que, de ahora en adelante, hacer ondear la bandera de la paz sea considerado en Italia un delito que conlleve el arresto.

El problema de la limitación y del control de la información libre, devorada y sustituida por una información propagandística feroz y servil, no puede ser confinado entre los muros de un país, al que mirar acaso con distracción o con conmiseración benévola. Atañe a toda Europa, porque esa información de propaganda que está devorando la información libre no es inocua, sino un cauce, definitivamente a cielo abierto, de las oscuras ideologías que marcaron Italia durante dos décadas de dominio fascista y que constituyen la negación de los principios sobre los que nuestra Europa se funda. En 1938 Lord Chamberlain volvió de una «visita» a la Alemania nacional-socialista asegurando a Europa que no había nada

que temer. Llevaba consigo un paraguas. A toro pasado, después de todo aquello que la Historia ha vivido, quisiera interpretar metafóricamente aquel paraguas como las defensas inmunitarias de la democracia, con las que la Europa libre de entonces contaba. Pero Chamberlain no abrió su paraguas, se limitó a utilizarlo como bastón de paseo. Si Europa, una vez más, no sabe abrir el paraguas de Chamberlain, antes o después una lluvia de escorias empapará la Carta de sus principios y estos acabarán por hacerse ilegibles.

La mía es una lúcida preocupación, siento como deber propio manifestarla y lo haga con plena conciencia. Pero es sobre todo un llamamiento. Urgente y necesario. (Gracias otra vez.)

SOBRE EL PREMIADO

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, CÁNDIDO (PRESIDENTE DE LA APE)

A la Europa de las libertades y de la grandeza civil pertenece Antonio Tabucchi, un escritor italiano lúcido, sereno, valeroso y penetrante. Antonio Tabucchi pertenece a esa Europa que, más que tener enemigos a la usanza de los viejos conflictos, corre riesgos. «Riesgo –nos dice Anthony Giddens en su ensayo *Un mundo desbocado*– no es igual a amenaza de peligro». El riesgo se refiere a peligros que se analizan activamente en

relación a posibilidades futuras. Sólo alcanza un uso extendido en una sociedad orientada hacia el futuro. Tabucchi es, pues, un hombre de riesgo, un escritor de riesgo, el riesgo de sus actitudes, no difuminando su conciencia, sus convicciones y sus argumentos frente al poder. Un hombre que asume también el riesgo de la transición histórica que vivimos, un momento en el que, sin ser completamente dueños de nuestra historia, podemos darle un sentido. *Sostiene Pereira*, por no citar más que uno de sus grandes libros, es una novela conmovedora acerca de la lealtad y el valor civil y del riesgo de sostener tales virtudes públicas. Nuestra felicitación más calurosa al ciudadano y al escritor, al hombre vertical, para decirlo con las palabras de un poeta: «Honremos, en la medida de nuestras fuerzas, al hombre vertical».

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Hoy reconocemos los méritos de Antonio Tabucchi, un prestigioso escritor que acude frecuentemente a la prensa escrita para analizar las realidades ciudadanas y ofrecer a los lectores sus inteligentes reflexiones.

Antonio Tabucchi habría podido recluirse en el éxito de sus novelas, que hemos tenido oportunidad de disfrutar. Pero ha preferido, como tantos otros que le precedieron en las veinte ediciones anteriores de este premio, darnos su opinión esclarecida a propósito de los avatares cívicos, de los conflictos sociales y democráticos, de las realidades humanas en sus co-

lumnas publicadas en prestigiosos diarios de la prensa italiana y también de la española.

A Tabucchi le apasionan el oficio y la tarea del periodista, que han servido de inspiración a algunas de sus obras más conocidas. Ese es el caso de *Sostiene Pereira* o de *Tristano muere*. En ésta última novela, resume la historia de un héroe agonizante empeñado en aclarar su verdadera historia a un periodista.

Advierte Tabucchi en boca de Tristano que «no es nada fácil convertirse en héroe; un milímetro a un lado y eres un héroe, y un milímetro al otro y eres un cobarde; es una cuestión de milímetros». Esta cita recoge lo que sucede a veces con los periodistas: aunque estén lejos de tan altas pretensiones, en ocasiones acaban arriesgando su integridad física, cuando intentan informar de cerca y con inmediatez sobre los conflictos de nuestro tiempo.

En esa misma línea, en el último de los cuentos de su libro *Nocturno hindú*, Tabucchi nos refiere el engaño subyacente en la ampliación del fragmento de una fotografía, y propone que desconfiemos de las selecciones intencionadas.



XXII EDICIÓN / 2005

JUAN JOSÉ MILLÁS



2005 XXII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
JUAN JOSÉ MILLÁS

JURADO

Suso de Toro (*presidente*)

Daniel Anido

Javier Arenas

Javier Ayuso

Carlos Boyero

Juby Bustamante

Bernardo Díaz Nosty

Diego Carcedo

José Manuel Cervino

Pedro Erquicia

Manuel Gutiérrez Aragón

Mariano Guindal

José Oneto

Matías Prats

Felipe Sahagún

Manuel Villanueva

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 5 de octubre de 2005 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón
acompañado por S.A.R. La Princesa Doña Letizia



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Juan José Millás (2005)

DISCURSO DEL PREMIADO

JUAN JOSÉ MILLÁS

Mi padre presumía de haber sido el primero en fabricar un bisturí eléctrico en España. Lo recuerdo inclinado sobre la mesa del taller, efectuando cortes con aquel bisturí en un filete de vaca, sorprendido por la precisión y la limpieza del corte. No olvidaré nunca el momento en el que se volvió hacia mí para pronunciar aquella frase fundacional: «Fíjate, Juanjo, cauteriza la herida en el momento mismo de producirla».

Los tiempos eran difíciles y mi madre no tardaría en prohibirle desperdiciar los filetes de carne en aquellos experimentos. Empezó a trabajar entonces sobre rodajas de patatas, pero se cansó enseguida. «Nada como la textura de la carne», decía él. Excepto, añadido yo, la textura de la página.

Cuando escribo a mano, me parezco un poco a mi padre en el acto de probar aquel bisturí eléctrico. De hecho, suelo trabajar con un Bic negro, punta fina, cuya bola abre en la superficie de la página pequeñas llagas con las formas del alfabeto. Sueño con una escritura que me hiera y me cure al mismo tiempo. Aquella unión de contrarios descubierta entonces me ha perseguido siempre porque intuí que metaforizaba un hecho que se da en todos los momentos decisivos. Así, el castigo de mamá duele y tranquiliza a la vez. El matrimonio nos libera al mismo tiempo que nos ata. Los hijos nos hacen felices, pero nos quitan el sueño. La vida nos causa la muerte. La

historia de la literatura, por su parte, está llena de personajes que recuperan la razón en el momento mismo de perderla. Y en nuestra cultura, desde Tiresias hasta el patético Clemente, los videntes, sin excepción, son ciegos. ¿Qué no daríamos, pues, por descubrir una lotería que nos hiciera simultáneamente ricos y pobres, de manera que quedáramos inmunizados contra las dos adversidades? ¿O por un premio periodístico que nos afligiera en el momento mismo de gratificarnos? Toda conquista trascendental, en fin, procede de la unión de contrarios. Supe que este premio era importante porque al recibir la noticia de que me lo habían otorgado me invadieron dos sentimientos antagónicos, uno de desasosiego y otro de alivio: el primero, que fue el encargado de abrir la herida, al pensar que se habían equivocado; el segundo, que la cauterizó, al comprobar que el jurado no se había dado cuenta del error. No se me ocurre otra forma de agradecerlo, y de honrar a la vez la memoria de Francisco Cerecedo, que comprometerme a continuar escribiendo hasta merecer, si no el premio, la cicatriz que lo evoca. Muchas gracias.

SOBRE EL PREMIADO

SUSO DE TORO (PRESIDENTE DEL JURADO)

Juan José Millás comparte esa pasión moral de quienes se duelen de lo que les rodea, pero Millás no se atreve a mora-

lizar porque no tiene una lección que dar, y confiesa su confusión. Al escritor en el periódico Juan José Millás la realidad le parece siempre una cosa curiosa, muchas veces cómica, pero lo ve todo con extrañeza. No se atreve a darnos una explicación, mucho menos una proposición. Su mirada a lo que le rodea encuentra a veces lo social, e incluso la política, y seguro que nadie desea ser objeto de la ironía zumbona con que trata lo que le desagrada, una ironía al servicio de una sinceridad implacable y desarmante, la ironía de alguien que no se atreve a decirnos claramente que exista el bien o qué aspecto tenga pero que denuncia los mil rostros del mal o de la mezquindad. La eficacia de esa ironía es segura porque habla desde una percepción particular, personal; aunque toma partido nunca es partidista. Su voz nunca es faccional, es la de alguien que escribe en soledad. Nadie más con él en ese momento.

Y esa mirada del que pasa por la vida diaria con cara de pasmo, esa mirada de transeúnte extrañado, es precisamente el signo del escritor literario. Lo que Millás hace en la hoja del diario es lo que otros, y él mismo en otras ocasiones, hacen en páginas de libro. Millás es un escritor periodístico, también, pero en realidad solamente sabe ser escritor literario. Como periodista hace su trabajo, reaccionar ante la vida que pasa delante, pero lo hace como puede, como el escritor que transforma a las personas y las vidas, la vida, en palabras. Y luego le da vueltas a las palabras, las saborea. Y entonces se realiza completamente el trabajo literario: que las cosas coti-

dianas, que vivimos como algo ordinario, recuperan el brillo mágico que les es propio y se vuelvan extraordinarias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR
(SECRETARIO GENERAL DE LA APE)

Juan José Millás es un escritor que se ha acercado a la prensa y a los micrófonos para medirse con la actualidad, para esclarecerla, desde una perspectiva propia que apuesta sobre la inteligencia crítica del lector y del oyente y así la estimula por los caminos del civismo y la convivencia. Leer y escuchar a nuestro premiado no supone recibir requerimientos para asentir sino para pensar. Sus textos y sus palabras forman parte de ese manual de autoprotección contra la manipulación comunicativa que empieza a ser de primera necesidad entre nosotros.

En la búsqueda de audiencias cada vez más numerosas algunos han preferido calcular sobre la bajeza y han contribuido a enraizarla, pero Juan José Millás se hace una alta idea de sus lectores y de sus oyentes y por eso les suministra una dieta intelectual y moral de máxima calidad, envuelta en un cultivo del idioma portentoso. Somos en gran parte lo que comemos, según Don Quijote advertía a Sancho cuando iba a tomar el Gobierno de la ínsula; por eso le recomendaba que excluyera ciertos alimentos para evitar que sacaran por el olor su villanería. Nuestro hidalgo sostenía que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago, pero sabemos

también que somos en buena parte lo que leemos y escuchamos y por ahí la compañía de Juan José Millás viene a favorecer en cada uno de nosotros lo mejor.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Estamos ante un escritor consagrado que atiende, sin sentirse de menos, a los asuntos imperativos de la actualidad, pero sin dejarse aturdir por el ruido ambiental; que sabe distinguir las voces de los ecos y que ha acreditado el dominio de esos géneros periodísticos tan exigentes, como son la columna y el coloquio radiofónico.

Juan José Millás domina el género de la columna, tan complejo y delicado para el ejercicio del periodismo como la miniatura lo es para el arte, impregnando sus comentarios de sentido humano. En su obra reconocemos aquella proposición de Vaclav Havel, quien al recibir el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1997, nos recordó que «la comunicación no sirve únicamente para transmitir información, sino que también es una forma de encuentro y entendimiento entre los hombres».



XXIII EDICIÓN / 2006

SYLVAIN CYPEL



2006 XXIII PREMIO FRANCISCO CERECEDO
SYLVAIN CYPEL

JURADO

Purificación García (*presidenta*)

Juan José Millás

Pablo Fernández Calvo

Diego Carcedo

Montserrat Domínguez

Jesús Ceberio

Lucía Méndez

José María Ridaó

Miguel Ángel Bastenier

Alberto Corazón

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 14 de noviembre de 2006 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Sylvain Cypel (2006)

DISCURSO DEL PREMIADO

SYLVAIN CYPEL

Señoras, señores. Es costumbre, en este tipo de ceremonias, terminar el discurso con los agradecimientos. Permítanme en esta ocasión empezar expresando mi gratitud a la Asociación de Periodistas Europeos, de la que me siento deudor, por el honor que me ha otorgado. Pienso que encontrarme en compañía de Antonio Tabucchi, Francisco Umbral, Fernando Savater, Adam Michnik y tantos otros no sólo es halagador sino que, como dice la expresión francesa, es «un peu trop».

Mi agradecimiento pues, en primer lugar a Miguel Ángel Aguilar y al jurado que me ha distinguido con este prestigioso premio que tanto me honra. Doy las gracias a Juan Torrida, el director de Galaxia Gutenberg, que me convenció de lo importante que era, según él, publicar mi libro *Les Emmurès* en castellano. Por su parte, el traductor, Sergio Pawlowsky, ha hecho un trabajo excelente.

Finalmente, y sobre todo, debo dar las gracias a Sami Naïr. Es a él a quien debo la aparición de *Entre muros* en España. Es él quien inmediatamente me propuso publicarlo en la colección que dirige en Galaxia Gutenberg. Su entusiasmo y determinación alejaron de mí cualquier duda. Avisé a mi editorial para que dejaran de buscar editor en España. Tenía total confianza en el resultado, que cumplió, con mucho, mis expectativas.

Recientemente cenaba en París con Carmen Romero, a quien conozco desde hace dos meses. Había leído mi libro y deseaba conocerme.

En un momento dado me dijo algo que no era la primera en decirme: que el método de análisis que había empleado para aclarar el conflicto israelo-palestino, es decir, evitar la parte de negación, de ignorancia y de abstracción de la realidad del otro, que se sustituye por una imagen fabricada conforme a las necesidades de quien escribe, era de aplicación a muchas otras situaciones conflictivas.

Más tarde me hizo una pregunta: «¿Cómo ha llegado usted a elaborar este tipo de análisis?». Me quedé un poco perplejo. A fuerza de pensar en el trabajo, termina uno por dejar de pensar en sí mismo. ¿Se sabe por qué uno piensa lo que piensa? ¿Qué estructura un pensamiento evolutivo y qué da forma a su evolución? ¿Qué influencias se sufren consciente o inconscientemente? ¿Por qué en un momento determinado uno va en sentido contrario a tantos otros que van en el sentido del «pensamiento común» del momento?

La respuesta a estas preguntas, querida Carmen, es sin duda el comienzo de la respuesta a la pregunta que usted me había planteado. Tengo pocos conocimientos filosóficos. Sin embargo, de todos los pensadores que he leído creo que Hanna Arendt es la que más me ha impresionado.

Ella siempre tuvo como objetivo iniciar su reflexión por la búsqueda del hecho, del hecho verdadero, comprobado, y no por su interpretación, que es el vector principal de la ideo-

logía. Y fue porque para Hanna Arendt el hecho constituía la base de la interpretación posible, en lugar de quedar sometida a la misma. Por ello, Arendt fue capaz de ir a las «raíces del totalitarismo» en pleno período de estalinismo triunfante, cuando casi la totalidad de la «Intelligentsia» occidental progresista o bien adulaba a Moscú o bien se sentía obligada en plena guerra fría, sin otra posibilidad que «tomar partido», algo a lo que nuestra autora se negaba para preservar su libertad.

Fue precisamente porque ella defendía ardientemente su libertad de pensamiento, y su voluntad de privilegiar el hecho frente a su interpretación ideológica espontánea por lo que fue capaz de escribir *Eichman en Jerusalén* y de desarrollar la idea de la «banalidad del mal», tan mal entendida en su momento, corriendo el riesgo de ser tratada de «judía antisemita» o de «judía que se odia a sí misma». Y lo que además le permitió ser capaz de resistir, con calma y determinación, todas las presiones y mantener su rumbo, incluso si la dificultad bullía en su interior.

Como dice el refrán «nadie es profeta en su tierra». *Les Emmurès* me ha hecho ganar en España un premio que no me esperaba. En Francia el libro ha tenido un éxito de público más limitado. Sobre todo me ha servido, como a Arendt en su momento, para ser considerado como «judío que se odia a sí mismo» por todos aquellos que apoyan la política israelí, en cualquier circunstancia, convirtiéndola en el sostén de su identidad. Estoy acostumbrado a ese trato desde hace mucho tiempo y no es siempre fácil vivirlo. Pero, al mismo tiempo,

son tantos los que en el mismo Israel soportan esta clase de invectivas –periodistas, intelectuales o simple gente con sentido común– que mi suerte no tiene nada de calamitosa.

Al venir aquí, a Madrid, me preguntaba por qué existía esta diferencia de aceptación del libro entre Francia y España. Creo que encontré un primer elemento de respuesta. España está lejos históricamente y, por lo tanto, emocionalmente, de la cuestión judía y de la cuestión árabe. Expulsó a los judíos y a los musulmanes hace más de quinientos años. Cinco siglos son suficientes para hacer la paz con su propia memoria y con la de los otros. Los periodistas españoles, los intelectuales, tratan el conflicto israelo-palestino o israelo-árabe con el mismo distanciamiento con el que tratan cualquier otro conflicto en el mundo.

No ocurre así en Francia, donde la memoria de la «cuestión judía» y de la «cuestión árabe» sigue generando muchas pasiones que continúan totalmente vivas. Francia es el único país que mantiene una memoria complicada, ambivalente y a la vez dolorosa, y que al mismo tiempo trata de eludir tanto a los judíos como a los árabes.

Existió el regimen de Vichy. Existió la participación francesa en el exterminio nazi de 75.000 judíos de Francia. En París, durante mucho tiempo hubo un placa conmemorativa en el Vel d'Hiv, un estadio donde fueron agrupados 13.000 judíos de París, en el año 1942. La placa decía: «Aquí el ocupante nazi reunió a 13.000 judíos para enviarlos a la muerte, en Auschwitz». Hubo que esperar hasta 1985 para que el presidente

Chirac inaugurase una nueva placa donde se lee: «Aquí fueron reunidos por la policía francesa 13.000 judíos y enviados por el ocupante nazi a Auschwitz».

Existió la guerra de Argelia, llevada a cabo no por un régimen francés fascista, sino por las instituciones republicanas democráticas. Empezó en 1954 y ocasionó 400.000 muertos argelinos, la mitad de ellos civiles. Hubo que esperar al año 2000 para que un texto presentado en el Parlamento por el socialista Lionel Jospin incluyera la palabra «guerra», la «guerra de Argelia». Durante casi cincuenta años, la expresión oficial del Estado francés era «los acontecimientos de Argelia», no «la guerra».

Sin duda comprenden ustedes por qué el conflicto israelo-palestino –judíos contra árabes!– genera todavía en Francia tantas reacciones espontáneas, hace tan difícil tomar posición. En primer lugar, porque es preciso partir de los hechos reales, comprobados y no de los supuestos ideológicos o afectivos. Y porque este conflicto genera, a menudo, tanta autocensura y tanto pensamiento «políticamente correcto».

Así ustedes comprenderán por qué cuando vengo a España y se me plantean preguntas con interés, preguntas sencillas por curiosidad, que surgen del deseo de una aclaración particular, cuando siento que tengo interlocutores movidos por la exigencia de comprensión y no por la incidencia inmediata de mi tema en la polémica, creo encontrarme en otro planeta. Un planeta serio, interesado y tranquilizador.

Les decía al principio de mis palabras que, para ser original, no quería terminar con los agradecimientos. Sin embargo, ahora, me pregunto si no debo terminar dando las gracias a los españoles.

SOBRE EL PREMIADO

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Sylvain Cypel subraya que ningún hecho permanece inalterado después de haber sido difundido como noticia. Nuestro premiado se halla entre los convencidos de que la realidad se nos escapa, porque a la postre sólo conocemos aquella realidad sometida a nuestro modo de interrogarla. Es de los periodistas y escritores que entrega sus conclusiones a sus lectores o audiencias, sin alterarlas para halagar a nadie.



XXIV EDICIÓN / 2007
SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ



**2007 XXIV PREMIO FRANCISCO CERECEDO
SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ**

JURADO

Luisa Castro (*presidenta*)

Juby Bustamante

Diego Carcedo

Pedro Erquicia

Pablo Fernández Calvo

Daniel Gavela

Fernando González Urbaneja

Cristina Machado

Rafael Martínez-Simancas

Juan José Millás

Alberto Pozas

José María Ridao

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 5 de octubre de 2007 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón
acompañado por S.A.R. La Princesa Doña Letizia



S.A.R. El Príncipe de Asturias y
Soledad Gallego-Díaz (2007)

DISCURSO DE LA PREMIADA

SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

Muchas gracias Altezas, muchas gracias queridos compañeros y compañeras, por estar hoy aquí acompañándome en la entrega de este premio.

Quienes me conocen saben que el Premio Cuco Cerecedo tiene para mi un valor muy especial, primero por que conceden profesionales del periodismo, compañeros, que saben perfectamente qué trabajo hago, cómo lo hago y cuánto tiempo llevo en ello. Se agradece mucho dejar de ser transparente durante algunos momentos, un defecto que padecemos todas las mujeres periodistas en este país. Lo valoro también porque conocí y admiré a Francisco Cerecedo, cuya memoria estamos honrando hoy aquí.

Voy a aprovechar que les tengo aquí a todos sentados, obligatoriamente sentados y escuchándome, para hacer una reivindicación y un elogio de mi oficio, de nuestro oficio, el periodismo. No está de moda, ya lo sé, hacer una defensa de esta profesión. Muchos afirman que está fatalmente degradada, que es un oficio cuya edad de oro ya pasó, que ahora atraviesa una etapa exangüe antes de ser definitivamente enterrada. Que el periodismo ha quedado engullido dentro de una cosa que se llama comunicación, que utiliza nuevos soportes y que es un concepto mucho más moderno, más amplio y sugerente es algo con lo que yo no estoy de acuerdo en absoluto.

Y además creo que esa versión, ese empeño en desprestigiar el periodismo forma parte del descrédito general, al que se somete hoy en todo el mundo a los elementos básicos de la democracia. Es cierto que hay una enorme proliferación de nuevos medios y de nuevos instrumentos de comunicación. ¡Bienvenidos sean! Es un mundo fascinante lleno de posibilidades. Son instrumentos que cambiarán nuestra vida de manera formidable y que debemos acoger con entusiasmo, pero desde mi punto de vista la mayoría de esos mecanismos no tienen nada que ver con el periodismo ni son capaces de sustituirlo sencillamente porque no tienen su mismo objetivo. El propósito del periodismo consiste en proporcionar al ciudadano la información que necesita para ser libre y capaz de gobernarse a sí mismo. No lo digo yo, lo dicen dos periodistas norteamericanos, que son unos grandes analistas de medios de comunicación: Bill Kovach y Tom Rosentiel. El periodismo ofrece algo único a una sociedad: información independiente, veraz, exacta y ecuaníme, que todo ciudadano necesita para ser ciudadano. Eso no tiene nada que ver con los mecanismos o los nuevos soportes de comunicación. Hay mucha confusión entre el medio y los objetivos y deberíamos ayudar a despejarla. La información no es simplemente el relato de hechos y de experiencias, la información son hechos dentro de un marco de interpretación y sin ese marco, que solo ofrece el periodismo, deja de tener sentido. Seguro que algunos de ustedes, dirán que también existe un periodismo amarillo, mentiroso y manipulador; desde luego, pero si se toma en consideración

el oficio en su conjunto se podría decir, como ya observo Alexis de Tocqueville, que el periodismo es básico; no tanto por los bienes que realiza sino por los males que impide, no hay termino medio entre la servidumbre y la libertad extrema para disfrutar de los inestimables beneficios de la libertad de prensa. Es necesario padecer los inevitables males que genera, lo cual no quiere decir que haya que permanecer paralizados ante esos males o que no deban ser denunciados. Les decía que el desprestigio del periodismo no es algo aislado, sino que forma parte de algo más complejo, que lleva finalmente al desprestigio de todo lo que tiene que ver con la calidad de la democracia. La democracia como el periodismo es un terreno de juego con unas normas, unas reglas y un procedimiento. Si se rompen, si se banalizan, si se ignoran, esas reglas deterioran su sentido y su futuro. Es curioso que durante las últimas décadas el cine haya presentado fundamentalmente personajes de periodistas infames, corrompidos y manipuladores, pero que cuando alguien como George Clooney quiere hacer una defensa de la democracia haya tenido que recurrir a la biografía precisamente de un periodista Ed Murrow, con su «buenas noches, buena suerte», como defensor del interés público.

He dicho que estoy orgullosa de mi oficio pero también preocupada. Creo que los seres humanos somos capaces de cometer las mayores atrocidades y que las peores se cometen siempre en la oscuridad y sin testigos. El periodismo ayuda a combatir esas atrocidades con su extraordinaria función de

testimonio. La voz del periodista es la que da testimonio hasta el final de lo que ocurre, por encima de la instrumentalización de la democracia. Por eso es tan importante que los profesionales de este oficio defendamos sus reglas y sus procedimientos. Justo porque se pretende desprestigiar a la democracia ignorando sus normas es importante que el periodismo dé testimonio de ello, que ofrezca una información exacta a los ciudadanos para que estos puedan comprender y reaccionar. Por eso es tan importante que los periodistas defendamos que nuestro oficio no es la comunicación, sino la información entendida como noticias relevantes relacionadas con el bien y el interés público que defendamos. Que el periodismo, utilice el soporte que utilice, tiene un objetivo, la existencia de ciudadanos informados capaces de decidir por si mismos, que el periodismo es contrario a la propaganda y al maniqueísmo que se adueñan cada día más de nuestra sociedad.

Sinceramente, si nos creemos lo que nos dicen sobre el negro futuro de nuestro oficio, estaremos haciendo lo que se espera de nosotros, que de puro miedo a morirnos nos terminemos suicidando. Si aceptamos que la información es parte del espectáculo, colaboraremos en el desprestigio, no solo del periodismo, sino de la democracia.

Muchas gracias.

SOBRE LA PREMIADA

LUISA CASTRO (PRESIDENTA DEL JURADO)

Quisiera destacar que detrás del ejercicio del periodismo hay siempre personas que lo interpretan, que le dan vida, y que trasladan todo lo que ellas son a su trabajo, poniendo lo mejor de sí.

Es el caso de la premiada de esta noche, la periodista Soledad Gallego-Díaz, a la que el jurado ha querido premiar por unos valores tan necesarios en la profesión: su independencia de criterio, la inteligencia en su escritura, de sus valoraciones, y esa mezcla tan inusual de originalidad y sentido de la realidad que la define. A sus espléndidas crónicas dominicales asistimos todas las semanas los lectores que seguimos la actualidad política con preocupación e interés, y las leemos sabiendo que detrás de esa firma, la de Soledad Gallego-Díaz, habrá siempre una mirada segura, directa, limpia, que observa y ordena los síntomas de la realidad como un doctor House del periodismo, implacable, inteligente, responsable. De algún modo, Soledad Gallego-Díaz nos cuenta lo que bulle en los entresijos de la vida política con esa proximidad, esa sensatez y esa originalidad que tanto agradecemos los lectores. Ella sabe decir las cosas sin que parezca que habla el experto, el que está por encima, el que es superior. Esto es, sin abstrusismos, sin distancias. De ese modo también nos hace participar y nos invita a un mundo a veces tan exclusi-

vista y cerrado como el de los analistas políticos, dándonos doble ración de periodismo: información y participación.

Es esta una faceta de su trabajo que Soledad Gallego-Díaz ya venía ejerciendo desde hacía mucho tiempo. Su relevancia como periodista en tantos frentes, no sólo en la crónica política, era algo asumido por todos, pero como suele pasar a veces el que más lo merece, por obvio, queda siempre postergado. Este año el jurado consideró que Soledad Gallego-Díaz merecía esta distinción sobradamente, por su larga y sólida trayectoria, que ya era hora de reconocer. Se premió así a una periodista que alcanza esa autoridad y esa libertad que da sólo el trabajo firme y la libertad conquistada.

DIEGO CARCEDO (PRESIDENTE DE LA APE)

Soledad tiene detrás una larga carrera, unas veces en busca de la noticia como redactora de agencia, otras desde el trabajo solitario de la corresponsalía en el extranjero, o desde la responsabilidad de un despacho de dirección donde hay que tomar decisiones difíciles y arriesgadas con rapidez. Una acumulación de experiencias y aciertos que la ha llevado a su condición actual de analista prestigiosa de la actualidad política y social.

Si siempre, en sus sucesivas labores profesionales, Soledad ha destacado como una periodista brillante, seria y de indudable agudeza intelectual, es ahora, en su faceta de columnista en el periódico *El País*, donde muestra las cualida-

des y experiencias profesionales y humanas que reúne: desde la claridad en la expresión hasta la independencia de que hace gala, pasando por su defensa de la democracia, la libertad, la justicia y la convivencia entre los españoles. Sus columnas son un modelo de análisis sosegado y comprometido al mismo tiempo. Un análisis en definitiva que se lee con fruición, que informa sin imponer criterios y que ayuda a entender mejor lo que pasa, por qué pasa y qué consecuencias puede implicar.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

A lo largo de su larga trayectoria, ilusionada y dedicada plenamente al periodismo, sus lectores hemos sabido reconocer esa capacidad, tan suya, de conjugar en cualquier circunstancia el análisis racional con la perspectiva inesperada.

Hemos leído a Soledad desde sus diferentes puestos. Hemos seguido sus crónicas como corresponsal en Bruselas, en Londres y en París.

Y, ahora, continuamos encontrándola, en sus columnas y artículos, cuando sabe desvelar el interés, y acaso el brillo propio, que encierra la realidad más cotidiana, en su entorno político y social.

Podría decir, y espero que Soledad esté de acuerdo, que, aunque ha asumido responsabilidades como la Subdirección y la Dirección Adjunta de su diario, nuestra galardonada se ha distanciado siempre de cualquier protagonismo artificial.

Ante toda consideración ha antepuesto su entrega al servicio de valores. Valores que defiende y hace llegar a los lectores con un oficio exigente, con el que tanto puede sembrar la sonrisa, como ralentizar nuestro ritmo de lectura. Un oficio que siempre logra provocar nuestra reflexión, ese resultado clave del estilo y de la esencia de los grandes periodistas.

Como fruto de la interrelación de todos estos rasgos, encontramos en la trayectoria profesional de doña Soledad Gallego talento, originalidad y esfuerzo infatigable.



XXV EDICIÓN / 2008
BARBARA PROBST SOLOMON



2008 XXV PREMIO FRANCISCO CERECEDO
BARBARA PROBST SOLOMON

JURADO

Rosalía Mera (*presidenta*)

Soledad Gallego-Díaz

Diego Carcedo

Montserrat Domínguez

Xavier Batalla

Pablo Fernández Calvo

José-Vicente de Juan

Rafael Martínez-Simancas

Nativel Preciado

Matías Prats

Vicente Vallés

Miguel Ángel Aguilar (*secretario sin voto*)

El premio fue entregado el 26 de noviembre de 2008 por
S.A.R. El Príncipe de Asturias Don Felipe de Borbón
acompañado por S.A.R. La Princesa Doña Letizia



Barbara Probst Solomon

DISCURSO DE LA PREMIADA

BARBARA PROBST SOLOMON

Me siento muy honrada de estar aquí esta noche para recibir el XXV Premio Francisco Cerecedo, que otorga la Asociación de Periodistas Europeos de España. Me siento doblemente honrada, y así se lo quiero agradecer de manera especial a SS.AA.RR. Los Príncipes de Asturias, Don Felipe y Doña Letizia, por su gentil presencia, y a los miembros del jurado y al Banco Bilbao Vizcaya Argentaria, que generosamente respalda este premio. Aunque el fallo del jurado fue anunciado en junio, todos sabemos que soy la primera estadounidense que recibe este galardón, y que la celebración de esta noche se produce justo después de la victoria del presidente electo Barack Obama. Hay algunos momentos definitivos cuyos ecos resuenan mucho más allá de las fronteras de un país. La elección del primer presidente afroamericano en Estados Unidos, después de cientos de años de trágicas luchas no exentas sin embargo de esperanza, es histórica y, como me dijo un amigo español, para gran alegría mía, «sentimos que la victoria también nos pertenece a nosotros». Esperemos que este sea el inicio de una etapa de un mejor entendimiento transatlántico. Dentro de mí, este momento está al mismo nivel que el final de la Segunda Guerra Mundial; entonces yo era una niña entre las miles de personas que se arremolinaban en Times Square, y tomé una decisión que cambiaría mi destino: saltarme la facultad y via-

jar a Europa a experimentar lo que imaginaba que sería la posguerra. Está también el momento en que España comenzó a recorrer su camino hacia la democracia, que yo tuve el privilegio de vivir con muchos de los periodistas que están aquí esta noche.

La prensa española, como solía señalar en mis escritos de aquella época, desempeñó un papel extraordinario en los primeros momentos de la Transición. En esos ocho primeros meses de incertidumbre posteriores a la muerte de Franco en noviembre, en ese vacío en el que muchos de los protagonistas de lo que sería la democracia española estaban todavía en la cárcel y los nuevos partidos políticos no eran todavía totalmente legales, los periódicos y semanarios, en una conjunción sorprendente, ofrecían las noticias valerosamente, sin censuras de ningún tipo. Todos recordamos las columnas semanales de Juan Tomás de Salas en *Cambio 16*, en las que explicaba la naturaleza de los nuevos partidos políticos a un país que se había pasado cuarenta años sin elecciones. En mayo, finalmente, las prensas de *El País* estaban listas y funcionando y, cuando llegó el mes de julio, estábamos asistiendo al surgimiento de una España democrática nueva y bisoña, con la ayuda de una monarquía constitucional ilustrada.

Por aquel entonces, y aunque yo tengo tendencia al optimismo, habría sido imposible imaginar que en el año 2008 periodistas y estudiantes españoles estarían cogiendo aviones a Estados Unidos para ayudar a conseguir el voto para nuestro primer presidente afroamericano, y que éste obten-

dría una victoria aplastante. Sin embargo, nosotros, los periodistas, tenemos la obligación de atravesar la maleza de clichés y lugares comunes y seguir planteándonos las preguntas que podrían haber hecho un poco más fácil imaginar ese futuro. ¿Era necesario el asombro del mundo por la transformación de España en una vibrante democracia? ¿Estaban allí los signos fundamentales, pero no fueron reflejados en la prensa extranjera? ¿Ha combatido Estados Unidos contra el racismo más de lo que Europa estaba dispuesta a admitir? Otras de mis objeciones menores tienen que ver con el hecho, evidente, de que un futuro saludable debe dar cabida a muchas más mujeres periodistas, a que muchas más mujeres escriban sobre asuntos internacionales a ambos lados del Atlántico. Dicho sea sin rodeos: las escritoras están infrarrepresentadas en el nivel más alto del periodismo y el discurso intelectual.

Claro que en mi cabeza también está entremezclada la compleja geografía que me es propia, en la que figuran Nueva York, mi ciudad natal, París, la ciudad en la que me hice adulta en una minicultura de estudiantes españoles exiliados, y Madrid, la ciudad de mi corazón. Siempre he tenido muy presente lo que el alter ego de James Joyce, Stephen Dedalus, escribió en la solapa de su libro de geografía: «Stephen Dedalus, Clases de Nociones, Clongowes Wood College, Sallins, condado de Kildare, Irlanda, Europa, El Mundo, El Universo». Para mí ese universo comenzó en un café de París en 1948. Cuando escuché las conversaciones –en español y francés– de Paco Benet, en cuya revista de resistencia *Península* apareció el primer

cuento publicado por su hermano Juan, con el socialista catalán Josep Pallach, su mujer Teresa Juvé y Pepe Martínez, que formaría más tarde la editorial en el exilio Ruedo Ibérico, supe que acababa de entrar en un universo moral de primera categoría.

Paco Benet y sus amigos querían traspasar el aislamiento cultural de una España desesperada y, en la medida de sus posibilidades, desde sus pequeñas revistas, enviaban a España noticias de un mundo de miras más amplias. Paco quería que las generaciones posteriores supiesen que su generación no se había quedado simplemente cruzada de brazos. A instancias suyas escribí, en una fría habitación sin calefacción, mi primer artículo periodístico. Escribí sobre un nuevo actor llamado Marlon Brando y sobre los experimentos del Actor's Studio. En mi cabeza lo oía en inglés, lo escribí en francés y Paco lo tradujo al español. A continuación, los ejemplares de *Península* se introdujeron clandestinamente en España. Los escritores nunca saben dónde pueden reaparecer sus palabras. Un director de teatro al que conocí años después, tras la muerte de Franco, me dijo que había leído ese artículo en la cárcel; aquel fue su primer contacto con el teatro estadounidense posterior a la guerra. El mundo actual de Internet, televisión por cable y Blackberries está a años luz de aquel pasar clandestinamente minúsculas revistas por los Pirineos y de que te lean principalmente en la cárcel, pero allí, en el principio, estaban Paco, Pepe, Pallach, Teresa y Juan Benet: ellos me educaron como escritora y este premio, en mi corazón, también es para ellos.

Debo tanto a España... A menudo pienso en cuánto más pobre habría sido mi vida si no hubiese tenido a la Península Ibérica. Según James Joyce, el lugar de origen y la autenticidad de las raíces no debían ser un refuerzo para nacionalismos anquilosantes, sino un trampolín para el humanismo de lo universal. Tal y como yo lo veo, el lugar de nacimiento no es ni un indicativo de virtud moral ni un indicativo de deficiencia moral; me gustaría pensar que cuando Gertrude Stein, Picasso y André Breton se sentaban a comer juntos no andaban ondeándose banderas unos a otros –su vínculo era el arte– y, desde luego, Proust y Joyce, dos de nuestros más grandes escritores, no alardeaban de banderas. Y sí, la palabra escrita es parte de una cadena que se remonta en el tiempo y que, si es auténtica, independientemente de que se trate de una publicación pequeña o no, tiene el poder inmutable de alcanzar el futuro.

En mi futuro siempre ha estado mi familia, que me ha respaldado y me ha dado afecto constantemente. Mi familia está esta noche aquí: mi hija Carla, mi yerno Nino, el hijo de mi hija María, Aaron, y los hijos de Carla y Nino, Daniel, Katharine y Will. Y esta noche todos vosotros me habéis dado lo que considero un tesoro: que estemos aquí juntos. Gracias.

SOBRE LA PREMIADA

DIEGO CARCEDO (PRESIDENTE DE LA APE)

Barbara Probst Solomon es ejemplo del mejor periodismo, el que se esfuerza por defender la verdad desde el compromiso con la democracia. Sus textos confirman la categoría intelectual, la honradez profesional, la brillantez literaria y la capacidad para el análisis político y social de nuestra premiada.



SOBRE PERIODISMO Y DEMOCRACIA



Desde la tribuna de la prensa no se hace la política de una nación, ni desde el poder se deben marcar las líneas de la prensa. Ustedes, periodistas, hagan editoriales, que nosotros tenemos que hacer política.

FELIPE GONZÁLEZ, 1984



El periodismo, en un sistema de libertades públicas como el vigente en España, no acampa extramuros, procura informar con rigor e imparcialidad, y sólo es beligerante contra las corrupciones que amenazan erosionando, la primera de las cuales es la violencia. Porque, en definitiva, el mejor periodismo quiere siempre combatir la injusticia sin incurrir en ella.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1989



Y es que, como se ha escrito de los poetas, el periodista al servicio de una verdad que no sea la que está por descubrir,

es un falso periodista. En definitiva, a uno le gusta el flagelo cuando el golpe es estético.

MIGUEL MUÑIZ, 1989



Por mi parte, he aprendido de los mejores maestros que quizá la mezquindad y el fanatismo sean los peores enemigos de la libertad de expresión y que la democracia confía en la capacidad expansiva y contagiosa de sus valores como en la mejor manera de imponerlos.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1990



El periodismo del punto de vista, ese gran periodismo que nació en Europa y que en cierto modo fue un desprendimiento de la filosofía, pone el énfasis más que en el saber, en el comprender. Mientras exista ese género de periodismo, mientras no se pierda esa variable inmaterial de la información que se llama conocimiento, del que han dado tantas pruebas los demás escritores premiados con el Cerecedo; mientras se mantenga la cultura de estilo libre e individualis-

ta, que es el rasgo más ilustre de la galaxia Gutenberg. En una palabra, mientras persista una muestra del periodismo de punto de vista, la sociedad podrá resistir la integración que sobreviene por todas partes y con ella la deshumanización.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1990



Es comúnmente aceptado –y los periodistas a los que tal cosa les preocupa lo dicen con melancolía– que su labor, atada por definición a la actualidad, está destinada al olvido en mayor medida que la de otros profesionales o vocacionales de la pluma. No estoy yo muy convencida de ello, ni de que las hojas sueltas de los periódicos, que suelen considerarse lo efímero por antonomasia, lo sean mucho más que las cosidas y encuadernadas de los libros que, en su inmensa mayoría, no son sino *verduras de las eras* también.

MARÍA CRUZ SEOANE, 1991



La búsqueda de la verdad supone muchas veces adentrarse por territorios inseguros, al mismo tiempo que obliga a re-

cordar la sentencia de Andrés Malraux, según el cual «la libertad consiste en someternos a aquello que dentro de nosotros mismos nos sobrepasa». Pero es más difícil aún lograr, como hace el humorista, sugerir sin ofender, ejemplarizar sin perder la sonrisa, enfrentarse con la tragedia para reflejarla sin amargura y dejar clavado el aguijón del dolor, atenuado por la dulzura y la gracia.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1991



El periodismo es como el aire, y a veces los hombres del poder son como aquella paloma que se quejaba del aire, sin cuya resistencia no hubiese podido volar. Ese es el juego de la democracia: con sus veleidades, sus excesos, a veces también con sus precipitadas confusiones, acaso con sus injusticias informativas y de opinión. La democracia siempre tiene algo de caos, como todo lo vivo, al contrario que en las dictaduras, donde existe un orden niquelado. Pero, como decía Nietzsche, del caos nace la estrella. En las democracias, al contrario que en los lazaretos, estamos expuestos a todo, pero también podemos curarnos de todo.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1991



Los objetivos que se proponía la APE al constituirse en 1981, Europa y libertad, son hoy, los dos unidos, todavía más actuales que entonces. Europa, su concepto, debe responder en buena medida a la suma o la mezcla de libertades –política, económica, social, cultural– de cada país, para construir una libertad común. Suma o mezcla, en todo caso inteligente, solidaria, culta, tolerante. Europa tendrá tanto más conciencia de sí misma cuanto más libre sea la unión de las diferencias.

GERARDO ESTÉVEZ FERNÁNDEZ, 1993



Como presidente de honor de la sección española de la Asociación de Periodistas Europeos quiero rendir aquí homenaje al periodismo cuyo fundamento es la educación moral y la serenidad expresiva, que intenta combatir la injusticia sin incurrir en ella.

Porque vivimos tiempos necesitados de esa vocación exigente que considera un honor rectificar los errores advertidos y que se esfuerza en evitar tanto que la actualidad sea modifi-

cada por la pasión sectaria, como que la realidad sea enmascarada por la actualidad más efímera. Ustedes saben bien que del periodismo dependen hoy muchas cosas decisivas, en su poder están fortunas y desdichas, pues los medios son ya, más que portadores, anticipadores de la opinión pública.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1994



Pienso que proclamadas las libertades públicas y establecidas sus garantías, a los medios de comunicación corresponde contribuir al sostenimiento de su vigencia, sabiendo que su permanente exposición a la intemperie social las corroe, porque no son de plástico, sino biodegradables, si me permitís decirlo así.

Los medios de comunicación, en un sistema político de las características del nuestro, no acampan extramuros y por consiguiente prestan su mejor servicio cuando, sin incurrir en corporativismos, reaccionan ante agentes corrosivos capaces de cercenar vidas, como la del teniente Peralta, o de degradar otros derechos y libertades.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1994



Desde siempre se le ha reconocido al lenguaje escrito un gran poder de veredicción. En *El Quijote* se utiliza un argumento que viene al caso. Cuando se habla de lo inverosímil de los libros de caballería, se dice que es imposible que sean mendaces porque están impresos, publicados y todo ello con la venia de la autoridad. Así lo argumenta el ventero Juan Palomeque (I, 32) ante el cura del poblachón manchego: «¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del consejo real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio!». El poder de veredicción de la letra impresa produce, efectivamente, una verdadera construcción verbal de la realidad, una sugestión realista, de la que con frecuencia participa la prensa. Es decir, que al diario le es dado representar no tanto un remedo de lo que en efecto fue o pudo haber sido, sino la profecía y prefiguración de una realidad que en cierto modo se induce a partir de lo que el periodista ha escrito, su director aceptado, y su medio difundido al gran público lector. Afortunadamente, en nuestras democracias la autoridad política ya no es quién para intervenir en este proceso, como ocurría entre nosotros en la época de Alonso Quijano, y hasta no hace mucho, en los años heroicos de Cuco Cerecedo. Por el contrario, el po-

der que el lenguaje y los medios de difundirlo masivamente ponen en la voz y la pluma de los periodistas es creciente.

DARÍO VILLANUEVA, 1995



Ustedes saben bien que la historia desmiente muchas veces la actualidad y que por eso mismo y con frecuencia la actualidad es un culto imperfecto que necesita ser corregido por la prudencia, que evita la precipitación; por el sentido moral, que evita la injusticia, y por la certidumbre, que evita las opiniones infamantes. La comunicación es hoy tan total y decisiva, y el espesor y la naturaleza de sus redes tecnológicas de tal importancia, que por sí sola es capaz de moldear a los pueblos y dirigir su espontaneidad. De ahí que la libertad de opinión y de información de una sociedad libre sea una carga, una noble carga, mucho más que un privilegio.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1995



En un grado o en otro, cada uno desde su sitio, todos o casi todos hemos tratado de crear una convivencia democrática y

libre en un Estado de Derecho conformado por una monarquía constitucional. Hemos luchado porque no haya leyes contra la opinión y de nosotros depende que no haya opinión contra las leyes que libre y democráticamente nos hemos otorgado, porque una opinión así no sería más que una invitación a la ilegalidad. Y por otra parte creo que el principio de las últimas consecuencias, podría llegar a vulnerar las leyes que conciernen exclusivamente a los hechos como tales, mediante una opinión sin fundamento. Por último quiero decir que la igualdad de los ciudadanos ante la ley define a la democracia tanto como la tolerancia entre los propios ciudadanos.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1995



Los periodistas ejercéis una de las profesiones más exigentes del mundo para la cual se requiere valor, tenacidad, modestia y honradez. La misión que os corresponde supone un esfuerzo continuado en favor de la independencia y de la propia competencia en el oficio y la asunción de las importantes responsabilidades intelectuales y morales que os conciernen. En efecto, el periodismo es hoy uno de los agentes principales del proceso de identificación y transformación de la sociedad.

Desde vuestras respectivas convicciones y con vuestro personal ingenio y estilo planteáis, al hilo del diario discurrir, las cuestiones que más directamente nos afectan, y suscitáis un diálogo del que se nutre y que construye la opinión pública, elemento fundamental de una democracia auténtica.

La grandeza de vuestra profesión es precisamente la de luchar sin desmayo por una sociedad libre, activa y vigilante ante las tentaciones del conformismo y la intolerancia.

Como periodistas europeos os corresponde especialmente avivar la reflexión y el debate sobre estos principios a nivel continental, enriqueciendo el proyecto de construcción de Europa con un serio compromiso con los valores humanos y los de la cultura que compartimos. De esta manera estaréis contribuyendo a que el modelo expansivo de Europa sea un generoso referente de las libertades.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1996



La sociedad española va cristalizando, no sin tensiones, pero sí bajo la tranquila referencia de una monarquía constitucional, que conforma un Estado de Derecho, en una sociedad libre y responsable capaz de una convivencia segura. Quiero repetir

lo que el año pasado dije aquí mismo: los periodistas hemos luchado porque no haya leyes contra la opinión, y de nosotros depende que no haya opinión contra las leyes cuya legitimidad nazca del mismo pueblo español. En esa lucha por la convivencia y el respeto a la ley, que es la única con verdadero poder, pues el poder de quienes la aplican de la misma ley les llega, el torcedor más terrible es el terrorismo. Quienes vemos la paz no como una tregua, sino como un modo humano de vivir, no debemos descansar en el empeño de conseguirla, para los terroristas también. Pues no se trata tanto de que nosotros escapemos de ellos, como de los implacables espectros en la obra de Ibsen, sino de que ellos escapen de su error.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1996



Admiro el trabajo y las personas que hora a hora, día a día, semana tras semana ponen en nuestras manos el variado y rico acontecer del mundo en que vivimos. Esa creo que es precisamente la grandeza y servidumbre del periodismo: una labor que nace y muere cada día, que pudiera parecer efímera si no fuera porque contribuye a crear en nosotros un poso permanente, una manera de ver el mundo que no se agota con la mera actualidad.

Sé que el impulso ético debe estar presente, a través de la noticia o la opinión, en todos los que se asoman a la prensa, con la convicción profunda de que manejan un material de inmensa influencia social.

CARMELO ARIAS, 1997



El filósofo del Derecho Gustav Radbruch escribió, en años sombríos para su patria, que las banderas eran tanto más nobles, tanto más respetables, cuantos más desgarros y heridas mostrasen por los vendavales de la historia, por el azote del tiempo en que vivimos. Lo mismo cabe decir –si me permiten parafrasear al ilustre jurista socialdemócrata– de algunas palabras significativas de nuestra vida social y política, como democracia, libertad, tolerancia, convivencia política libre, pacífica y plural. Viejas palabras, antiguas, venerables cuyo hondo significado parece hoy desgastado, casi trivializado, por su empleo abusivo e impropio, cuando no por su invocación en vano por quienes están llamados a preservarlas.

«Libertad y Verdad –escribió Adam Michnik en su admirable y modélico *Decálogo para periodistas*– son dos palabras de gran valor y contenido sagrado y no pueden ser usadas sin

prudencia y sensatez. Cuando se abusa de las palabras sagradas pierden su valor y se convierten en términos vacíos y triviales» o, lo que es peor, se convierten «en un arma de intimidación, en una mordaza o en una porra para los que tienen otras ideas. Si el servilismo puede ser llamado valentía; el conformismo, sensatez; el fanatismo, lealtad a los principios; y la tolerancia, nihilismo moral, vemos que la palabra se convierte en un medio para falsificar la realidad».

ÁLVARO RODRÍGUEZ BEREIJO, 1999



En estas fechas, que rememoran hechos tan significativos para nuestra historia contemporánea, quiero recordar también, con emoción y orgullo, el ejemplo de tantos españoles que bajo el amparo, aliento e impulso de S. M. El Rey, durante estos veinticinco años, han servido con él a los principios de concordia, libertad, tolerancia y democracia.

Una democracia que es, a la vez, un compromiso mutuo y un diálogo permanente, enriquecidos por la experiencia de este cuarto de siglo, y puestos al servicio del progreso colectivo y del pleno desarrollo de nuestras posibilidades. Un proyecto ambicioso, al que merece la pena dedicar todos nuestros esfuerzos.

No cabe duda de que el periodismo ejercido rigurosamente es una de las palancas decisivas de la sociedad para entenderse a sí misma. El periodista es su tornavoz, que le devuelve su sentir más íntimo convertido en expresión inteligente y despierta su voluntad, haciéndola más clara y más firme. En este tiempo, en que la plaga del terrorismo quiere doblegarnos para arrasarnos después los principios que nos gobiernan, el periodismo es la luz que penetra con admirable valor cívico en aquel territorio mental distorsionado por el rencor visceral, la ignorancia y la ignominia, por la furia asesina.

Los periodistas son los zapadores de la historia y los guardianes, a costa de sus desvelos, de la entereza pública. Por eso quiero, en este momento de entrega de un premio al periodismo, reiterarles mi reconocimiento y respeto, compartido por todos.

Los Premios Cerecedo, y quienes los han recibido, tienen como denominador común este afán por la libertad. Una tarea que va construyendo, a partir de los hechos de cada día, la arquitectura de nuestra convivencia cotidiana. Un papel estimulante, y a la vez exigente, pues la libertad no es exclusivamente nuestra, sino de todos. Y esto es especialmente cierto en el caso de los medios de comunicación, por su función social y su influencia en la formación de la opinión pública. Así, la consideración que merecen por parte de sus conciudadanos tiene su fundamento en la calidad y exigencia con que realizan su trabajo.

La historia que comenzó el 22 de noviembre de 1975 no ha terminado, porque la libertad y la democracia deben reavivarse constantemente, como la llama que necesita del aire para existir y crecer. Seguiremos trabajando por ellas.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 2000



Hoy vivimos como europeos un momento crucial y delicado, el de sacar adelante una Constitución para una Europa que ya no es la del siglo XIX, cuando se transformó en una fuerza dominadora del mundo debido a su capacidad de expansión económica y militar, un doble expansionismo que se apoyó en la ciencia y en la técnica y en una cultura que, a pesar de todo, no serviría para evitar sus propias catástrofes y su hundimiento en dos guerras mundiales durante el siglo XX. Por fortuna las grandes mitologías han desaparecido. Hoy no concebimos Europa como una sucesión de momentos trascendentales, sino como una inmensa y diversa casuística de orden democrático y libre que tenemos que ir resolviendo día tras día, pues Europa es un proceso, una fluencia, y no está dada de antemano.

Un proceso, ciertamente, alimentado en su fondo más entrañable por la Grecia de Platón, la Roma de Virgilio, la Edad

Media de Dante y de las catedrales, el Renacimiento, la Ilustración, el Barroco, el Romanticismo. Pero ese núcleo deslumbrante de intimidad histórica no garantiza el futuro, que está exclusivamente en nuestras manos. En tal sentido el referéndum que se avecina es una de las claves del ser o no ser de Europa y ello para muchos años.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 2004



Permitidme que, en cuanto miembro de esta asociación, me refiera a los dos acontecimientos de la mayor trascendencia para la integración europea ocurridos desde la entrega de la anterior edición de este premio: por un lado, la histórica ampliación de la Unión Europea a diez nuevos Estados Miembros y, por otro, la reciente firma del «Tratado por el que se establece una Constitución para Europa».

Como europeo y como heredero de la Corona sigo con gran interés estos acontecimientos y sobre todo los debates que estáis dedicando al análisis detenido de ese tratado. Y es que el correcto ejercicio de la democracia siempre necesita que al ciudadano se le informe debidamente y que el ciudadano se implique en el desarrollo de los asuntos públicos. Por ello, estoy seguro de que como profesionales de la información,

seguiréis acertando en la tarea de comunicar a la opinión pública su significado y consecuencias.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 2004



La función más genuinamente humana, que nos diferencia del resto de los animales, es la comunicación a través del lenguaje hablado. Una capacidad debida a un gen, llamado *FOXP2*, que apareció no hace más de 200.000 años. Este gen del lenguaje ha facultado a la especie humana para la adquisición de conocimiento, esa capacidad que nos permite adquirir información, memorizarla, recordarla cuando es necesario, comunicarla y utilizarla para planificar e influir en nuestro futuro.

Creemos que nuestro cerebro se *programa* muy poco durante el desarrollo fetal, es decir, que nacemos con un equipo básico muy simple, pero con un diseño que nos permite construir nuestro propio cerebro, nuestra historia, mediante la comunicación y compartiendo experiencia.

Así pues, a lo largo de la existencia del hombre la historia oral ha sido un documento vivo que se ha transmitido mediante la comunicación, y ha formado las bases del conocimiento de las

sociedades. Esa capacidad de comunicación es la que ha valorado el jurado del Premio Francisco Cerecedo de periodismo.

CARLOS ACUÑA, 2005



La tarea del buen periodismo es una continua conversación con sus lectores, que son también titulares de un derecho a la información correlativo al deber de ser informados verazmente por los medios. Se conforma así un diálogo que va madurando una opinión pública bien fundada y valiosa, por su capacidad para estimular el avance y mejora colectivos.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 2005



Una sociedad democrática y tan plural como la nuestra necesita de vuestra tarea. Porque requiere de información libre y veraz, de análisis rigurosos y de opiniones contrapuestas que enriquezcan los debates.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 2007



CUCO CERECEDO EN LA MEMORIA



Como un periodista de raza; en acto de servicio, tomando una copa, en un país lejano, sin premios oficiales ni condecoraciones de la época negra del periodismo español, con el inmenso premio de que su nombre era un punto de referencia obligado cuando se hablaba del nuevo periodismo español. Así ha muerto Francisco, Cuco, Cerecedo. Con treinta y siete años y un montón de inolvidables cuartillas detrás. El olor de popularidad de sus últimos trabajos le reportaron –*Figuras de la fiesta nacional* dio la vuelta al ruedo de los lectores de España– la admiración de sus colegas desde muchos años atrás y el reconocimiento de su talento como corresponsal de guerra y como gran reportero, del que tantas pruebas dejó.

Cuco Cerecedo nació en Vigo en 1940. Gallego hasta la punta de sus largas manos. Gallego fino, irónico, ingenioso, soterradamente sensible y encubriendo la ternura de la que sus amigos tanto saben bajo el estilete de una ironía siempre a punto, siempre fresca y nunca repetida. Estudió el bachillerato en Vigo, con los jesuitas, y Derecho en Salamanca. Pero su gran vocación era el periodismo y muy pronto comenzó sus colaboraciones en *El Pueblo Gallego* de Vigo, antes de venir a Madrid para ingresar en el *Blanco y Negro*.

Su paso posterior fue el diario *Madrid*, donde fue encargado de la sección de deportes y autor de una serie de crónicas fut-

bolístico-políticas que cuajaron un estilo en el que sería inimitable. Con aquellos folios rebosantes de inteligencia, de agudeza de la buena, consiguió Cuco Cerecedo sus primeros y entusiastas seguidores.

Tras el cierre del *Madrid* un largo páramo de «vacas flacas» que resistió con orgullo, pudor y sonrisa. Sabía lo que quería hacer y estaba dispuesto a conseguirlo sin ceder un milímetro en sus aspiraciones. Como anónimo *free-lance*, sin saber cómo ni dónde iba a colocar luego sus cuartillas con olor a guerra. Cuco no perdía sus contactos con sus palestinos, con los amigos de Argelia, con el Medio Oriente, que conocía palmo a palmo. Se hizo especialista en el Tercer Mundo sin más respaldo que la vocación, la entrega y el talento. Y ya en el año 1974 la revista *Posible*, recién abierta, publicó su serie de la *Historia del fútbol español*.

Meses después, la entrada en *Cambio 16* le permitió realizar la gran aspiración de su vida: viajar por el mundo. África, Medio Oriente, América... Guerras, focos de rebelión, situaciones convulsivas. Estuvo en el Portugal de abril, y en Eritrea y en el Líbano más atroz, dividido por una guerra civil, y en la Argentina de los montoneros, de donde tuvo que salir acompañado por los funcionarios de la embajada española hasta el mismo avión de regreso. A cambio, se traía una exclusiva que dio la vuelta al mundo y de la que se harían eco las agencias internacionales: la entrevista con la montonera Ana María.

Después, escribió una serie de la que hablaban niños, adultos y ancianos. Un paseo taurino por las figuras políticas de la feria del que saldría a hombros simbólicos de miles de espontáneos lectores del diario, que cada tarde buscaban los Frescueros, Bombitas, Niño de las Monjas y Machaquitos de turno. Y, por último, el *Hemicisco* recién estrenado. Las primeras Cortes posfranquistas contadas con una mirada penetrante y una pluma que quedará como modelo de una generación. Lo demás es silencio. (Este texto es un extracto del artículo publicado en *Diario 16* el 5-9-1977.)

JUBY BUSTAMANTE, 1977



Cuco Cerecedo era, en lo de juntar palabras, de los mejores. Esta profesión humilde y agitada que es el periodismo se ha quedado muda de repente –«lo demás es silencio» ha dicho Juby Bustamante; «la noche está de luto» ha escrito Raúl del Pozo– ante su imprevista, inimaginable, desaparición. Hay gentes que tienen dentro más vida que otras. Cerecedo era un abonado a la fiesta del vivir. Además de vivir escribía. Sólo era eso, un periodista. Ver para contar. En esta hora de biografías contra el reloj, de periodismo impetuoso, de galeradas grises, Cerecedo era un deslumbramiento continuo...

Encontraba siempre las palabras adecuadas, las ordenaba con parsimonia, mientras su mirada se iluminaba ante el producto que lentamente brotaba del rodillo de la máquina. Un escritor anclado en el periodismo, como definió Luis Calvo a Cándido... Se ha ido muy temprano, herido de juventud dichosa. Pero nos ha dejado para el recuerdo una prosa llena de luz, desbordante de calidad, de ironía, de inteligencia fácil, agudísima... Cerecedo es ya una campana enterrada. Una paloma dormida. Una guitarra muda para siempre. Pero también una página periodística muy brillante en la que, durante treinta y siete años, se fundieron el rigor y la alegría. (Este texto es un extracto del artículo publicado en *Diario 16* el 7-09-1977.)

MIGUEL ÁNGEL GOZALO, 1977



A Cuco Cerecedo se lo ha llevado la profesión, en el propio escenario de los hechos. Reclamado por el ansia de estar y de contar, las dos magnitudes que alientan esta vocación de anticipados que es el periodismo. No es posible hallar un gesto de mayor consecuencia y nobleza para enmarcar una conducta ratificada en tantos frentes. Cuco Cerecedo, a quien no puedo imaginar de otra forma que no sea activa, palpitante, lo pensaré –lo pensaremos– a partir de ahora, y por siempre, como

enviado permanente al mundo, también noticioso, de los elegidos. Transitaba según el rumbo natural del talento. Es decir, lo escaso, lo dudosamente repetible, lo que se posee, lo que no se adquiere, lo que se impregna, lo que queda y sobrevuela a la cantidad, al dato, lo que no envanece, lo que califica, lo que penetra y no se deja penetrar, lo distante, lo próximo, lo absoluto. Un algo, el talento, y una señal, un «tic», una voz, un silencio, una mirada, una sonrisa, una distracción, una fijación, una apostura, lo que se sabe, lo que se desconoce, un caudal, una admiración, una complexión. El honor del periodismo –y no se comprende este oficio sin honor– debe lamentar en este momento la irretornable lejanía de Cuco Cerecedo. (Este texto es un extracto del artículo publicado en *Diario 16* el 7-09-1977.)

MIGUEL LOGROÑO, 1977



Francisco Cerecedo era el ejemplo perfecto del periodista independiente y comprometido con los derechos humanos y la defensa de la democracia. Estuvo por encima de polémicas estériles y su recuerdo puede servirnos para apaciguar el clima de enfrentamientos entre los políticos y los periodistas.

JAVIER PRADERA, 1984



La trayectoria de Francisco Cerecedo, el inolvidable Cuco, es un espléndido exponente del periodista de raza, el que se mide con las noticias y con el idioma. No resulta forzado decir que para mí Cuco Cerecedo pertenece a esa estirpe de periodistas, de escritores, que lo dan todo en sus artículos, entendiendo el periodismo como una entrega arriesgada, con pasión por la objetividad subjetiva.

MIGUEL MUÑIZ, 1989



Francisco Cerecedo cultivó distintos géneros periodísticos, escribió de toros y de deportes, de política y de humor, firmó entrevistas y crónicas, trazó semblanzas ingeniosas y documentados informes, aceptó el riesgo de primera línea en los campos de batalla de guerras lejanas e ignoradas, vivió con los desheredados y con los poderosos sin afiliarse a la mezquindad, sin dejarse ganar por el fanatismo ni retorcer su pluma con el halago, en permanente desconfianza hacia sí mismo.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1989



Permitidme ahora dos palabras sobre Cuco. Amigo entrañable, brillante y atractivo conversador, de finísimo humor, disfrutaba con la ironía y a veces jugaba con las más atrevidas contradicciones, dentro siempre de un marco elegante. Rebelde y valiente, testimoniando todo lo falsamente instituido, aunque fueran en aquellos momentos por lo menos, causas casi perdidas. Se distinguió mucho en el periodismo *in situ*, arriesgado y lejano: Argelia, Oriente Medio, revoluciones, guerrillas, pólvora, y en sus retornos madrileños bellísimas mujeres lo acaparaban, mientras nosotros, sus amigos, nos disputábamos su poco tiempo pues pronto otro duro viaje se sucedería.

JOSÉ LUIS BARROS, 1990



Vosotros me habéis explicado que Francisco Cerecedo nunca se afilió a la mezquindad, ni se dejó ganar por el fanatismo, que siempre se mantuvo ajeno a ese estado de saciedad del vencedor y que fue propenso a compartir las adversidades, que se midió con las noticias, sin servir a otros poderes ni someterse a otras influencias. Tal vez porque Francisco Cerecedo confiaba en la democracia, todavía entonces naciendo

te, vivió, como me habéis informado, en una lúcida y permanente desconfianza hacia sí mismo.

S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 1990



El nombre de Francisco Cerecedo continúa siendo para nosotros la evocación más exacta. Algunos vamos envejeciendo, bien es cierto que unos más que otros, mientras que Francisco Cerecedo se mantiene joven en la memoria, incansable, penetrante, irónico, con la esperanza intacta y adornado de ese valor de inocencia que es propia de las inteligencias superiores. Detenido de golpe por la muerte en su juventud, quieto ya como una estatua, sigue mostrándonos el gran periodismo del punto de vista, con una respuesta distinta para cada estímulo.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1990



«Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo», dejó dicho el filósofo para que lo citásemos en ocasión como esta y a propósito de hombres como Francisco Cerecedo. Pocos como él estuvieron abiertos a la comprensión del

universo entero y de sus tercas, tiernas o amargas realidades, y consiguieron hacerlo poniendo en juego con tanto genio todos los recursos que el lenguaje podía prestarles. Por ello, sus compañeros de profesión lo recuerdan mediante un premio que une su nombre, año tras año, al de otro periodista de raza como él lo fue.

DARÍO VILLANUEVA, 1995



Algún día quienes resulten premiados dejarán de ser contemporáneos de Cuco Cerecedo, no habrán compartido con él la respiración de la historia de España en aquel tiempo en el que la libertad y la democracia eran un jaleo en la cabeza de los verdes años y un deseo puro en el corazón. Hoy todavía esa contemporaneidad se salva. Cuantos han sido premiados vieron su rostro y admiraron su penetración, su humor transcendente y su originalidad, por tanto exclusiva e inimitable, aquel juego de ideas y de imágenes que se entrecruzan, chocan, se pelean, levantan el vuelo como la alondra de Shelley y caen y mueren, a veces sin que nadie se entere hasta mucho después.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1995



Francisco Cerecedo nació de la misma raíz de Mariano José de Larra y estuvo adornado de la penetración sin caer en la suficiencia, de la gracia sin caer en el chascarrillo, de la parodia sin caer en la ofensa, de la crítica sin caer en la destemplanza y de la belleza sin caer en la exhibición. Fue una conciencia inflexible y alegre, un hombre inmensamente dotado para la libertad de expresión considerando ambas entidades por separado y no sólo por junto: estuvo dotado para la libertad y también para la expresión.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1996



Fue un periodista que en un momento crucial de la sociedad española se expresó con libertad, independencia y humor, y por eso mismo estuvo muchas veces peligrosamente solo. Pero la soledad no importa tanto como preguntarse por el hombre que está solo.

Francisco Cerecedo era ya, y lo hubiera sido en grado eminente, uno de los periodistas más sagaces, con mayor capacidad de ideación y comunicación y más dotado para la ironía de la segunda mitad del siglo xx. Y he citado la ironía porque

Schopenhauer la define como el verdadero estilo de la historia, es decir, como el verdadero estilo filosófico.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 1997



Cabría decir, con un poco de humor galaico, que Cuco Cerecedo cultivó con intensidad y agudeza a lo largo de su vida, que en los días claros de luz limpia y azul, esforzando tal vez un poco la vista y algo menos quizás la imaginación, se podrían ver a lo lejos, entre calimas y brumas, los rasca-cielos de Nueva York. Quiero decir con esta sencilla metáfora que Cuco Cerecedo, nacido y criado en una parte de este bello mosaico que hoy llamamos la España diversa y plural, fue ciudadano del mundo, abierto al horizonte, siempre necesario para entender la historia y practicar la convivencia, de lo universal. No podía ser de otra forma en un hombre dotado de inteligencia, de honestidad y de bondad.

Si la primera, es decir, la inteligencia, no tiene por que contarse entre sus méritos personales, aunque sí entre sus virtudes, las dos segundas, o sea, la bondad y la honestidad, forman parte entera de su biografía. Se ha convertido en un lugar común decir que a partir de cierta edad todos somos responsables de nuestros rostros. Esperemos que no llegue nunca a

convertirse en tópico, en cambio, el hecho cierto de que siempre seremos responsables de nuestro sentido moral y de nuestro comportamiento. Cuco Cerecedo, como ser humano y como periodista, fue un profesional honesto dentro de un oficio que requiere ese valor para contar fielmente la verdad de lo que ocurre, de la misma manera que una sociedad necesita de la libertad para respirar y para vivir y para no perderse en aventuras dolorosas para todos, excepto para aquellos que se las imponen por la fuerza a los demás. Esa fue la sencilla lección que nos dejó el hombre al que hoy queremos recordar.

CARLOS CASARES, 2000



Como buen gallego, que cuando está en una escalera dicen que no se sabe si sube o si baja, Cuco guardaba una cierta y desconfiada ironía condicionada por siglos de fracasos. Un foráneo pregunta a un paisano si está en este camino el lugar de Gerdeiz. «¿E vostede a que casa vai?», le dice el paisano, y el foráneo le replica: «Oiga, ¿es cierto que los gallegos contestan siempre con una pregunta?», y el gallego le retruca: «¿E vostede para que quere sabelo?».

ISAAC DÍAZ PARDO, 2001



Francisco Cerecedo fue un existencialista completo en el sentido en que lo era Albert Camus cuando en *Los justos* cuenta la leyenda de San Dimitri, que por ayudar a desembarrancar el carro de un labriego llega tarde a la cita con Dios. El secreto de la historia es que San Dimitri nunca llegó tarde a la cita con Dios. Francisco Cerecedo nunca tuvo miedo a desembarrancar el carro del labriego.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *CÁNDIDO*, 2002



A Cuco Cerecedo le dolió ver aquella España con el cuerpo amputado y dolorido aún por la guerra y encerrada en una dictadura que lo controlaba o prohibía todo, sobre todo la palabra, y para decir a los demás lo que veía recurrió, como Larra, a la ironía. El periodismo de Cuco, tan irónico que a veces era descacharrante, estaba comprometido hondamente con un propósito moralizador. Pretendía abrirnos los ojos, y lo hacía del modo más inteligente.

SUSO DE TORO, 2005

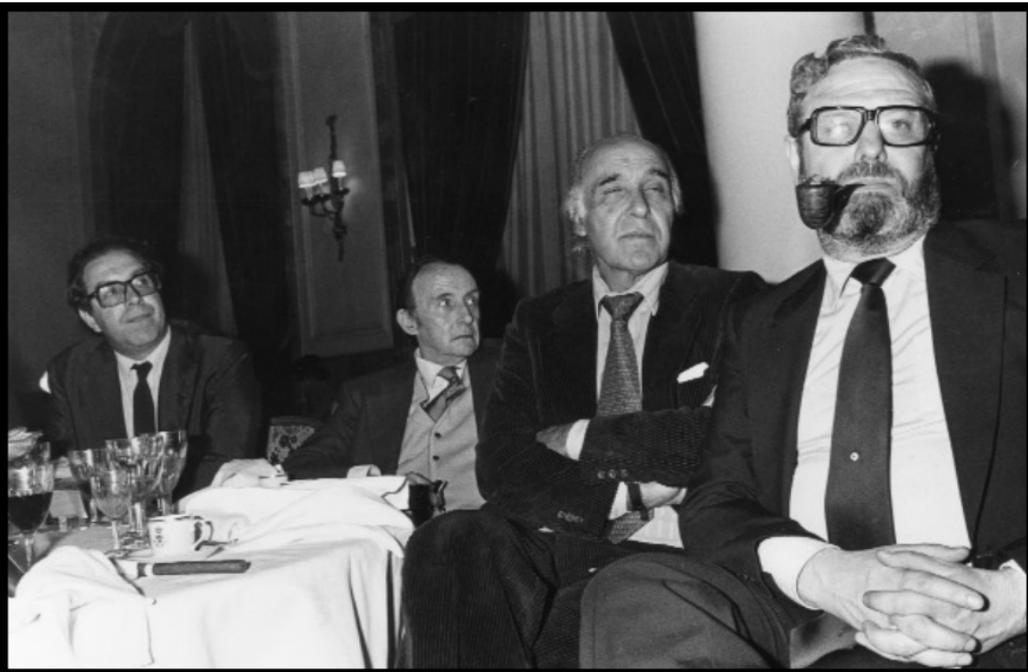


ALGUNOS MOMENTOS



Felipe González y Gonzalo Torrente Ballester

ALGUNOS MOMENTOS



Luis González Seara, José Antonio Novais, José Luis Barros y José Luis Balbín



José Oneto, José Recio y Pedro Altares

ALGUNOS MOMENTOS



María Asquerino, Álvaro de Luna, Charo López y José Luis Fajardo

EL PREMIO CERECEDO



Miguel Boyer y Pedro de Toledo

ALGUNOS MOMENTOS



Miguel Ángel Aguilar y Jorge Semprún

EL PREMIO CERECEDO



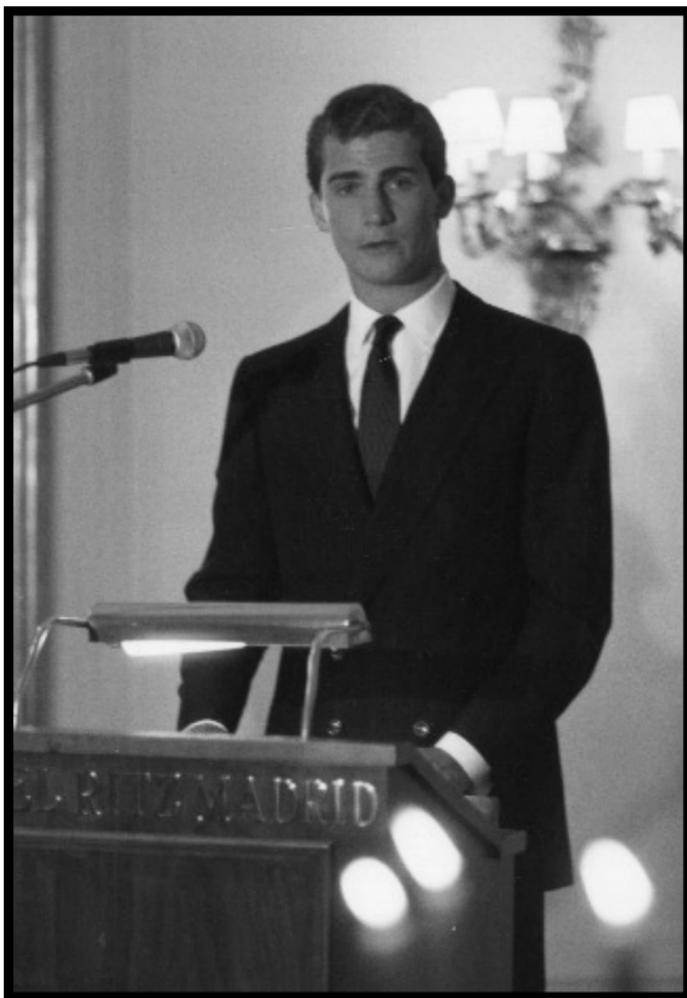
Ángel Galíndez y Carmen Romero

ALGUNOS MOMENTOS



*Luis Apostua, Javier Pradera, Miguel Ángel Aguilar,
Rodrigo Uría y Javier Torres*

EL PREMIO CERECEDO



S.A.R. El Príncipe de Asturias

ALGUNOS MOMENTOS



Graciano García, Domingo García Sabell y Carlos Luis Álvarez, Cándido



Manuel Vicent, Raúl del Pozo y Emilio Ybarra

ALGUNOS MOMENTOS



*Carmen Rico-Godoy, Carlos Luis Álvarez, Cándido,
Esperanza Aguirre y Jaime Alfonsín*

EL PREMIO CERECEDO



José Antonio Cerecedo, Gonzalo Torrente Ballester y Óscar Arias

ALGUNOS MOMENTOS



Julio Feo, Miguel Ángel Aguilar y Manuel Bueno



Rafael Sánchez Ferlosio y José María de Areilza

ALGUNOS MOMENTOS



Luis Abril, Lola Aguilar, Jesús Quintero y Fernando Soto

EL PREMIO CERECEDO



*José Luis Leal, Samuel Hadas, Luis Carandell, Petra Mateos
y José Antonio Cerecedo*

ALGUNOS MOMENTOS



Raúl del Pozo, Nativel Preciado, Pablo Sebastián y César Alonso de los Ríos



*Antonio Fontán, Samuel Hadas, Natalia Rodríguez Salmones,
Julia Barrero y José Luis Fajardo*

ALGUNOS MOMENTOS



*José María Armero, Sabino Fernández Campo, Carlos Luis Álvarez,
Cándido, y Jorge Semprún*

EL PREMIO CERECEDO



Javier Solana y Miguel Ángel Aguilar

ALGUNOS MOMENTOS



*Luis Carandell, Valerio Lazarov, José Oneto, Luis Abril,
Fernando de Valenzuela, Carlos Westendorp, Amaya de Miguel,
Fernando Gutiérrez y Jorge del Corral*

EL PREMIO CERECEDO



Fernando Soto, Alfredo Sáez, Carlos Solchaga y Antonio Asensio

ALGUNOS MOMENTOS



*Eduardo Sotillos, Miguel Ángel Aguilar, Julia Barrero,
José-Vicente de Juan y Luis Abril*



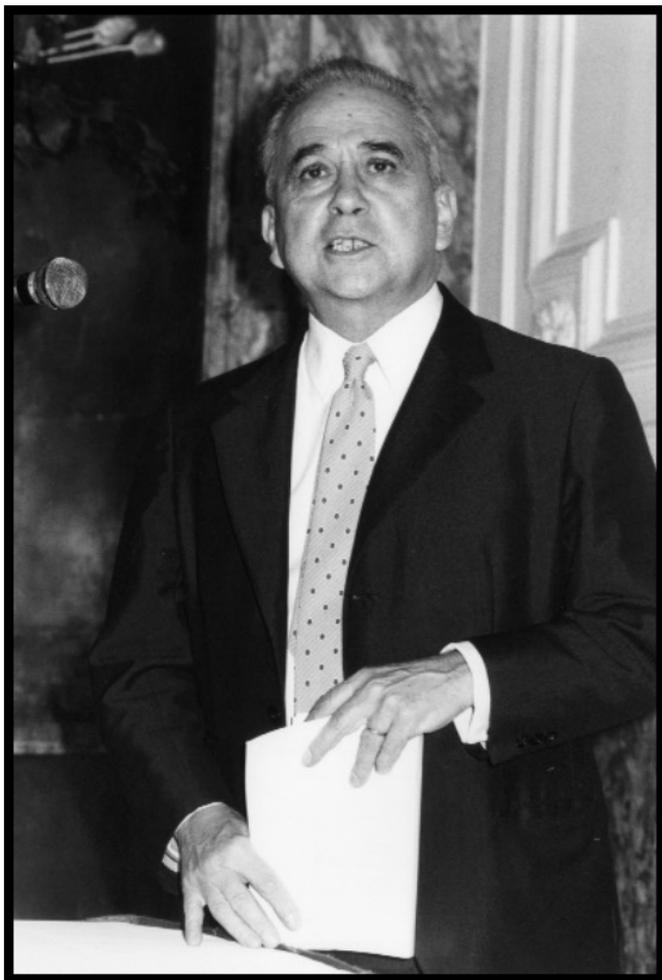
Carlos Luis Álvarez, Cándido, y Augusto Roa Bastos

ALGUNOS MOMENTOS



Pilar Miró

EL PREMIO CERECEDO



Carlos Valle Inclán, Marqués de Bradomín

ALGUNOS MOMENTOS

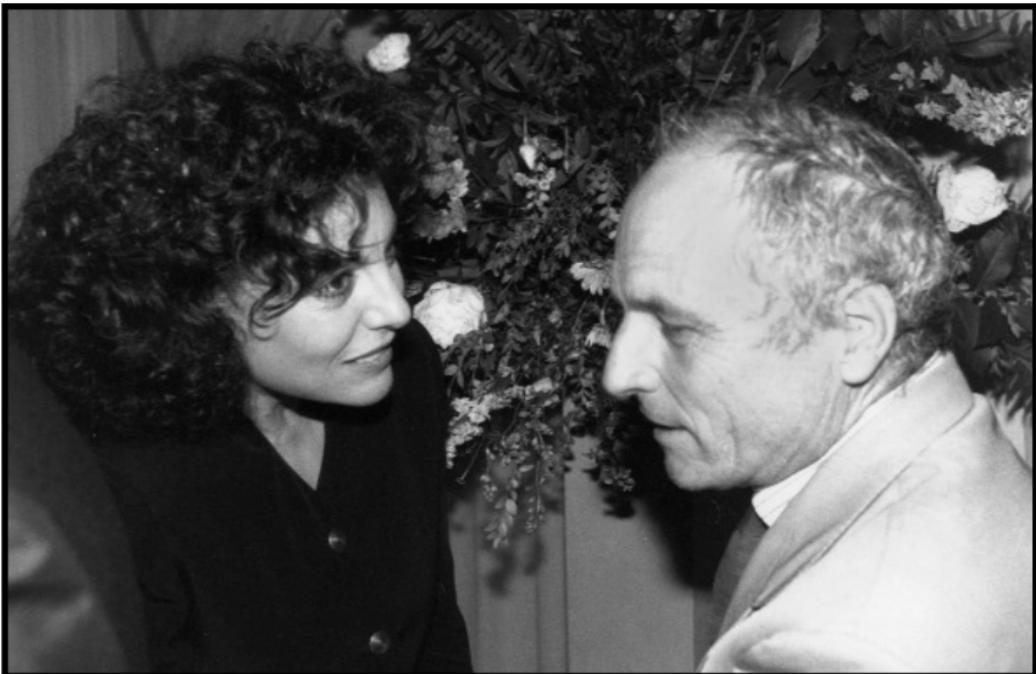


Juby Bustamante, Clemente Auger y Carmen Romero



Plácido Arango, Jesús de Polanco y Miguel Ángel Aguilar

ALGUNOS MOMENTOS



Charo López y Antonio López

EL PREMIO CERECEDO



*Fritz Newman, Dolores Cerecedo, Puerto Cerecedo,
Roberto Cerecedo y Javier Torres*

ALGUNOS MOMENTOS



*José Virgilio Colchero, Juan Luis Cebrián, Felipe González
y Miguel Ángel Aguilar*

EL PREMIO CERECEDO



*Eduardo Sotillos, Antonio Javaloyes, Joana Mc Wey, Miguel Logroño,
José Antonio Cerecedo y César Alonso de los Ríos*

ALGUNOS MOMENTOS



*S.A.R. El Príncipe de Asturias saludando a Francisco González,
Luisa Castro y Soledad Gallego-Díaz*



*Leopoldo Calvo Sotelo, Carlos Luis Álvarez, Cándido,
y Miguel Ángel Aguilar*

ALGUNOS MOMENTOS



SS.AA.RR. Los Príncipes de Asturias y Diego Carcedo



Mario Bettencourt, Eduardo Aznar, Pedro Erquicia y Luis Carandell

ALGUNOS MOMENTOS



José-Vicente de Juan, Onésimo Anciones y Jorge del Corral

